

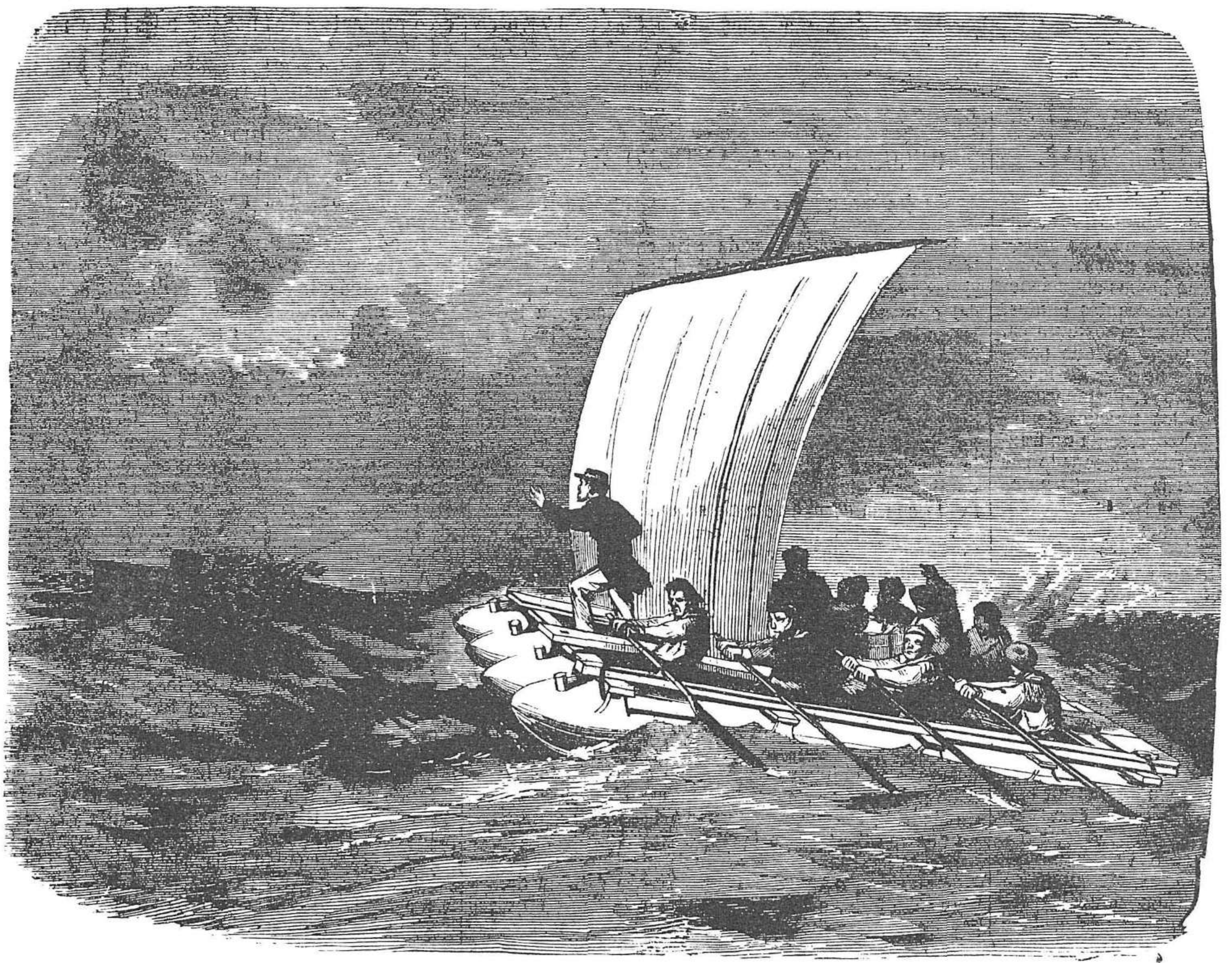
LA estafeta

LITERARIA 1967

JUNIO 17

SALE SABADOS ALTERNOS

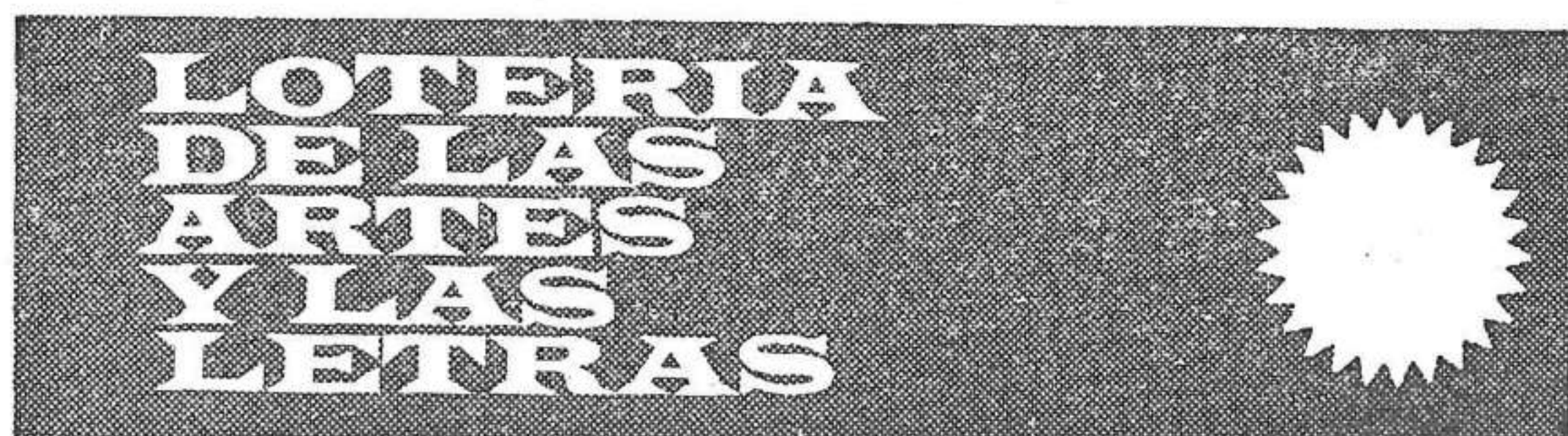
N.º 372



De la Plaza de la Lana al Puerto de la Plata

*«... la Terra és gran,
el Mar ho és més...»*

«Himne ibéric» Joan Maragall (1906)



DEBEN (DE) HABER COBRADO:

- 6.169.000 ptas. Suma anterior (premios concedidos desde el 1 de enero de 1967).
- 50.000 ptas. Don Manuel Maristany, premio de novela «Doncel», por su obra *Rikki-Tikki*.
- 50.000 ptas. Don Alejandro Fernández Pombo, premio de biografía «Doncel», por su trabajo *Azorin*.
- 50.000 ptas. Don Manuel Sainz Pardo, premio actividades recreativas «Doncel», por su trabajo *Aficiones para el ocio*.
- 50.000 ptas. Don José Vento Ruiz, premio de pintura de los Premios Nacionales de Bellas Artes, por su obra *Se escapa*.
- 50.000 ptas. Don Jesús Valverde Alonso, premio de escultura en el mismo concurso, por su obra *Maternidad*.
- 50.000 ptas. Don Jesús Vasallo, primer premio en el Concurso Periodístico de las Cajas de Ahorro de Andalucía, por su artículo *¿Para qué ahorrar?*
- 25.000 ptas. Don Francisco Garrido Domínguez, segundo premio en el mismo concurso.
- 20.000 ptas. Don Nicolás Svistoonoff, premio de dibujo de los Premios Nacionales de Bellas Artes, por su obra *Profundidad*.
- 20.000 ptas. Don Dimitri Papagueorgui, premio de grabado en el mismo concurso, por su obra *Luna I*.
- 20.000 ptas. Don Venancio Sánchez Marín, premio de literatura (crítica de Arte) en el mismo concurso, por su trabajo *Barjola, su evolución y su mundo*.
- 15.000 ptas. Don Alvaro Esquerdo Esquerdo, premio de fotografía en el mismo concurso, por su obra *Amor maternal*.
- 15.000 ptas. Don Salvador Victoria Marz, accésit de pintura en el mismo concurso.
- 15.000 ptas. Don Lorenzo Frechilla del Rey, accésit de escultura en el mismo concurso.
- 15.000 ptas. Don Alfonso Martínez Mena, premio de cuentos «Gabriel Miró», por su relato *Echar la vida a gatos*.
- 15.000 ptas. Don José Modolell, premio de cuentos del diario *La Región* para emigrantes, por su obra *Los inocentes*.
- 10.000 ptas. Don Santiago Montoto, primer premio del concurso sobre la Feria del Libro de Sevilla.
- 10.000 ptas. Don Antonio Burgos, segundo premio en el mismo concurso.
- 10.000 ptas. Don Carlos Murciano, premio de cuentos juveniles «Doncel», por su relato *La vela y otros cuentos*.
- 10.000 ptas. Doña Carmen Pérez Avello, premio de cuentos juveniles «Doncel».
- 10.000 ptas. Don Luis Blanco Vila, premio de cuentos infantiles «Doncel», por su relato *Chiquilicuatro*.
- 10.000 ptas. Don Julián Escobar, premio de poesía del diario *La Región* para emigrantes.
- 7.000 ptas. Don José María Beltrán Limiñana, finalista en el concurso de cuentos «Gabriel Miró».
- 5.000 ptas. Don Diego Guijón Santa Cruz, accésit de cuentos en el concurso del diario *La Región*.
- 5.000 ptas. Don Francisco López Villanueva, accésit de cuentos en el mismo concurso.
- 5.000 ptas. Don José Grau Colell, accésit de poesía en el mismo concurso.

- 5.000 ptas. Don Sergio Vences Fernández, accésit de poesía en el mismo concurso.
- 5.000 ptas. Don Antonio Otero Seco, accésit de poesía en el mismo concurso.
- 5.000 ptas. Don Ignacio Berriobaña Elorza, accésit de grabado en los Premios Nacionales de Bellas Artes.
- 5.000 ptas. Don Alejandro Gómez Marco, accésit de dibujo en el mismo concurso.
- 5.000 ptas. Don Fernando Alvarez Palacios, premio «Tartessos» de cuentos.
- 1.500 ptas. Don Julio E. Miranda, premio de poesía «Tartessos».
- 1.500 ptas. Don José A. Olivar Cubiella, premio de poesía «Tartessos».

6.739.000 ptas. Suma y sigue.

PUEDEN JUGAR

CIENCIAS NATURALES, HISTORIA Y ARQUEOLOGIA

Total en premios: 75.000 ptas.

ATENEOS DE MAHÓN

El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón abre concurso para optar al Premio Ateneo de Mahón 1967, sobre Ciencias

Naturales. Dicho Premio responde a la denominación de Premio «Rodríguez Femenías», y estará dotado con veinticinco mil pesetas.

El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón abre concurso para optar al Premio sobre Historia, que se designa «Ferragut», y que se dota con veinticinco mil pesetas.

El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón abre concurso para optar al premio sobre Historia, que se designa «Ferragut», y que se dota con veinticinco mil pesetas.

No existe limitación alguna relativa a la vecindad o nacionalidad de los concursantes. Se admitirán trabajos en colaboración y podrán los autores presentar trabajos diversos.

Los trabajos deberán ser inéditos. Se podrán redactar en cualquier idioma, pero si no es el castellano, se acompañará traducción de ellos.

Se presentarán por triplicado, en escritura mecanografiada o reproducida por otro medio mecánico o gráfico, en folios tamaño «holandés», escritos por una sola cara y a dos espacios.

Las enmiendas y tachaduras deberán ser salvadas al final del escrito.

La extensión mínima de los trabajos será de 25 folios de texto para los trabajos presentados al Premio «Rodríguez Femenías» y de 50 folios de texto para los Premios «Ramis» y «Ferragut».

Deberán presentarse sin firmar ni rubricar, ni con membrete u otro signo distintivo que permita la identificación del autor.

Se encabezarán con el enunciado del Tema o Premio a que se concurre, y concluirán con un Lema que se reproducirá en la cubierta de un sobre o plica cerrada, que contendrá nombre, apellidos y domicilio del autor.

Se remitirán por correo certificado,

en sobre cerrado, dirigido al señor secretario del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón. Se evitará indicación del remitente en dicho sobre, poniéndose simplemente el Lema escogido.

Los trabajos que concurren al premio «Rodríguez Femenías», se remitirán en la forma indicada, antes de las doce horas del día 20 de julio de 1967, a la secretaría del Ateneo. El fallo se hará público en un día de la primera quincena de septiembre de 1967, en acto solemne, durante las Fiestas de Nuestra Señora de Gracia, Patrona de Mahón, en cuyo momento se dará a conocer la constitución del Jurado calificador.

Para los trabajos «Ramis» y «Ferragut» registrarán los mismos plazos y condiciones referidas al año 1968.

El Jurado, que será nombrado por la Junta directiva del Ateneo y cuyas decisiones serán inapelables, podrá declarar desierto el concurso, en uno o todos los premios, o dividirlos en dos: uno de 15.000 y otro de 10.000 pesetas.

Los trabajos premiados quedarán propiedad del Ateneo, que se reserva el derecho de publicarlos. Los trabajos no premiados, podrán ser retirados dentro de los sesenta días siguiente al fallo publicado, acreditando identidad coincidente con la que figure en el interior del sobre o plica prevenida en la base 6.ª, o presentando en su caso el resguardo de la Oficina de Correos donde fué depositado. Se admitirá la retirada por medio de representante.

Los concursantes, por el sólo hecho de concurrir a los premios, aceptan todas y cada una de las bases de esta convocatoria.

Los trabajos presentados al premio «Rodríguez Femenías» podrán tratar de cualquier materia relativa a las Ciencias Naturales (Geología, Paleontología, Mineralogía, Zoología, Botánica...) con relación a Menorca. El Jurado discernirá el premio entre aquellos trabajos que considere destacables por su originalidad, rigor científico y trascendencia para Menorca.

El Premio «Juan Ramis» se concederá teniendo en cuenta la investigación, ideas expuestas y datos aportados, va-

(Pasa a la pág. 39)

CATALUÑA, ESPAÑA,

HISPANIDAD

Manuel Fraga Iribarne: Mantenedor en Barcelona	4
Joan Oller: Palabras	8
María Cardona: Al cim més alt	8
Federico Muelas: Canto a España	8
Félix Ros: El difícil amor	9
Delegación: Institut d'estudis catalans	9
José Cruset: Guillermo Díaz-Plaja	11
Julio Alvarez: A España	12
Ernesto Sábato: Argentina y su literatura	13
César Tiempo: Alberto Gerchunoff	14

NARRATIVA

Joaquín Merino: Una jalea gris... (folletón)	19
José Ramón Robiou: Del yo al otro	23
María Angélica Correa: Control	23

EL ESCRITOR

Y SU ESCRIBANIA

Antonio Manuel Campoy: Sánchez Mazas	15
--------------------------------------	----

RESEÑA DE LIBROS

Arthur M. Schlesinger: Una amarga herencia. — Erskine Caldwell: En busca de Bisco. Abraham Tertz: Lubimov. — José María Souviron: El príncipe de este siglo. — Andrés Bosch: Ritos profanos. — Guillermo Díaz-Plaja: Los monstruos y otras literaturas. — Juan José Coy: Crítica literaria actual. — George Uscarescu: Fronteras del silencio. Janine Brégeon: Un día inútil. — Camilo José Cela: Viaje a USA o el que la sigue la mata. — Agustín Delgado García: El silencio. — Ana Ajmatova: Requiem	24
---	----

CRONICAS

Concursística	2
Hispanoamericana	17
Plástica	18
Teatral	30
Musical	31
Extranjera	33
Provincial	35
Tertulia	36
Social	39

D'ACI I D'ALLA

Guerau Mutge: Aspecte líric dels goigs	40
--	----

BARCELONA Y EL MAR son inseparables. Por eso hemos podido dedicar las páginas 4 a 15 de este ejemplar de LA ESTAFETA a lugares tan distanciados por la geografía como la Plaza de la Lana layetana y el porteño Puerto de la Plata. No en vano y sin porqué hay países hispánicos que repiten en sus poblaciones el nombre de la capital de Cataluña. (Venezuela se lleva la palma, con hasta diez Barcelonas desparramadas por su territorio.) Grande es la tierra, pero el mar la supera en amplitud, según el verso que sirve de lema a nuestra portada, de cuyo autor dijo Azorín que «ni en los días más críticos para Cataluña ha perdido Maragall la serenidad». Es un representante típico del «seny». Aún añadiría, con palabras escritas en 1960, primer centenario del nacimiento del poeta barcelonés: «El norte de Maragall ha sido siempre la paz. Y es curioso que cuando venía Maragall a Madrid se hospedara en el hotel de la Paix, de la Paz, en plena Puerta del Sol, frente adonde arrancan los caminos reales de España.

CAMINOS REALES QUE LLEVAN A LA HISPANIDAD. De los «Jocs Florals» de la barcelonesa Plaza de la Lana a las disquisiciones nacionales de Ernesto Sábato en Buenos Aires no hay más que un paso, y lo damos con ademán resuelto. Sobran razones obvias, pero si el lector las quiere explícitas, podrá hallarlas en el texto del discurso pronunciado por el Ministro Fraga Iribarne el día 21 de mayo, como Mantenedor de los Juegos Florales de la Plaza de la Lana, que insertamos. Ponemos a continuación las palabras que en lengua catalana pronunció el Presidente del Jurado, don Juan Oller, y fragmentos de los poemas premiados. Por cierto que en el correspondiente al tercero de los temas tradicionales en estos certámenes, la Fe, María Cardona hace un canto a la Virgen, con lo que sigue la tradición barcelonesa de los «goigs» marianos, cuya esquemática historia podrá el lector hallar —expresada por Guerau Mutge en idioma catalán— en nuestra contraportada. ¡Si hasta en uno de tales «goigs» —letra de Verdaguer—, se alude a la misión marítima de Barcelona: *Per sa estrella us mira l'ona, / per son àngel la ciutat!*

A FIN DE CUENTAS, EN EL LOCALISMO BIEN ENTENDIDO HAY UNIVERSALIDAD. La confrontación de los grabados de las páginas 6 y 9 —ambos de hace un siglo— es ilustrativa al respecto. En el Medievo, Vidal de Besalú señalaba que para la lírica el idioma más idóneo es el provenzal: «Es de maior autoritat li cantar de la lenga lemosina que de neguna altra parladura». Desde que en 1393 Juan I, «amador de la gentileza», organiza con periodicidad anual los «Jocs Florals», hasta su restauración en 1859 —en medio la relampagueante llamada de atención de Aribau con su «Oda a la Pàtria»—, Barcelona se ha constituido en solar de estos certámenes líricos.

SI UN MINISTRO ABRE las páginas acogidas al lema «De la Plaza al Puerto», otro las cierra: Julio Alvarez, Ministro argentino de Bienestar Social y, como Fraga, hijo de padre gallego y madre vascongada. Ante nuestra decisión de reproducir su soneto «A España», glosa el sentido de tres de sus versos muy sobre la marcha, en la visita que hizo a la Redacción.

ESTRECHAMENTE EMPARENTADO con el tema preferente del número está el artículo conmemorativo de Rafael Sánchez Mazas que escribe Antonio Manuel Campoy. Que unas singladuras conducen a la Hispanidad y otras a la Latinidad. De tanto recorrer las segundas, Sánchez Mazas llegó a saber los más extraños y sorprendentes misterios de la cultura mediterránea, de ese *Mare Nostrum* por el que fueron navegantes tantas veces los almogávares del reino catalano-aragonés.

CATALUNYA, ESPAÑA, HISPANIDAD, son tres conceptos que se complementan en las horas y los trabajos del académico Guillermo Díaz-Plaja. Lo explica bien José Cruset en la semblanza que hace de él —página 10—. Entre las múltiples facetas de Díaz-Plaja descuella la de hombre de teatro, y otro hombre de teatro, nuestro corresponsal en Buenos Aires, César Tiempo, da noticias sobre Alberto Gerchunoff, exegeta de Cervantes, a pesar de su intrincado apellido. La acumulación de consonantes resulta así compatible con la comunal lengua hispánica.

La Est^a. Lit^a.

De la Plaza de la Lana al Pu

JUEGOS FLORALES 1967

MANTENEDOR: MANUEL FRAGA IRIBARNE

S EÑORITA María José Tarín Sans, reina de los duodécimos Juegos Florales de la plaza de la Lana; damas de su corte de honor, excelentísimas e ilustrísimas autoridades de Barcelona, presidente y vecinos de la plaza de la Lana, señoras y señores:

DAMAS Y CABALLEROS

Permitidme, ante todo, que me acoja a la gentil benevolencia de la reina y de las damas que nos iluminan con el esplendor de su belleza; aunque no puedo ofrecer títulos suficientes como «Mestre del Gay Saber», confío en que recibiréis con afecto la sencilla palabra de un mantenedor que viene, al igual que aquellos que aquí le precedieron, a rendir el homenaje lírico cuya paladina causa no necesita ser explicada, puesto que se cifra y se proclama en la sazón plural de vuestra luminosa juventud. Al rendir ante ella la pleitesía de mi pobre madrigal, bien sé que nuestro mundo bullanguero no es el más propicio a los decires del corazón tal y como estos florecieron en la corte de los trovadores, y soy consciente de que la Barcelona remota y artesana que nuestra ceremonia pretende revivir por unos momentos ha sido ya casi totalmente sustituida por la gran urbe industrial de las máquinas electrónicas, de las luces de neón y del intenso tráfico callejero. Sin embargo, también sé que todos nos sentimos hoy tocados por la magia de una delicada presencia femenina que ciñe con su hábito fragante el fuerte poder evocador de estas piedras venerables. En verdad, con las diecinueve primaveras de nuestra reina y con la escolta galana de su corte nos llega, por encima del tiempo, la presencia viva de aquellas damas que encarnaron el ideal caballeresco de una época cuya vitalidad latía en el númen poético de los trovadores provenzales, un ideal que animaba las gestas de los bravos caballeros y aliviaba las penas de la guerra, que dulcificaba los rigores de una época bronca y peleadora y que empezaba a ser ya una hermosa nostalgia melancólica en las coplas de Jorge Manrique, cuando éste se preguntaba en el otoño de la Edad Media:

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados y vestidos,
sus olores?

Lo mismo que ocurría en los versos de aquel primer poeta maldito que se llamó François Villon, quien, al volver la vista atrás y encontrarse con un tiempo irremisiblemente perdido, exclamaba:

Pero ¿dónde están las nieves de antaño?

Aquel mundo, influido por los modos occitánicos, entró en quiebra con la cruzada albigense. Empero los ideales caballerescos no se resignaron a morir para siempre y encontraron perenne refugio

en las páginas albas de la literatura, de tal suerte que los libros de caballerías perpetúan la exaltación medieval de la mujer y de la aventura. Aquí, en Cataluña, las trovas cortesanas de los caballeros Cerverix de Girona, Berenguer de Palazol, Guilhem de Cabestany y otros muchos, vienen a encontrar su contrapunto literario en las fantásticas aventuras del caballero Tirant lo Blanc, sin duda el antecedente más inmediato del Ingenioso Hidalgo y libro del que Cervantes nos dijo que «había hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos».

No puede sorprendernos, por todo ello, que la remembranza de su esplendoroso pasado medieval haya servido para que esta entrañable tierra catalana reanude con todo vigor la tradición de los Juegos Florales, creados en Barcelona por la majestad de don Juan I, monarca aún más amante de la poesía y de la música que de la política y que fué hijo de aquel don Pedro IV bajo cuyo manto llegó a ser el Mediterráneo como un enorme lago del reino catalano-aragonés.

A todos ha de alegrarnos ahora, bella reina María José, que tal renacimiento de la juglaresca tradición se consolide ante vuestra corona, tan vinculada por lazos filiales de sangre a los temas informativos que hoy cultiva vuestro pregonero, tan bellamente enmarcada por damas en las que asoma el recuerdo de Angélicas y de Dulcineas que fueron antaño la estrella y el norte de muy cumplidos caballeros.

No podíais vosotras faltar aquí porque, para decirlo con las discretas razones del buen don Alonso Quijano, «no puede ser que haya caballero andante sin dama porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas...».

Los caballeros que hoy han venido a serviros abandonaron quizá la adarga y la rodela y no esgrimen la lanza vencedora en los torneos ni la espada victoriosa en cien batallas; en cambio, os han ofrecido la delicada emoción de sus versos en estas nuevas Justas del amor y de la poesía para las que no puede buscarse mejor recinto que este barrio barcelonés de la Ribera ni mejor marco que su plaza de la Lana, a la que tanto distinguen mi eminente amigo el alcalde Porcioles, caballero andante conmigo, no ha mucho, por los campos manchegos, donde ambos convertíamos a los molinos en castillos; y a la que consagra sus desvelos una benemérita asociación de vecinos, excesivamente generosa conmigo al haberme concedido el título de presidente de honor, que no merezco, pero que procuraré honrar con el buen ánimo de quien gustosamente sería un verdadero vecino de vuestra apiñada comunidad.

LA CIUDAD ESTA EN LA PLAZA

Puesto que una plaza nos congrega y convoca, habremos de las plazas. Cada plaza es —amigos de quienes por lo tanto yo me honro en llamarme convecino— algo

de La Plata

así como un remanso urbano. Todas las plazas, aún las de mayor trasiego, remansan y aquietan la vida de las ciudades; y, mientras las calles son fundamentalmente lugares para ir, para pasar, las plazas son lugares para estar, para quedarse. El remanso de cada plaza, el estanque tranquilo de cada plazuela, la gracia rizada de cada plazoleta, son como una transición cordial entre la agitación de las calles, y sus casas parece se impregnan de un sereno sentido de espera y de diálogo.

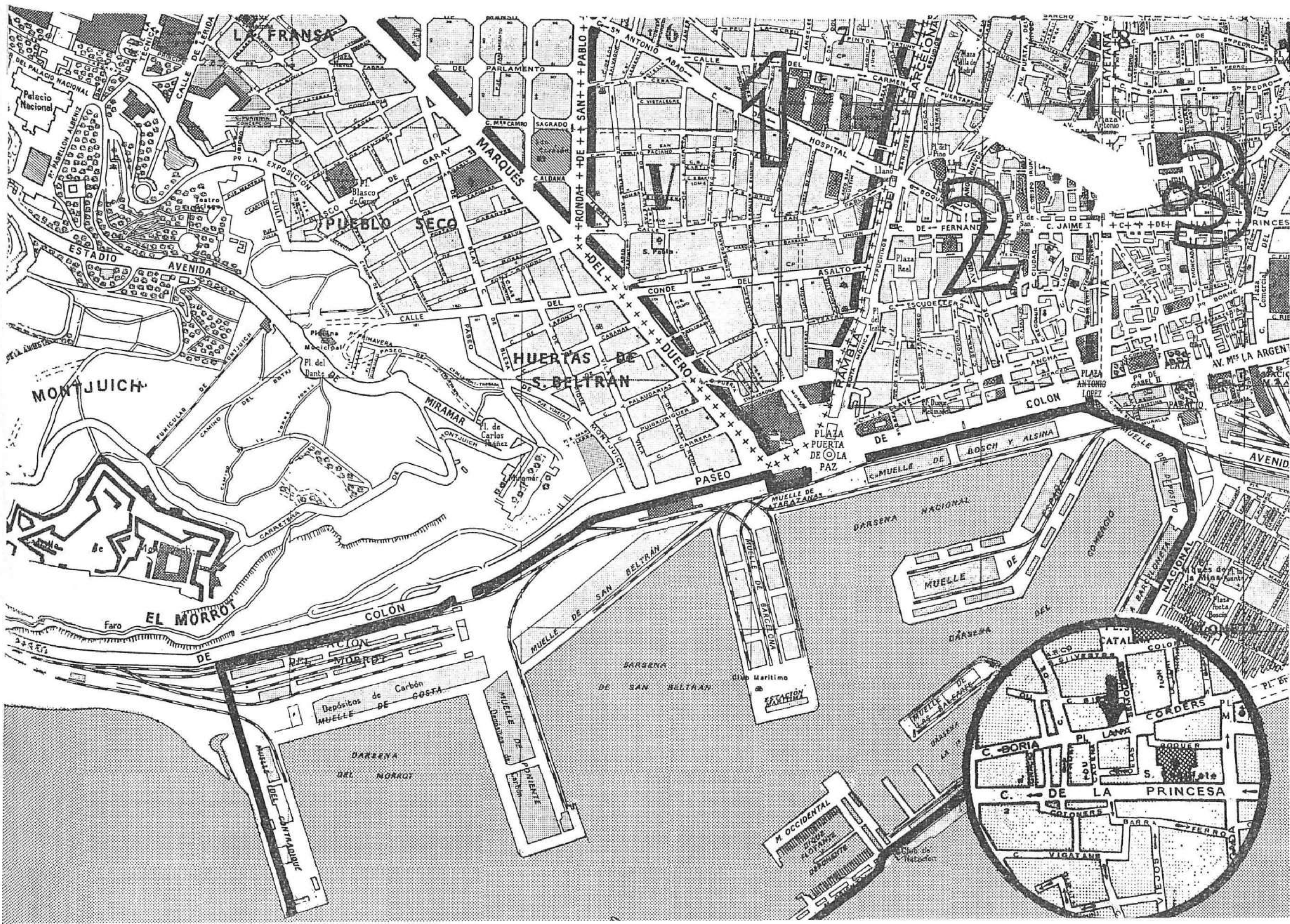
En efecto, más que en las calles, en las plazas, desde los tiempos del ágora mediterránea y del foro clásico, se lleva a efecto la comunicación, la charla, el trato, el intercambio. Así, la antigua plaza de la Lana viene a ser como el nudo de los cordones urbanos del barrio viejo. Aquí residieron los comercios del artículo que le dio nombre y en ella nació el primer servicio de correos que tuvo Barcelona; a ella van también unidas otras estampas: la calle de Boria, el fervoroso peregrinaje de San Ignacio, los desfiles procesionales, la alta sapiencia de los predicadores de Santo Domingo, el fragor incesante de los caldereros. Y, en todo el barrio, el bullicio oloroso de los mesones y de los paradores, la competencia aromática de las cocinas, el perfume de los hostales del

Caballo, de la Campaña, de la Flor de Lino, del León y de la Buena Suerte. En el siglo XV, en la propia plaza de la Lana abría sus puertas a las gentes de buen paladar el celeberrimo «Hostal l'Estanyer». A esta plaza venían, tal vez antes que a otro lugar cualquiera, las noticias y las tareas de la más variada naturaleza.

Quizá por ello, San Ignacio mostró siempre preferencia por este barrio, pues le parecía saber que la visión justa de la ciudad estaba en él, en la vida media de sus gentes hacendosas e inquietas, desde los tiempos de aquel Bernat Marcús, que fundó en el siglo XII un hospital del que sólo subsiste la capilla de la Virgen de la Guía, cuyo manto protegía a los correos que circulaban por Europa y ante la que luego ofreceremos una oración y una flor. Hoy, con la misma sabiduría de antaño, los vecinos que en la plaza alientan un programa festero, a la vez culto y popular, siguen respondiendo a la armonía, al equilibrio, al viejo «seny» de este rincón tan fecundo en la vida de Barcelona.

Probablemente, pocos rincones urbanos simbolizan mejor que vuestra plaza la gran fuerza vital que anima a nuestra Barcelona, que arranca de una historia secular y que se proyecta hacia un magnífico futuro. Aquí sentimos el peso vivo de una tradición milenaria, de una cultura que heredó el espíritu creador de Grecia y el sentido jurídico de Roma, cuyos gremios sobresalieron en la calidad de la producción artesana como espejo y símbolo de aquellos menestrales que supieron obtener los frutos de un sistema personalista de vida, a cuyo alrededor se aglutinaba la ciudad. Esta plaza fué no sólo asiento de ricos mercaderes, sino un ámbito popular y abierto, como abiertos estuvieron al propio pueblo los gremios medievales.

Pero Barcelona había de ser también ciudad adelantada en la primera de las revoluciones industriales, en la que la máquina desplazó al artesano y los viejos gremios fueron sustituidos por la fuerza nueva del sindicalismo. Vuestro gran novelista testimonial, mi admirado amigo Ignacio Agustí, ha contado en su obra maestra esa gran transformación en una empresa moderna de los últimos restos del primitivo artesanado barcelonés. Nos guste o no, el ámbito normal de la vida económica es ahora un gran mercado nacional en el que las relaciones entre el productor y el consumidor no se fundamentan ya en un vínculo personal, en aquel conocimiento inmediato que era propio de la circunstancia artesanal, sino, antes bien, en esa relación múltiple y anónima que



De la Plaza al Puerto

es propia de nuestra sociedad y a la que justamente llamamos de masas y de máquinas. La desaparición del producto individual abre paso a la serie, siempre igual a sí misma y casi interminable, como abre paso al nacimiento del proletariado y a la apoetosis de la vida urbana, que hoy ya no está hecha a la medida del hombre, sino a la medida de la máquina. De una manera que nos parece tristemente inevitable, el hombre está empezando a dejar de ser —al menos en el viejo sentido— la medida de todas las cosas.

He aquí un motivo más, y probablemente el más importante, para que nos esforcemos todos en que la plaza, cada una de nuestras plazas, conserve su valor dialogante y sustantivo frente a la función transitiva y pasajera de la calle.

Nuestra sociedad necesita imperiosamente de círculos abiertos para la relación de los conciudadanos, de estas tertulias amigables donde el hombre vuelve a ser la medida y aun el canon, donde todavía florece la sociedad de los vecinos, que es uno de los cauces naturales por los que un hombre puede asociarse a sus semejantes. En un mundo apresurado y a menudo convulso, mucha falta nos hacen estos lugares del encuentro y la cooperación, debidamente enmarcados por edificios que quizá no sean todos igualmente bellos ni estén concertados en un estilo inmejorable, pero que son los que ha creado y sabe conservar la vida misma, así como se construyen y conservan las grandes leyes, los edificios políticos que enmarcan necesariamente las grandes zonas de convivencia y de cruce entre los hombres.

Los españoles de hoy queremos para España anchos espacios libres cuyo contorno ciña los más nobles y hermosos edificios jurídicos, las más justas y más equilibradas leyes. Por ello, al asociaros, como ya habéis sido capaces de hacerlo, queridos convecinos de la plaza de la Lana, habéis contribuido a mantener lo que merecía ser mantenido y habéis dado ejemplo, quizá sin saberlo plenamente, de un modo de existencia civil que puede ser útil para extenderlo incluso a sectores más delicados de nuestra vida nacional. Esfuerzos como éste, en el orden de la convivencia cotidiana y en el de las instituciones jurídicas, han de conducir al feliz resultado de que sepamos todos construir plazas abiertas al recíproco entendimiento y nunca cortadas por las barricadas del odio.

Desgraciadamente, todos sabemos cuán fácil resulta la triste tarea de erizar las plazas españolas de barreras hirsutas, nacidas de una fría y metódica excitación de las pasiones y de las diferencias. Nuestro temperamento acalorado, esos «demonios familiares» recientemente enumerados por el varón prudente que lleva muchos años dominándolos, podrían todavía producir nuevas y tristes explosiones de discordia si no acertáramos los españoles de buena voluntad a encajonarlos en el marco de estructuras legales, merecedoras de nuestro general respeto, y dentro de las cuales esos ímpetus vitales deben producir frutos de creación y de legítimo y necesario progreso. Creo sinceramente que en esa delicada tarea se están dando pasos que aseguran nuestro desarrollo político, a través del perfeccionamiento del cuadro constitucional señalado por nuestras Leyes Fundamentales y por las leyes complementarias que ahora discuten las Cortes Españolas. Todos esos textos han de ser, amigos, como los edificios que ceñirán al aire abierto y conmovido de la plaza Mayor de la Patria.

PATRIA, CAP Y CASAL, CABEZA Y CASON

En el ámbito generoso de las plazas de España caben, ciertamente, todas las aportaciones de nuestro variado genio nacional. Al que os habla, español de la periferia, como también lo sois la mayoría de vosotros, le ha preocupado siempre saber qué era lo español y desentrañar los matices de lo que ha solido llamarse el problema de España; por ello, sabe que cada español puede serlo mejor a través de lo suyo propio y peculiar, pues las naciones comienzan por ser siempre nociones, de manera que los castellanos, los andaluces, los catalanes o los gallegos, de nacimiento o de residencia, nos integramos en la unidad española sin merma de nuestra legítima condición de catalanes y de gallegos, de andaluces o de

castellanos. Así lo he dicho ya en alguna otra ocasión no menos pública y en esta misma ciudad, y así quiero repetirlo ahora, cuando ya el noble idioma nacional en el que os hablo y que a todos nos hermana y nos une ha franqueado las puertas de su amorosa comprensión al no menos noble idioma regional de Cataluña, de tal modo que uno y otro conviven fraternalmente en las células nerviosas de la información y de la cultura popular, de lo que dan cumplido testimonio las tres mil trescientas tres fichas de ese «Catàleg de llibres en català» que acaba de publicar el Instituto Nacional del Libro Español.

Por supuesto, no faltará quien pretenda que ese hecho (calificado de revolución en un periódico barcelonés) constituye una prueba de debilidad. Pues bien, la misma voz que anunció la política que de este modo se ha cumplido como fruto sazonado de la paz de Franco querría ahora dejar expresa constancia aquí de que nuestra conducta sólo se inspira en la convicción propia de la firme madurez lograda por una Patria que antaño desgarraron insensatos odios recíprocos, artificialmente fomentados; una Patria única y soberana en la que nunca aquellos factores reales cuya auténtica españolidad proclamados podrán ser transformados en elementos de disolución y de discordia.

Por ejemplo, el respeto que las lenguas regionales nos merecen y el amor que todos debemos profesarles como partes vivas de la Patria nunca podrían llevarnos a la contemplación indiferente o pasiva de una de esas tristes guerras idiomáticas con las que el confuso legado de Babel aflora torvamente en otros países del empedregado mundo que habitamos.

Exposición retrospectiva en la Academia de Bellas Artes de Barcelona. Salones de Artes Suntuarias. Museo Universal de Madrid, 27-VII-1867



Los Juegos Florales, desde su remota creación, se han alzado sobre la triple columnata de la Fe, del Amor y de la Patria. Querría ser fiel a tan hermosa trilogía para pedirlos, amigos barceloneses, que veáis en ella las tres caras o vertientes de esa entidad histórica a la que damos el nombre de España, fruto delicado y glorioso de una larga historia en la que, como en la vida del hombre, se agitan y se mezclan el padecimiento y la esperanza. Esta consumación en la Patria es la que permite que un español de otra tierra se asome, como yo lo hago, a la vuestra para expresar su fe en su presente y su futuro y para ofrecerle un rendido testimonio de amor. Si me permitís la inmodestia de ampararme en tan ilustre precedente, os diré que el sentimiento de fraternal amor a Cataluña que inspira mis palabras es el mismo que ciertamente embargaba a un Menéndez y Pelayo cuando vino a otros juegos florales barceloneses, hace casi ochenta años, para «escoltar amorosamente les accents d'aquesta llengua no forastera ni exòtica, sino espanyola i neta de toda tasca de bastardia».

He tomado estas palabras de don Marcelino por dos motivos: uno, el de que reflejan una voluntad de entendimiento que también aparece en los pensadores y en los políticos de nuestro Movimiento Nacional, desde José Antonio Primo de Rivera hasta Francisco Franco; y el otro, el de que aquellas palabras de 1888 resuenan de un modo natural contra el perfil de la Barcelona decimonónica que estas paredes nos ofrecen, la Barcelona que murmuraba contra el ensanche, la que a veces se acercaba al todavía lejano Paseo de Gracia para bailar rigodones y lanceros en el «Euterpe», en el «Prado» o en el «Tivoli». Aquella modesta Barcelona era ya, sin embargo Cap i Casal de una región ufana y próspera cuyo progreso industrial causaba asombro y excitaba en el resto de España unos nobles deseos de emulación que todavía se quedaban en el limbo de los buenos propósitos porque aquel era un tiempo más generoso en palabras que en realidades. Pero ya entonces, esta Plaza de la Lana presagiaba el próspero desarrollo de la gran ciudad que hoy nos enorgullece a todos los españoles. Donde estas piedras se alzan, poco más o menos, habían estado las sucesivas Barcelonas: la Laie Barcino romana, la de Wifredo el Velloso, la de Ramón Berenguer IV, que conquistó Lérida y Tortosa y que unió Aragón con Cataluña, la del rey Pedro, que invocó su condición de católico para buscar la muerte en Muret, la de Jaime I y la de Pedro el Grande, la de las Dos Sicilias y Cerdeña, y la de Atenas y Neopatria.

También, la Barcelona de aquel Juan II de Aragón, a quien podríamos tener por inventor iluminado de la Patria común cuando luchó tenazmente para que su hijo Fernando lograra matrimonio con la heredera del Reino de Castilla y León, una moza rubia que se llamaba nada menos que Isabel, «la de los grandes destinos»...

También querría yo hablar aquí de la Barcelona subsiguiente y eterna, pieza clave y esencial de la Patria; por ejemplo, de la dilecta ciudad del emperador Carlos, que alcanzó a visitarla nada menos que once veces y a pasar en ella largas temporadas durante los dieciséis años de su permanencia en España; aquel César de Europa que, como rey de España, convocó en la Seo barcelonesa el único capítulo general celebrado en España por la Orden del Toisón de Oro, cuyos escudos de armas brillan todavía en vuestro coro metropolitano. Asimismo, Carlos reorganizó vuestras Atarazanas y de ellas partieron sus galeazas, sus carracas y sus carabelas para el comercio, la pelea y la conquista.

Aunque no siempre se le haga la justicia que merece, querría también recordar la figura de Felipe II, el rey que anuló aquellas cláusulas del testamento de su bisabuela que habían reservado el Mediterráneo a los españoles de este mar, pero les habían cerrado la navegación mercantil hacia el Atlántico; porque Felipe II otorgó a catalanes y valencianos, en 1596, el derecho de instalarse en América, y así comenzó a desenvolverse un tráfico que alcanzaría pronto las costas del Caribe o los estuarios del hemisferio Sur.

DEL VERBO CONSTRUIR

Desde Premiá y desde Vilasar, desde Mataró y desde Arenys, desde San Felíu y desde Palamós, como desde la misma Barcelona, las goletas y las brik-barcas cono-

cieron las singladuras de la caña, del ron, del tabaco y del café, a cambio de las «indianas» de los viejos telares cuyas imprimaciones se estampaban en esa fina artesanía del boj que todavía contemplamos en un taller artesano del Pueblo Español de Barcelona.

Estas y otras efemérides barcelonesas son sentidas como propias por todos los demás españoles, tal como los catalanes sienten como suyas las ricas piedras góticas de León y los sólidos bloques románicos de Santiago, la fe de Alfonso de Castilla y la de los marinos de Lepanto, la gesta americana de los navegantes que forjaron nuevas Españas donde la fe fué motriz de la historia. ¡Qué increíble es, pero qué cierta es Señora, amigos, la aventura de la fe y el amor de los hombres de España que se dan alegremente al mundo para reencontrarse en esta tierra que hoy pisamos, construida al unísono por los españoles de los cuatro vientos de la rosa!

Acabo de emplear una hermosa palabra, una palabra que el nombre de Cataluña ha sugerido siempre a los demás españoles: la palabra construir. Entiendo que este vocablo está implícito en el pensamiento del ilustre escritor que acaba de morir, del gran Azorín, cuando decía: «Cataluña: tu nombre representa para España la vida, el tumulto, el movimiento, el fervor del mundo durante muchos siglos.» Como un eco anticipado de estos conceptos, algo semejante había dicho vuestro Maragall en su libro sobre «La Patria Nueva», al que corresponde este párrafo: «Para que el catalanismo se convierta en franco y redentor españolismo, es manester que la política general española se oriente en el sentido del espíritu moderno que ha informado la vida actual.»

En verdad puede asegurarse que la España dinámica y creadora de nuestros tiempos entiende bien este caudal de energías embalsado en la Cataluña constructora de todos los siglos.

La comprensión mutua quizá se refleja mejor que en ninguna parte en el reciente ejemplo de la presencia barcelonesa en Madrid. En torno a la festividad de San Isidro, al que también se rinde culto en Cataluña, hemos podido gozar con la voz de vuestros orfeones en la Plaza Mayor de la capital y contemplar en el Casón del Buen Retiro la magna exposición en la que se condensan dos mil años de historia y de arte de la Ciudad Condal. Hasta allí ha llegado la brisa de vuestro mar, el encanto de vuestros paisajes, el trino de vuestras aves, el aroma de vuestras rosas, la resonancia de vuestra lengua, todo ello presente en los puestos de flores y de pájaros, de periódicos y libros, que han transformado en una evocación de las Ramblas barcelonesas la serena calidad del madrileño Salón del Prado.

ARMONIOSO ENTENDIMIENTO

Los poetas han cantado ya lo que ser bien cantado merece, en versos a los que justamente habéis galardonado. Al felicitarles con mi modesta prosa he de determinar este pregón con el que quise alzar una vez más la bandera del armonioso entendimiento entre las tierras y los hombres de España. Dejádme que la simbolice en dos nombres poética y humanamente excelsos: a principios del siglo XVI, cuando el Renacimiento llegó a España con una nueva concepción de la poesía, su triunfo fué asegurado por la labor conjunta del barcelonés Juan Boscán y del toledano Garcilaso de la Vega, los dos más grandes poetas renacentistas de Cataluña y de Castilla, unidos en amistad proverbial y en las ricas epístolas donde el uno y el otro se narraban en versos endecasílabos sus recíprocas aventuras por el mundo. A la muerte de Garcilaso, en heroica lid, escribió Boscán aquel poema que comienza: «Garcilaso que al bien siempre aspiraste...» y que constituye una buena prueba de su cordial compenetración. Muerto poco después Boscán y no habiendo sido jamás publicadas las obras de Garcilaso, una ilustre dama barcelonesa, que era la viuda de aquél, doña Ana Girón de Rebolleda, se ocupó de editar el famoso libro titulado «Poemas de Boscán y algunos de Garcilaso» en el que ambos permanecen unidos y gracias al cual se conservaron las églogas de Garcilaso y muchas de sus canciones, elegías y sonetos. De modo que bien puede afirmarse que Castilla no ha perdido la obra esencial de su más excelso poeta lírico en virtud de la delicada ternura de aquella dama barcelonesa.

Reina y señora de los Juegos Florales de la plaza de la Lana, hermosas damas de esta corte: que el ejemplo de vuestra ilustre paisana de un siglo ya remoto ponga siempre en vuestras suaves manos la prudente gracia femenina de saber conservar el tesoro inapreciable de la canción y la esperanza, al servicio rendido de la fe, del amor y de la patria.

PARAULES DE D. JOAN OLLER

EL President del Jurat Qualificador d'aquests Jocs Florals és cridat a donar les gràcies en les acaballes de la festa, i per això jo m'adreço a l'Excm. Senyor Ministre d'Informació i Turisme, D. Manuel Fraga Iribarne i el regració, puix que, amb la seva presència ha donat major relleu a n'aquest acte a l'ensem que amb el parlament, tan aplaudit, de Mantenedor, ric en coneixements de la nostra literatura, que hi són aportats amb captivador interès, ha propulsat una nota de cordialitat que ens aixeca l'esperit.

Però, per quelcom més encara, em plau de donar-li les gràcies i és, per què jo crec que fins avui ha estat l'únic Ministre que ha instaurat oficialment en un concurs nacional un premi adjudicable a una obra literària escrita en la nostra estimada llengua catalana: Moltes gràcies.

Aquest guardó figura en la Convocatòria de «Los premios nacionales de literatura de 1966» i ha donat ja el seu fruit, puix que l'ha obtingut el poeta Foix amb el seu llibre «Obra poética», de pulcra, moderna i original poesia catalana. Ultra la creació de l'esmentat premi, Sa Excel·lència ha disposat que formés part del Jurat que l'havia d'adjudicar, el Catedràtic de Llengua i Literatura Catalana de l'Universitat de Barcelona, senyor Antoni Comas i que en el mateix Jurat pertoqués un lloc a un soci de l'Acadèmia de Bones Lletres, el nostre historiador i poeta Ferran Soldevila, a qui tots estimem tant i respectem. Es d'aquest caire com els poetes, escriptors i intel·lectuals catalans tenen entrada al camp de la intel·lectualitat nacional sota el patronatge del gloriós nom de Mossen Cinto Verdager, poeta que avui figura ja en els àmbits de la poesia mundial.

Per això, Excel·lentíssim Senyor, jo he de creure que haureu inscrit perennement el vostre il·lustre nom en la història de la literatura catalana.

Moltes gràcies, també, a les Excel·lentíssimes i Il·lustríssimes Autoritats que ens han fet companya; i a aquest present patró de joventut—nota blanca en el conjunt ací aplegat de la Reina i la seva Cort que ens han regit amb l'imponderable encanteri de la juvenesa bella i radiant; i encara també, gràcies als companys del Jurat, als poetes i prosadors i a tots els assitents, senyores i senyors.

I per acabar, vull prendre'm la llibertat de fer, breument, una, diguem-ne confessió. Aquests esplais són sempre interessants i més encara si és un vell que se'ls pren, puix que tots havem sentit dir que la veritat, moltes vegades apareix a la boca dels infants o dels vells.

Jo sé, senyores i senyors, que nosaltres, els qui constituïm el Jurat Qualificador d'aquests Jocs Florals, som criticats per aquells que no volen tenir present l'antiga màxima llatina: «*de gustibus non est disputandum*». I com que *de gustus* no se'n pot discutir, jo els contesto que a mí em te meravellt el fet de què nosaltres havem puntuat les composicions com si fossim un Tribunal d'Oposicions.

Ací teniu la, diguem-ne confessió que volia fer. No és pas gaire freqüent meravellar-se a un home, com jo, que avui mateix, per casual coincidència, compleix vuitanta-cinc anys!

I acabo. Dono les gràcies a Sa Alteza-per haver volgut assistir a aquest acte, com la Reina Regent l'any 1888 ho feu als Jocs Florals de Barcelona, proclamada Reina de la Festa, on el gran Menéndez i Pelayo, li digué: Se-

Poemas Premiados

He aquí tres fragmentos de muestra de las tres poesías premiadas. Primero, la «Viola» o violeta —nombre entre musical y floral—, ganado por María Cardona con unos versos para situar a la Virgen María AL CIM MES ALT.

Segundo, la «Englantina» (jazmín de España), conseguida por Federico Muelas, cantando en castellano a la Patria común, del tiempo vencedora.

Tercero, el más permanente de los galardones, la antiquísima y nunca conseguida del todo «Flor Natural», que en este certamen se le da a Félix Ros, por otro poema en lengua catalana que tiene seis partes; reproducimos dos estrofas de la IV, titulada «Amagant-nos».

Tres fragmentos que son tres buenas muestras, incompletas, significativas del fraternal juego de idiomas en una Plaza española, barcelonísima.

AL CIM MES ALT

I Vós, Regina dels cants,
oh Verge meravellada,
teniu el Sol dins les mans
i en sou tota il·luminada!

Jo, vaig seguint el camí
fragant per les harmonies
de tots els romeus d'ahir
que us cantaven lletanies.

Jo, entre l'esclat del floreig
que em diu l'orella afinada,
només, sé fer un barboteig
de paraula enamorada.

I la veu, entre les flors,
per un nou capoll em malda,
fins que em trobo arran de Vós
i us veig el Fill a la falda!

MARIA CARDONA

CANTO A ESPAÑA

Sólo sé que me cercan las voces de la Historia,
tu historia, Madre, España, y que cantarte quiero
con palabra que, altiva, sea flecha en el aire
o azor de alas combadas por los vientos más rudos.
Sé que el verbo es el don supremo:

Nos dijiste
tu palabra, Señor, y palpité la arcilla.
Pero hoy siento mi voz que altiva alcé otras veces
pequeña como pájaro que herido se refugia
medroso en los rincones últimos...

¡Y es que veo
alzarse cristalina, del tiempo vencedora,
como azucena o torre, como voz sin quebranto,
como escala de trinos, como bíblico sueño,
como agua levantada, como imposible cima,
la historia de mi Patria, cristiana y esforzada

FEDERICO MUELAS



Tipos españoles. Arriero catalán (dibujo remitido por don Joaquín Vayreda. Museo Universal de Madrid, 27-VII-1867)

nyora haveu vingut a escoltar els accents d'aquesta llengua no forestera ni exòtica i neta de tota taca de bastardia.

BREVE HISTORIA DEL INSTITUT D'ESTUDIS CATALANS

EL CURIOSO CASO DEL POETA MANCHEGO TRADUCIDO AL ARGENTINO ● PUBLICACIONES, EXPOSICION QUIJOTICA DE SEGRELLES Y HOMENAJES ● LAS MEMORIAS DE LA HIJA DE STALIN SERAN EDITADAS EN BARCELONA

SE ha hecho pública una comunicación sostenida entre el Institut d'Estudis Catalans, de Barcelona, y el Ministerio de Educación y Ciencia; en el escrito, el prestigioso Institut pedía, respetuosamente, al ministro del ramo se facilitase la enseñanza del idioma catalán en los centros del Estado.

Conviene, para situar el tema, que hagamos un poco de historia, así como abocetemos en rápidos rasgos la noticia del Institut d'Estudis Catalans.

A raíz de desencadenarse una campaña, en el País Vasco, solicitando ayuda en favor de la misteriosa lengua vernácula en trance de extinción, se originó en diversos sectores de Cataluña el deseo de revitalizar, mediante la correspondiente docencia, el idioma de la región. Nuestro Gobierno, reconociendo la importancia literaria de tan entrañable lengua, había establecido, años antes, una cátedra de Literatura catalana en Madrid, así como otra en Barcelona; al mismo tiempo, y moviéndonos en el orden letrado, jamás, como en la actualidad, existió un auge de publicaciones escritas en dicho medio expresivo como en estos años. Ello ha podido patentizarse en el espléndido catálogo, editado por el INLE en ocasión de la festividad del libro, celebrada el pasado día de San Jorge.

Recogiendo este anhelo, el Institut reunió a los presidentes de academias barcelonesas, en el Ateneo, saliendo de allí el ruego de dirigirse al Ministerio de Educación y Ciencia con objeto de incorporar a la docencia del Estado la enseñanza de la lengua catalana *convencidos*—añadían los firmantes del escrito—*de que ello ha de redundar en beneficio de la cultura general española*.

La instancia se formalizó en enero de 1967: en el interregno se hizo presión sobre la Diputación Provincial, a través de una campaña del semanario *Destino*, para que la entidad estableciese centros de enseñanza de la lengua en sus dispositivos culturales. No hace unas semanas, la concejal delegada de Enseñanza en el Ayuntamiento, Montserrat Tey, delegada a su vez de la Sección Femenina, ha hecho público que a partir del próximo curso, en las escuelas dependientes del municipio, se facilitará la enseñanza del lenguaje de la región.

El Ministerio de Educación y Ciencia respondió al Institut d'Estudis Catalans que se había formado una comisión para estudiar la solicitud: caso

de ser favorable se restablecería el ciclo, ya que la enseñanza del idioma vernáculo alcanzaría a los niveles de la enseñanza primaria y superior.

EL INSTITUT D'ESTUDIS CATALANS

Para que nuestros lectores tengan exacto conocimiento del problema, vamos a facilitarles algunos datos sobre el Institut. Fué fundado en 1907 por la Diputación Provincial, estando al frente Enric Prat de la Riva; su objeto era promover la cultura catalana y la organización del trabajo científico. Contra lo que pudiera parecer, la primera sección fundada no fué la filológica, sino la sección histórico-arqueológica. Las secciones idiomática y de ciencias se fundaron años más tarde, en 1911.

En la sección filológica, que es la que ahora nos importa, se inició el estudio de la lengua catalana en todos sus aspectos, los dialectos derivados de la misma y su unidad, como idioma literario.

Formaron la sección de filología las personalidades siguientes: Antoni M. Alcover, Josep Carner, Frederic Clascar, Pompeu Fabra, Guimerà, Maragall y Lluís Segalà. En esa fecha, y sustituyendo a Pijoan, figuró como secretario del Institut Eugeni d'Ors. La nueva sección llevó adelante una labor considerable; se inventarió el léxico, redactó un diccionario, dió a la estampa el célebre *Atlas lingüístic de Catalunya*. Desde la Renaixença, el catalán estaba en plena anarquía gramatical: se unificó, a través del Institut, la ortografía, no sin establecerse, entre los intelectuales de la región, agrias polémicas. Se imprime una gramática, diccionario ortográfico: el diccionario de Aguiló. Además de crearse la Biblioteca de Cataluña, se inicia una verdadera «escuela de traductores» que llevan al lenguaje vernáculo obras como los textos bíblicos del *Génesis*, *Exodo* y *Cantar de los Cantares*. Se publica la edición crítica de las grandes crónicas catalanas y las obras de Eximenis.

El Institut pasa por una serie de vicisitudes que sería largo analizar: terminada la Cruzada, parte de sus secciones fueron conservadas y ampliadas por la Diputación Provincial de Barcelona, que en ese orden llevó ade-

EL DIFICIL AMOR

IV

Amagant-nos.

M'és conegut l'amor furtiu que dins l'obaga dels bruns trèvols ses petjes amoroses refreda i el bat de les lluernes d'un cor ferit amaga sota bromitjes d'ulls escampant-se a la seda. Les fúcsies, però, obrint llur contorn; l'aigua fina, avergonyint-se del cant mai interromput; la llum que parpelleja, o s'amorteix ja, quina contrassenya et sabien, cautelós amor mut?

És que la inquietut que et consum com un foc per dins contrasta tant amb l'externa bonança que et sembla que la lluna s'ajup, calla el siboc, s'olien les llacunes i el fèrtil vent descansa? Ulls clucs, mà atresorada, cor prim... Esteu sotmesos als astors que traeixin —amb indecible crit— el moment on els dos silencis sobreentesos l'agressió perpetrin de sos flams en la nit.

FELIX ROS

lante una enorme labor, en especial en la que fué Biblioteca de Catalunya.

El Institut d'Estudis Catalans» mantuvo su tarea cultural, especialmente en su sección filológica y a través de sus premios a la investigación y estudios. Precisamente en el mes de abril se hicieron públicos los galardones iniciados hace medio siglo; el premio «Pompeu Fabra», por cierto, fué concedido al catedrático Badia Margarit por su encuesta lingüística *La llengua dels barcelonins*, realizada con criterio científico.

¿Qué nos parece la nueva iniciativa del Institut? Sabíamos de buena tinta la existencia de un compromiso de mantener alejada de la publicidad las gestiones, orientadas en un buen camino, y con muchas posibilidades de encontrar acogida en la comisión ministerial nombrada al efecto; ignoramos el porqué esa reserva ha sido rota ahora. (La carta del Ministerio tiene fecha de 15 de marzo.)

Sin más autoridad que la periodística e informativa, señalemos que la creación de aulas, en los centros dependientes del Estado en Barcelona, sería muy bien acogida; como suele decir un entrañable amigo, «el catalán es el español que se habla en Cataluña». Curiosamente nos indican que en ocasiones en las que se abrió matrícula de lengua catalana en la Universi-

dad (creo recordar que el SEU organizó cursos), la concurrencia, casi exclusiva y no muy numerosa, pertenecía al sector universitario castellano-parlante.

La lengua es una bella expresión de cultura; interesa a todos (a castellano-hablantes y catalano-parlantes) mantenerla marginada de «politizaciones» peligrosas. La respetuosa solicitud del Institut sirve a ese camino. Cuando la pasión se mezcla en la playa de los estudiosos se llega a consideraciones tan pintorescas como un reciente análisis de Vicent Ventura, publicado en *Serra d'Or*, sobre la literatura de Vicente Blasco Ibáñez. En él, después de dolerse de la falta de «valencianismo» del autor y apoyándose en la familia aragonesa de Blasco, se llega a la conclusión de que «no escribió en castellano, sino en aragonés». En unos anuncios, en catalán, publicados en los periódicos barceloneses del libro *Converses amb Pau Casals*, del poeta Corredor Mateos, se afirma que acaba de ser «traducido al argentino». (¡Un poeta nacido en La Mancha, traducido al «argentino»!)

Los prejuicios de los criterios románticos sobre las lenguas gravitan en sus nobles líneas de vehículos intelectuales: de modos y estilos de cultura.

Libre de cargas y con el rigor científico que lo estudiaron los primeros

miembros de la sección filológica, que-remos nosotros a la lengua catalana: así será posible trabajar unidos en «seu i difusió», como se señalaba en las viejas prerrogativas novecentistas del Institut.

PREMIO «JOSE MARIA GIRONELLA»

El novelista José María Gironella, en colaboración con el departamento de cultura del municipio de Gerona, acaba de fundar un nuevo premio literario: lo dota, de su bolsillo, el distinguido escritor, con veinticinco mil pesetas, y premiará a un relato de «ciencia-ficción». El premio se fallará en una fiesta literaria en el día de San Narciso, patrón de la bella ciudad de Los Sitios.

Los premios literarios no son novedad en España, pero sí creemos novedad el que lo dote, económicamente, un escritor. Hasta ahora se limitaban a ganarlos.

«REALIDAD DE CATALUÑA», DE MAURICI SERRAHIMA

La polémica en los nobles y precisos límites intelectuales se ha alimentado últimamente con un nuevo libro de Maurici Serrahima: *Realidad de Cataluña* (respuesta a Julián Marias). Se orienta en las mismas líneas histórico-sociológicas de su famosa conferencia dictada en el «Club Pueblo», de Madrid, respondiendo a la serie de artículos insertos en *El Noticiero Universal* por el ilustre ensayista español.

Por la importancia de la polémica, nos limitaremos hoy a recoger la noticia del volumen para dar en el número próximo un estudio de su interesante contenido.

JOSE SEGRELLES, EN BARCELONA

Ha estado unos días en la ciudad condal, asistiendo a la inauguración de su exposición de ilustraciones del *Quijote*, el ilustre pintor don José Segrelles. Cerca de veinte años trabajó en estas ilustraciones que hoy constituyen una joya en la edición magistral del libro cervantino realizada por «Espasa-Calpe».

HOMENAJES A DURAN I SANPERE Y A JOAQUIN MARIA NADAL

Barcelona ha sido marco de dos mercedos homenajes: uno, a Durán i Sanpere, fundador del Museo de Historia de la Ciudad y uno de los primeros estudiosos de los enormes pintores medievales catalanes Bernard Martorell y Jaume Huguet, al que llamó, bellamente, el «pintor de las confidencias».

Por último, se ha concedido la «Medalla de Oro de la Ciudad» a Joaquín María de Nadal, publicista insigne y evocador, con fina prosa, del mundo de finales del XIX y principios de siglo de Cataluña.

LAS «MEMORIAS» DE LA HIJA DE STALIN

El editor don José Manuel Lara, durante su estancia en Norteamérica, ha gestionado la publicación en «Planeta» de las «memorias» de la hija de Stalin. Verá, pues, el libro, al mismo tiempo, en inglés y en castellano. Nuestros editores empiezan a pesar en el orden mundial, de lo que nos alegramos.

Cataluny

... y va escribiendo sin parar, con su letra compacta y fina.

Azorin.

¿Qué iluminada premonición la de Azorin, pidiéndole al muchacho aquel, por el año 1932, Guillermo Díaz-Plaja, un prólogo a sus obras teatrales! ¡Qué extraños presagios por el discurrir del tiempo! Díaz-Plaja ocupará, en la Real Academia, precisamente el sillón de Azorin; ha alcanzado, incluso simbólicamente, la más alta cota de ese estar en vilo, en vela (centinela, veedor), sin sosiego, ese ir, estar, «quedarse solo», «escribiendo sin parar», sin tregua, que la vida de un escritor es; un es-

enTreleTras

CENSO PARA UN MONTEPIO

La Sección de Publicaciones de la SGAE está realizando el censo de escritores españoles, imprescindible como base para el cálculo de las prestaciones sociales del Montepío de Escritores en fase de creación.

Como ya se sabe, esta institución amparará a los autores de libros y colaboradores de prensa, con la condición, estos últimos, de que no posean el carnet de periodista y que, por consiguiente, no se hallen protegidos por los órganos de previsión de la profesión periodística.

Se ruega, pues, a todos los escritores que aún no lo hayan hecho, que envíen una nota con su nombre y señas a la Sociedad General de Autores de España. Sección de Publicaciones. Calle Fernando VI, 4, Madrid (4).

Por supuesto, se trata de un dato estadístico, una mera colaboración que a nada compromete en principio, que sólo se utilizará en función de los cálculos actuariales mencionados.



Jaime I presidiendo las Cortes de Cataluña (miniatura del incunable *Constitucions de Catalunya*, del año 1495, que se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona). A la derecha del rey, el protonotario; sentados en los bancos, los representantes eclesiásticos, militares y populares

España, Hispanidad

Semblanza de un nuevo Académico Catalán en la Española

JOSE CRUSET

critor auténtico, de cuerpo entero, sin medias tintas, cabeza y corazón enarbolados, en ristre papel y pluma, como Guillermo Díaz-Plaja. La voluntad de Azorín pidiéndole palabras liminares a un muchacho para su teatro, era inequívoco, decidido, valiente señalar con el índice un valor; no le cabía al maestro la menor duda; la cosa estaba clara; no le cabían al joven mayores alegría y estímulo. Quiero llegar, por ese camino, a una conclusión de interés para el asedio de la fina y compleja personalidad de Díaz-Plaja —difícil menester por la amplitud, asombrosa diversidad de los horizontes de su obra, llena de sugerencias, encendidas sugerencias, malversadora de ideas, atisbos, panoramas que para mu-

chos serían eje, razón y origen de extensas, minuciosas insistencias—; deseo afirmar, cuidadoso fedatario de su trabajo a través de los años, que, como en bien contados casos, lo juvenil, en Díaz-Plaja, vale de manera absoluta; no hay en su haber esas páginas que soslayar, a veces lamentar, respecto de los mejores, sobre quienes, andando el tiempo, los más conspicuos críticos acaban conviniendo, con indulgencia, en que la cosa, en los inicios, estaba verde todavía; no es éste el caso; hay en su obra, eso sí, un ascenso visible que le lleva a ocupar, sin duda alguna, el primer puesto de la crítica de raíces universitarias entre quienes comenzaron a contar, en tono mayor, después de nuestra guerra;

pero también unos logros desde el principio.

Todo lo de antes, lo primero, es válido; cada libro suyo vive, late y puede perdurar porque contiene, aún en rigurosa contemplación, algo sólido, eficaz, nuevo: desde aquella primeriza interpretación de Goya que le valiera el adicto comentario escrito de Eugenio d'Ors; en cuya admiración y hondo conocimiento tanto había de aprender Díaz-Plaja, asimilando esa sed de



globales contemplaciones, característica del trabajo orsiano.

Hoy, cuando a la vista de sus títulos y ocupaciones—poeta, profesor, joven maestro de su generación, benjamín de las lejanas vanguardias, crítico, ensayista, historiador de la literatura, conferenciante, viajero empedernido...—

hay que añadir el de académico, la noticia, la designación le encuentra no en cómodas rememoraciones, ni en recuentos y balances de lo hecho, sino con seis libros nuevos en la mano, en la calle ya; en el uso de la certera palabra desde sus tribunas en la prensa, con un billete de avión en la mano, alentando, con la vibrante juventud de siempre, juveniles experiencias de teatro, decidido ya en el tema de su discurso de ingreso en la Academia, en la pausada meditación de las palabras destinadas a su ilustre predecesor.

Entre esos libros recién llegados, uno, reunión de su obra poética en marcha, *Poesía junta* (1941-1966), nos causa verdadero interés; y trae a la línea de fuego una vertiente importantísima de la obra de Díaz-Plaja, un tanto olvidada, yo diría apabullada por su vasta y vibrante labor de ensayo y crítica. Quiero subrayar la aparición de ese libro por cuanto nos permite contemplar, sosegadamente, de cerca, a la vez, «junta», su obra poética, sin los peligros y olvidos que causa la difícil dispersión en que la poesía vive en este país. Con su poesía entera, en la mano, de Norte a Sur, se da uno cuenta de que este poeta debe ser cuidadosamente revisado; de que sus versos, serenos y humanos, explican, aparte sus intrínsecos valores, ese lirismo contenido que habita la claridad y el orden de todos sus libros, que tan atractivos los hacen; muestra, en suma, los ríos de una sensibilidad herida por cualquier cosa del mundo que le ha «doctorado en paisajes», como él mismo ha dicho, que yo, con palabras de don Miguel de Unamuno, llamaría «paisajes del alma».

entreletras

CARRO DE LA ALEGRIA PARA CATALUÑA

El Instituto Nacional del Libro Español ha editado un «Catàleg de Llibres en Català» que acompaña, guía y sirve de referencia complementaria a la exposición itinerante de volúmenes editados en lengua catalana que irá mostrando su excelente elenco de obras por diversas partes de la península y de ultramar.

La exposición, que muy bien podría llamarse, empleando una expresión en boga, Carro de la Alegría de la Catalanidad, es iniciativa del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, secundada y apoyada por el INLE y por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. La gracia cultural, cromática y tipográfica, las calidades de obra bien hecha que tanto distinguen a la eminente producción editorial en el gran idioma romance, confirmarán ese calificativo. Pues los libros, la mayoría de los libros, no están hechos con el atuendo solemne y erudito de las lenguas muertas, abandonadas o en vía muerta, sino con la viveza pujante y actual de un nuevo, impetuoso desarrollo.

El catálogo, brevemente presentado en castellano y catalán por Guillermo Díaz-Plaja, director del INLE y nuevo académico de la Es-

pañola, del que aquí al lado se habla, comprende 3.304 títulos, publicados por 98 casas editoras. Editores de Cataluña, de Valencia, de Mallorca, de Madrid y de Andorra.

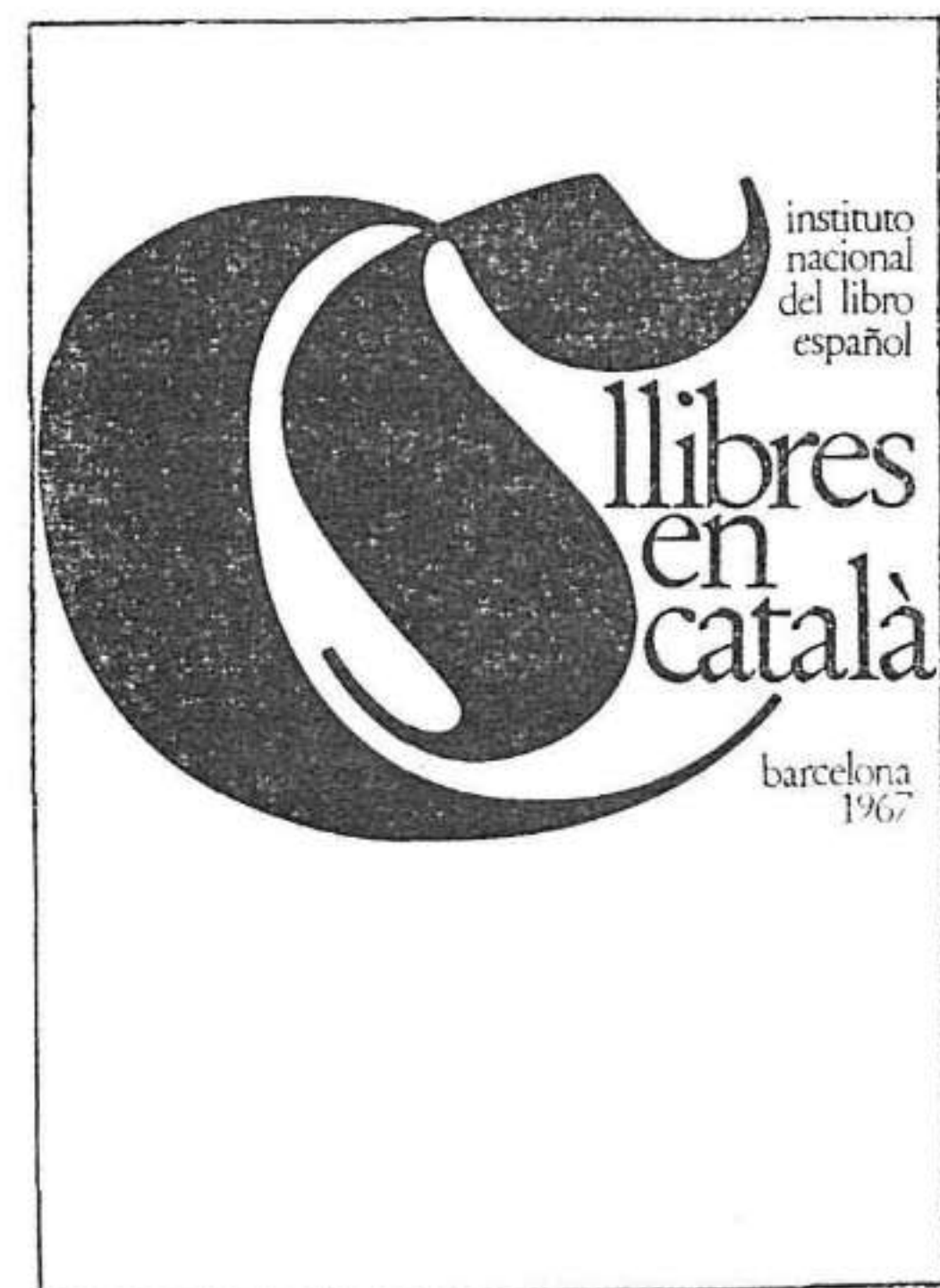
Dos tercios del conjunto (2.309 obras) son libros de edición original en lengua catalana. Casi un tercio (nada menos que 931 títulos) lo componen libros traducidos al catalán desde lenguas extranjeras, lo cual acredita también la pujanza y el cariño con que los industriales catalanes y no catalanes del libro sirven a la insigne lengua vernácula. Los vertidos del castellano o idioma general de los españoles, al catalán, son 64; como es natural, mucho menos que la décima parte de los libros extranjeros.

Examinando la distribución por materias, las proporciones de cada rama resultan igualmente significativas. La proporción mayor (1.422 obras) corresponde a los libros de literatura; cuota a la que sigue inmediatamente en importancia (425 títulos) el libro infantil. Como el libro infantil es libro literario y las biografías (160) y las bellas artes (88) también, bastante más de la mitad del conjunto entra en este ramo nuestro. En el ramo o rama donde planta su nido LA ESTAFE-

TA LITERARIA, como su nombre indica. La literatura sigue siendo el modo de comunicación que interesa a más personas; la producción editorial, a lo menos en lengua catalana, está todavía muy distante de ser dominada por la ciencia, por la técnica, por la política.

El apartado «Religión» lo constituye un poco más del 10 por 100 (388) de los libros presentados. Le sigue el de «Ciencias Sociales» (262), el de «Historia» (197) y el de «Geografía» (120). Las demás, digámoslo así, especialidades, quedan muy por debajo.

Todos estos datos son meditables. Lo más discutible es la justeza de unas clasificaciones bibliográficas por géneros, que siguen sin resolverse. Determinar si un libro se mete en tal o en tal otro casillero de las clasificaciones no es nada fácil. En realidad, puede suceder que los empleados de una biblioteca archiven en el apartado de «Juegos y Deportes» un libro religioso. Y, en este ejemplo, la cosa no queda mal, pero en otras dificultades de clasificación, quedaría peor. Por ejemplo, se toman por religiosos bastantes libros que, al lector de cultura y de buen gusto, le enfrían respecto a las letras.





MAYO 9

SALE SABADOS ALTERNOS

15 PESETAS

escriben:

EMILIANO AGUADO * CARLOS ANTONIO AREAN * ANTONIO MANUEL CAMPOY * ADOLFO CASTAÑO * RAUL CHAVARRI * RAMON FERNANDEZ-POUSA * VALERIANO GUTIERREZ MACIAS * LUIS JIMENEZ MARTOS * ARCADIO DE LARREA * EDUARDO MARCO * JOSE FELIX NAVARRO * JALME PAREIRA MONTFORT * LUIS RETUERTO * JULIO M. DE LA ROSA * DAMASO SANTOS * FRANCISCO UMBRAL * CONCEPCION VIDAL

y también IGNACIO AGUSTI * VICENTE ALEXANDRE * VALENTIN ANDRES ALVAREZ * A. M. BADA MARGARIT * ENRIQUE BADOSA * CONDESA DE CAMPO ALANGE * JOSE MARIA CASTRO CALVO * JOSE MARIA DE COSSIO * GUILLERMO DIAZ-PLAJA * MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO * J. V. FOIX * MANUEL FRAGA IRIBARNE * VICENTE GALLEGU * SAMUEL GILI GAYA * GASPAR GOMEZ DE LA SERNA * RAFAEL LAPESA MELGAR * JOSE MARIA DEL MORAL * BARTOLOME MOSTAZA * FLORENTINO PEREZ-EMBIID * JORGE RUBIO BALAGUER * FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES * RAFAEL SANCHEZ MAZAS * ANTONIO VALENCIA * LUIS VALERI * ALONSO ZAMORA VICENTE * JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI además de JORGE C. TRULOCK * PEDRO CRESPO * JOSE MARIA RINCÓN

y ANTONIO IGLESIAS LAGUNA, REDACTOR JEFE * JUAN EMILIO ARAGONES, SUBDIRECTOR * LUIS PONCE DE LEON, DIRECTOR

1964

AHORA es posible el Diálogo de las Lenguas



PROCEDE de Vascongada y Gallego; HABLA en Castellano; INVOCA al

SENY

Encuesta de LA ESTAFETA sobre los idiomas españoles

HISPANISMO

A QUI damos fin a unas páginas que hemos empezado con palabras de un Ministro y terminados con versos y palabras de otro. Este otro es Julio Alvarez, Ministro de Bienestar Social de la República Argentina. Ha pasado unos días en la península, recorriéndola, viendo los lugares que más ha podido. Un poco en lucha contra el reloj, este hijo de gallego y vasca (igual que la ascendencia de Manuel Fraga Iribarne, según el lector recordará por nuestro número 291), ha estado en nuestra redacción las últimas horas que le quedaban para tomar el avión hacia Buenos Aires. Más pormenores de su visita a esta casa se hallarán en las últimas páginas de este número.

Aquí damos un soneto suyo, tomado de su libro *Ignorado eco*, Editorial Emecé, Buenos Aires, 1966. Hemos sugerido al autor que nos lo lea. No se sabe de poeta alguno que resista a tal género de incitaciones: Julio Alvarez nos lee sus endecasílabos. Le hemos pedido que elija tres versos del soneto a España para glosarlos en prosa. Ha elegido los versos 1.º, 8.º y 14.º Ved el soneto y su glosa:

A ESPAÑA

JULIO ALVAREZ

*Lo que me gusta en ti, sangre caldeada,
es mirarte tan brava y tan derecha,
tan rápida de andar, tan alta hecha
que miras hacia el cielo, enamorada.*

*Lo que me gusta es verte arrodillada,
pordiosera de amor, sin pausa o fecha,
como una fiera en una jaula estrecha
rugiendo a Dios al encontrarte atada.*

*Así por ti, ante mis huesos clama
este cruzar el mar, saltar a tierra
y ser polvo en el polvo que me llama.*

*Y porque esta distancia se me cierra
revuelta está la sangre que te ama
y va sin paz en busca de tu guerra.*

«LO QUE ME GUSTA EN TI, SANGRE CALDEADA...»

Si yo fuera sólo yo, no podría entender esta singularidad que es España, como uno es con su sangre, con gestos inesperados de bisabuelos y abuelas que de repente nos sorprenden. Me gusta entonces este andar de la «sangre caldeada», arteria que vibra porque siente y sabe que el asombro es un ser niño ante la vida, un estar tenso y hambriento de lo que se mueve con sentido o sin él.

«RUGIENDO A DIOS AL ENCONTRARTE ATADA»

Estimo que el español y uno mismo quiere ser como Pablo «Dios en Dios». De allí ese rugir por no ser el todo. ¿Por qué entonces sino la alegría española trágica y terrible de Semana Santa? Se ha muerto Dios, eso significa que murió para ser como uno. No es ese el sentido?

«Y VA SIN PAZ EN BUSCA DE TU GUERRA»

Hay hombres que viven para la paz y otros para la dificultad. Ese es mi sino. Si no tuviéramos problemas, yo no estaría donde estoy; sirvo en medio de la «aporía» para buscar el agujero de la luz.

¿Y España? Porque le fué difícil, es actualmente renovada y moderna, alegre realidad.

Argentina: MADUREZ NACIONAL Y LITERATURA NACIONAL

ERNESTO SABATO

CREO que por fin estamos llegando a adquirir mayoría de edad en el orden cultural, con la conciencia de nuestras propias fuerzas y nuestros propios defectos nacionales, sin estúpida arrogancia pero también sin aquella degradante actitud colonial que nos hacía arrodillar ante lo europeo. Es claro que esta autoconciencia se adquiere mediante una lucha entre las dos posiciones antagónicas, y todavía podemos ver, aquí y allá, a pintores o escritores que corren detrás del último ismo de moda en París, y lo que es todavía peor, con la convicción de que de esa forma progresamos. Por fortuna pasó ya el tiempo en que inexorablemente, a cada movimiento de la metrópoli, respondíamos con una simiesca reverencia: no debe ser considerado como puro azar que el ya casi muerto «objetivismo» fuera violenta y sólidamente refutado por argentinos cuando estaba en plena moda.

¿CIRCUNSTANCIA DESFAVORABLE?

Para que, a mi juicio, nuestra conciencia propia adquiera su plena madurez y su máxima fortaleza, no debemos olvidar que precisamente a causa de nuestra circunstancia histórica y social (que desde cierto punto de vista es desfavorable) tenemos posibilidades interesantes que no tienen los europeos. No puedo en esta pequeña nota desarrollar todos los elementos de esta afirmación y sólo me referiré aquí a una experiencia pasada que de algún modo puede ser instructiva para nosotros.

PUNTOS AL CONTRAPUNTO

Después de la primera guerra mundial culminó en la novelística europea un proceso de refinamiento en el CONTRAPUNTO de Huxley, que fué juzgada por sus fanáticos como la novela más grande del siglo. Hoy, cuando prácticamente nadie la lee (lo que es otra exageración, ahora inversa), podemos decir que era fácil predecir su ocaso en virtud de esa eterna dialéctica de las escuelas artísticas entre la perfección y la «barbarie». Con un ingenio deslumbrante (y ya la palabra «ingenio» es decisiva para juzgar sus virtudes y flaquezas), con la mayor inteligencia que pudiera ser manifestada en una obra literaria a través de personajes cínicos y sofisticados, cerebrales y decadentes que hablan como técnicos consumados de relatividad o de arte egipcio y todo realizado mediante los recursos técnicos más asombrosos y con el dominio más exquisito del aparato verbal, con un conocimiento antequilador de toda la literatura de todos los tiempos, parecía que era imposible ir más adelante por ese camino. Y así fué, en efecto. De modo que luego de aquel sensacional estado de ánimo, en que todos leíamos Contrapunto y gozábamos con sus malvadas, cínicas y sutiles paradojas, llegó el momento que siempre termina por llegar: empezamos a sentir la necesidad de algo menos perfecto pero más profundamente (y tontamente) adherido a la vida, añorando, y por los mismos motivos psicológicos, aquella candidez mágica que advertimos en obras cumbres, del mismo modo que en la cumbre de la pasión amorosa el hombre es invariablemente ciego, dominado por una

suerte de inocencia y de candor. Por el tiempo de su máxima celebridad y cuando acabada de publicarse en francés la traducción de un ensayo del mismo Huxley sobre la vulgaridad de algunos novelistas como Dickens, un crítico muy lúcido le señaló que un gran novelista incurre a menudo en esas vulgaridades que él brillantemente denunciaba, y que si era imposible verlo incurrir en tales defectos a un Giraudoux o al propio Aldous Huxley, en cambio era frecuente comprobarlo en un Balzac o en un Dostoievski. Habría podido agregar que la prosa del Quijote fué considerada por sus contemporáneos como una prosa de mala calidad, y todavía entre nosotros el señor Paul Groussac la consideraba una «prosa de sobremesa», razón por la cual, seguramente, él no escribió nada parecido.

EL SOCORRO DE LOS BARBAROS

¿Qué pasó en tales circunstancias? ¿Qué podía pasar? Pasó que la asfixiada Europa recibió entonces la potente inyección de vida que le estaba faltando desde el remoto y «bárbaro» territorio de los Estados Unidos. Y al poco tiempo la mayor parte de los escritores europeos se hallaban bajo la influencia (benéfica) de aquellos «bárbaros». Que si bien no salían de la nada, pues todo arte se construye sobre el arte precedente (y en particular los novelistas norteamericanos se hicieron en el largo aprendizaje de los grandes escritores europeos), habían llegado a su mayoría de edad y con fe en sus propias condiciones venían a dar al mundo un mensaje que les era suyo. Ayudados en esa empresa por la providencial ventaja de ser generalmente artistas solitarios, ajenos a las capillas que en París promueven pero también agostan los movimientos, mediante la perniciosa imitación mutua

el interminable y decadente juego de los espejos recíprocos y la mortífera invención de un lenguaje hermético y de una problemática esotérica que terminan por alejar definitivamente al arte de la existencia.

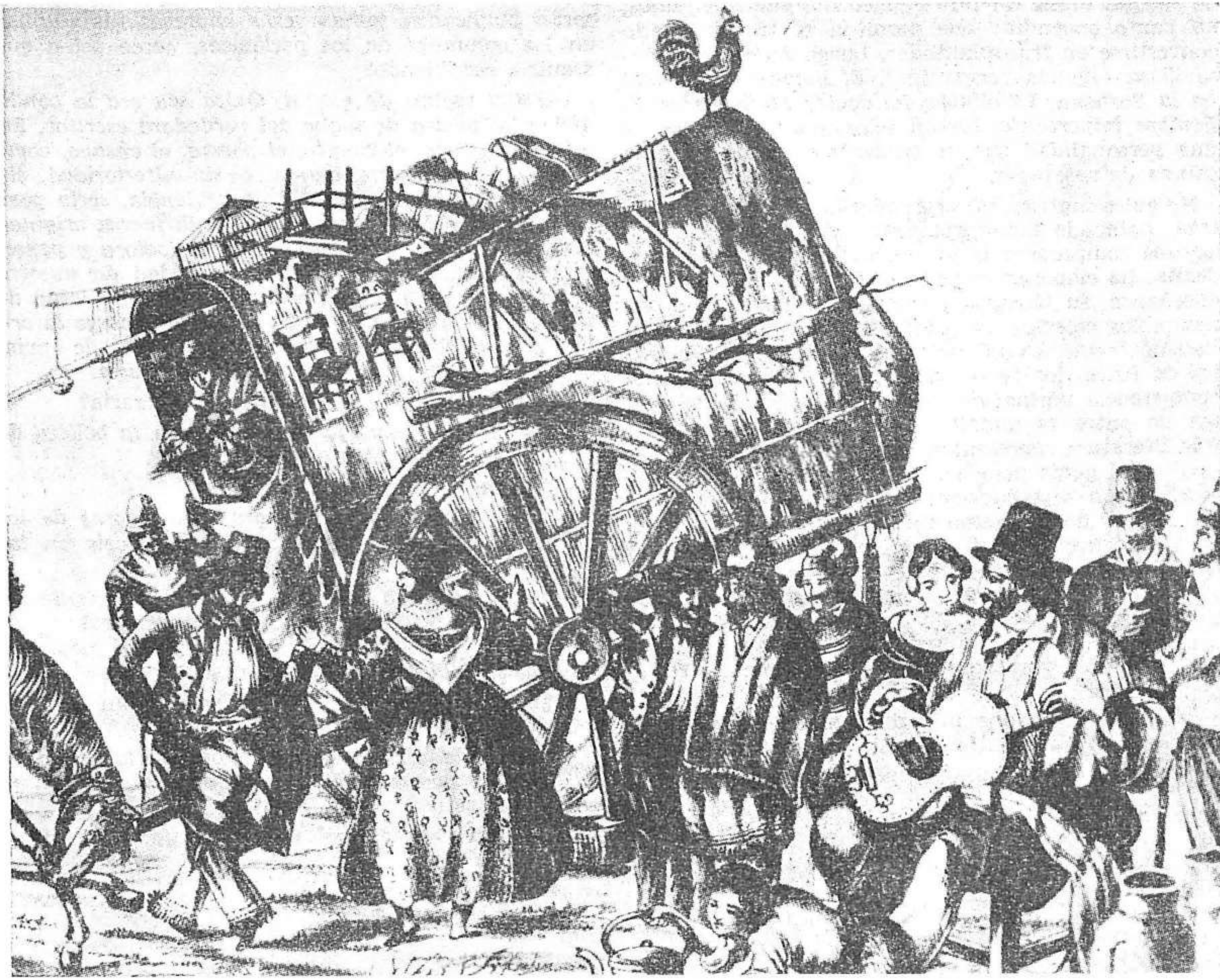
CONTRADICCION

La influencia de la literatura norteamericana fué tan poderosa que terminó por suscitar su propia y bizantina negación, en virtud de aquella tendencia que, según Heráclito de Efeso, tienen las cosas del espíritu de marchar hacia su propia contradicción: ¡los creadores del llamado objetivismo se declararon los mejores y más acabados herederos de Hemingway!

OPORTUNIDAD EXTREMADA

Cuando se llega a ese extremo no cabe esperar sino la inversión del proceso, y a la nueva escolástica ha de suceder, sin lugar a dudas, un nuevo vitalismo. Nosotros los latinoamericanos tenemos ahora una gran oportunidad, y sería lamentable que las generaciones jóvenes la malograsen imitando, paradójicamente, la moribunda escolástica metropolitana. Aprovechemos las enseñanzas de sus más grandes escritores y aprovechemos sus recursos técnicos, pero cuidémonos de incurrir en el vicio decadente de una literatura «literaria», pues entonces nos pasará lo que a Aldous Huxley en la década del 30. Y recordemos estas prudentes palabras de Van Wick Brooks: «Nuestra época había olvidado que un gran escritor es un gran hombre que escribe, no un mero artifice o maestro de las palabras».

«Media caña», acuarela de Daufresne, 1841



Exegeta Porteño de Cervantes:

ALBERTO GERCHUNOFF

CESAR TIEMPO



ANDRÉ SIRIO

A fines del siglo pasado en el campo argentino no había literatura, no reinaba un clima de égloga, no llovía maná. Sólo podían contemplarse, con el corazón hecho un puño, arenales, pajonales, alimañas y desolación. Desde 1889 hubo que luchar contra muchas insidias, tanto en Santa Fe como en Entre Ríos y en el Chaco, contra las tormentas desatadas por las potestades del caos y las tormentas desencadenadas por los hombres contra las sequías y las inundaciones, contra las plagas y contra los incendios, y enriscarse en la vida dura y mordiente de las colonias.

A trancas y barrancas Alberto Gerchunoff llegó a la adolescencia. Aprendió a cavar pozos, a construir hornos, a uncir bueyes al yugo, a derribar novillos ariscos, a conducir la segadora y a paralizar en plena huida a un caballo salvaje con un infalible golpe de lazo. Un paisano bellaco, porque sí nomás, borracho y pendenciero a sabiendas y jingoísta sin saberlo, mató de una puñalada al padre de Gerchunoff e hirió gravemente a su madre y su hermana. El niño pagó su tremendo tributo a la tierra que exaltaría años más tarde en páginas de encendido patriotismo y prosa aún no superada sin la más leve sombra de rencor. Gerchunoff creyó siempre en la justicia. Y creer en la justicia es ya una forma de realizarla. En el rústico cementerio de Moisés Ville, en la provincia de Santa Fe, quedaron los restos de Gerchunoff y una lápida que recuerda en la lengua de los profetas su paso por la tierra de varón elegido y justo.

AUTODIDACTA Y RENUNCIANTE

Alberto Gerchunoff aprendió a leer a los catorce años. Un carrero español fué su maestro de primeras letras. Su primer libro de lectura fué el *Quijote*. A los veinte años dirigía un diario de provincia, durante más de cuarenta fué redactor de *La Nación*, de Buenos Aires. En 1910 publicó *Los gauchos judíos*, un canto encendido que permitía al transplantado convertirse en transplantador. Luego *La jofaina maravillosa* (agenda cervantina), *El hombre que habló en la Sorbona*, *La clínica del doctor Mefistófeles*, *El hombre importante*, fueron jalonando las etapas de una personalidad que no tardaría en colocarse a la cabeza de sus pares.

No quiso ingresar en la Academia Argentina de Letras, habiendo sido propuesto para integrarla. No lograba comprender la misión del escritor en la Academia. La elaboración de la historia de la lengua, su enseñanza, su biología, pertenece, según solía decirnos, a los colegios universitarios, llenados con especialistas, como los gabinetes de fisiología, los gabinetes de física, los cursos de geodesia. No entra en la competencia normal del escritor, como en la del pintor no entra la química de los colores. El idioma y la literatura representan una actividad viva y cambiante del genio popular. Y el gran poeta y el gran escritor son repercusiones vivaces, son las cajas de resonancia de ese genio multiforme y ardiente, son las trompetas y el tambor de esa numerosa y eterna polifonía. El poeta y el escritor, para seguir siendo airoosamente libre, para no enajenar su gloriosa independencia, para intuir sin reatos, soñar sin trabas, pensar sin cautela, sin maneas, ha de apartarse de las sociedades normativas, de las asociaciones reglamentadoras.

Y que me perdone mi admirado Gerardo Diego, el académico más antiacadémico que conozco.

Demasiado ata y cohibe al poeta, al escritor, al pin-

tor, a ese caritativo servidor humano que cuenta cuentos y urde novelas, la dura, puerca y sagrada necesidad de vivir. Por estas razones, y otras más que no se abstuvo de expresar, Alberto Gerchunoff, padre y maestro mágico, renunció al sillón consagratorio y al previsible frac verde. Y también renunció a hablar en la Sorbona, como renunció a muchas cosas que no son alegres pero proporcionan alegría, y a satisfacciones, prebendas y honores, que le hubieran permitido trabajar sin apremio y escribir tantos libros hermosos y eternos como los que la dura tarea de todos los días le impidió escribir. Claro que con los que escribió tiene bien cimentada su gloria y valen más porque le costaron más.

Alberto Gerchunoff tuvo un gran corazón. Y los corazones más grandes son los que se rompen más pronto. El 2 de marzo de 1950 abandonaba la sala de redacción de *La Nación*, después de haber escrito el suelto del día, y en la esquina de San Martín y Corrientes se desplomó muerto. Hoy una estación de ferrocarril lleva su nombre y sus libros se estudian en las universidades.

SIEMPRE EL «QUIJOTE»

El autor de *La jofaina maravillosa* no se construyó como un emperador egipcio una mastaba empapelada de libros para quedarse adentro, inmóvil y soberbio, esperando el bloqueo de la eternidad. Salió a la calle, a los caminos del mundo, a mezclarse y confundirse con el hervor de las gentes, a decir su palabra incisiva y acatada, a hacerse partícipe de sus sueños y de sus luchas. Camarada ejemplar, no bien supo que deseábamos hacerle unas preguntas póstumas, salió de su postración para acceder a nuestro requerimiento. Un hombre como Gerchunoff no puede disolverse en la nada, renunciar al tiempo, callar para siempre. He aquí el diálogo que anudamos:

—¿Cree usted en la inmortalidad?

—Ser recordado es una forma de ser inmortal. No olvide que una de las acepciones de recordar es des-
pertar.

—¿Usted cree que el periodismo puede anular al escritor?

—Al contrario. Generalmente se comienza por ser periodista y se termina en escritor. El periodismo nos sirve de prueba, de disciplina y de yunque. Nos enseña a pensar claro y a escribir con orden, además de lo que significa como vida, sacrificio, lucha, tan útiles al escritor.

—Si se le dijese a un escritor: tus libros jamás serán publicados, jamás verás impresas tus páginas en las columnas de los periódicos, ¿cree usted que seguiría escribiendo?

—Estoy seguro de que sí. Quizá sea esa la condición, la piedra de toque del verdadero escritor. Escribir la novela, el cuento, el poema, el ensayo, como se escribe una carta de amor, sin ulterioridad, sin más ley que la necesidad de confidencia, sería posiblemente el método para arribar a la fuerza original. Imaginemos, por ende, una persona lectora y pensemos en ella. Destinémosle la intimidad de nuestro espíritu, sin proyección de mañana, sin inquietud de gloria, persuadidos de que su simpatía excluye la crítica y la alabanza y ve solamente en lo que le enviamos un mensaje que no requiere respuesta.

—¿Cómo definiría usted la tarea literaria?

—Un servicio humano afrontado con la belleza de la vocación y la nobleza del desinterés.

—¿Cómo definiría a los críticos?

—Como personas que buscan en las obras de los demás lo que ellos hubieran querido decir en las suyas.

—¿Desde cuándo mantiene usted esa sonriente serenidad ante las circunstancias más difíciles?

—Desde que supe que Dios nos perdona todo, menos nuestra desesperación.

—¿Puede ser, según usted, la política un entendimiento de escritores?

—Los fundadores y estructuradores de las naciones de América fueron hombres de letras. Sus gobernantes

fecundos alternaban la ciencia del espíritu con los quehaceres de la organización. Mitre, Sarmiento y Avellaneda fueron escritores: su política tenía la elevación y la pluralidad de las actividades intelectuales. El escritor aporta a la política su locura y su desinterés. En su palabra habita el espíritu ¿Qué es un político que no es más que un político? Un artesano que trabaja en la bajeza como Miguel Ángel trabajaba el mármol.

—¿Qué libro recomendaría usted leer a los jóvenes?

—*El Quijote*.

—¿Y a los que ya no son jóvenes?

—*El Quijote*.

—¿Y a los que ya lo leyeron?

—Releerlo.

PERFIL Y RAZON DEL JUDAISMO

—¿Qué es para usted ser un hombre?

—Dar forma a un alma.

—Usted que ha ahondado tanto en el tema, ¿puede decirnos por qué se malquiere a los judíos?

—¿Por qué? Se odia al judío y se le busca. El dinero de Rothschild fascina y el perfil de Raquel, mantenido en la hermosura de su raza, es dulce. Su cabellera de oro viejo y sus pupilas oscuras como el olvido, constituyen el poema de la voluptuosa languidez amado por el amor de todos los pueblos. El judío carece de término medio, la medida de lo discreto, la exacto, que atrae las simpatías de los espíritus neutros. Al través de los siglos de persecución, estas características se acentuaron hasta lo anormal. La violencia de los enemigos y la necesidad de persistir en el tiempo para alcanzar el reinado eterno les llevó a la sabiduría, al estudio de las leyes ocultas, al cultivo del arte, al desentrañamiento de los borrosos teoremas de la metafísica. Perdida la patria originaria de los profetas, la tierra de los rígidos predicadores, dispersáronse por el mundo con la consigna de encontrarse en el transcurso de las edades y refinar el alma de las muchedumbres para conducirlas, mansas y expertas, a la reconquistada Jerusalén. Desde entonces se les vió en todas partes. Su extraña silueta asombró con su presencia de espectro la corte de Austria, el palacio de los reyes de España, el castillo de Pedro el Grande y hasta surgieron en el amable retiro del príncipe de Escocia, encantaron a sus princesas y adornaron sus abadías. En todas partes fundaron sus ieschovas. Entonces Rabi Gabirol Ben Jehuda dialogó con sus discípulos sobre las Fuentes de la Vida y Maimónides admiró con los milagros de sus curas maravillosas. Fundóse la escuela de los jasidim, cuya misión fué conservar la antigua tradición intelectual. Nacieron los poetas. Así, con un gesto de plenitud, el judaísmo persistió siglo tras siglo hasta iniciarse la era sangrienta de la persecución. Pero el judío sabía ya de astucias; cerráronse las sinagogas y desaparecieron los candelabros simbólicos de las ventanas en las noches rituales; los Ben Kahan y Ben Levi se disfrazaron con apellidos sonantes. De este modo el tribunal del Santo Oficio contaba en su seno con altos obispos judíos que facilitaban la evasión de los condenados al martirio; príncipes católicos que se casaron con mujeres israelitas, convertidas en duquesas insignes, insospechables en su deslumbrante hermosura, llenas de abolengo y altivez...

—¿Qué libro lamenta no haber escrito, don Alberto?

—Una vida novelada del rabi Sem Tob, de Carrión de los Condes. Un personaje fabuloso entre los muy fabulosos personajes de España. El rabino coplero nació en la misma villa que el marqués de Santillana y allí le llamaban don Santo. No vestía como los conversos jubón a la italiana o la castellana, sino larga hopalanda, apretada a la cintura con una faja de seda negra y solideo de terciopelo, del cual huían los tufos retorcidos. Los sábados, cuando cesaba el martilleo en la barriada y las damas de la judeidad salían al umbral con sus pañuelos bordados de per-

las en la cabeza, el rabi Sem Tob se ponía, como sus antepasados, el ancho y ondeante albornoz.

—¿Dónde aprendió lo que tan bien sabía y que le servía para asombrar a los más graves doctores?

—De su estirpe; de su inteligencia, abierta como una mano. ¿Y, quiere creerlo, que ese rabino con nariz de garfio y alegres labios turbaba el corazón de las mujeres, y aun de aquellas a quienes se allegaban, al salir de la sinagoga, los ricos mercaderes que traían sedas de Mosul y esencias de Bagdad y llevaban sobre el pecho, además de barba perfumada a la turquesa, cadenas de oro y lucientes zafiros? Casóse muy tarde. Su juventud pasó en la baja casuca que daba hacia Oriente y donde se reunían los viernes con la primera estrella y los sábados con el primer rayo del sol los devotos de la ley judiega. Allí se le encontraba, junto al ventanal, para que la luz que viene del Cuérnago diera sobre las fojas y le ahorrara el gasto de los ojos. Allí fueron yéndose los años de la mocedad, y cuando ya comenzó a ponerse albo el cabello y turbio el ánimo de pensarlo, cayó en la cuenta de que estaba más solo en su casucón de la judería que el platero viudo con quien platicaba a gusto. Cierta vez había predicado con tan clara sabiduría que los pobres, al oírlo, se tornaron magnates y los ricos quedaron entristecidos con los muchos paños de su tienda. Al terminar la prédica y tomar todos la senda de la barriada, Sem Tob acercóse a una doncella muy garzoneada por los mozos más señalados y le dijo que la tomaba por esposa. Era la muchacha más codiciada del lugar. La asediaban mercaderes y caballeros. Un anciano de la amistad de Sem Tob bendijo la unión. Y el poeta escribió esta copla: Cuando es seca la rosa / que ya su sazón sale / queda el agua olorosa / rosada que más vale. El poeta decía lo que sabía, pero seguramente no sabía lo que decía...

DEFINICIONES DE VIDA Y ESPERANZA

—¿Cree usted en el progreso?

—Cada nube que asoma en el cielo mejora la espiga del año anterior.

—¿Cómo definiría usted al vanidoso?

—Un hombre vacío. Es decir, lleno de sí mismo.

—¿Qué opina de la nueva ola?

—Cada generación tiene sus olas y sus rompeolas. Creo que se trata sencillamente del talento de los que no se oscurecen en la mediocridad inerte y encienden su aliento en las renovadas sugerencias del ideal y del país en que su espíritu se desarrolla. Creo que es saludable también que los jóvenes pasen por todas las escuelas, sobre todo por la primaria...

—¿Qué le diría usted a un petulante?

—No digas lo que ignoras porque la gente creerá que lo sabes.

—¿Puede decirnos el motivo de su extraordinaria devoción por Heine?

—El poeta Enrique Heine —¡loada sea su memo-

ria!— nunca quiso ser importante. Y por eso tiene importancia para nosotros todo lo que cantó y todo lo que sufrió. No nos humilla con su grandeza como Goethe o como Hugo. Se nos muestra en su simplicidad conmovedora, como somos realmente en la vida, es decir, pobres y tristes hombres llevados y traídos por la cotidiana aventura. Sólo el hombre interesa al hombre y este es, en verdad, el enigma prestigioso del genio. Enrique Heine nos brinda el tesoro cordial del hombre vivo y activo que se revela con sagrado impudor en sus menores manifestaciones de artista.

—¿Es cierto que usted escribió alguna vez el elogio del cocido?

—Es cierto. El cocido denuncia en su heterogeneidad pomposa la riqueza poliforme de un suelo fértil. Es la comida de un pueblo feliz. Desgraciadamente ahora cuesta tanto como una joya. De plato para pobres se ha convertido en una reliquia inalcanzable.

—¿Sabe usted cómo se hace para no envejecer?

—Pienso que una de las fórmulas sería vivir con alegre temeridad, mezclarse en los más complicados entreveros, arrojar en las reyertas inverosímiles que nos salgan al paso, emprender incansablemente las aventuras que nutren la pasión desinteresada y que jamás se aprovechan en el sentido vulgar, contradecir la dura mezquindad, oponerse a la razón razonable y enloquecer hoy con lo que dejará de ser locura en lo venidero, y así, debiendo morir minuto a minuto, nos arrimaremos a la etapa en que ya no se esperan las sorpresas con la posibilidad de que la vida nos sorprenda con sus dádivas inesperadas.

—¿Cuál es en literatura su heroína favorita?

—Dulcinea del Toboso.

—¿Y en la vida?

—Mi mujer.

—¿A cuál de sus contemporáneos le quitaría el uso de la palabra?

—Al señor Que No Comprende Nada.

—¿En qué se diferencia, para usted, un caudillo de un estadista?

—El caudillo es un rastreador. Los rastreadores husmean el aire, ventean el suelo y dicen lo que han descubierto, sin comunicar sus observaciones a los que le acompañan. Por eso no decepcionan a ninguno. Los estadistas comunican sus ideas, sus planes. Opinan. Y opinar es alejar simpatías. Juzgar ideas y hombres es estar en desacuerdo con hombres y con ideas. Es una enfermedad de la civilización. La enfermedad de pensar. Un caudillo es un clavo. Un estadista, un martillo.

—De poder elegir un lugar donde vivir largamente, ¿cuál elegiría?

—Entre Ríos, mi país. Tierra benévola, tierra de hombres leales, guarnecida de ceibos, de aguas sonoras. Cada vez que la evoco veo aclarar en mí como aclaraba el cielo, cuando iba, montado en el flaco tordillo, en busca del barroso y del yaguané, con sus cuernos puntiagudos, separados y curvos, en que el alba ponía una relumbre de nácar. Los hombres de

Entre Ríos me enseñaron a ser altivo sin ruido y valiente sin jactancia. Sus fábulas me inclinaron al deleite humilde de la palabra. Sólo allí quería estar, siempre.

—¿Conoce usted algún remedio para el mal de amor?

—El principio de la homeopatía, según el cual la mujer nos cura de la mujer.

—Usted dijo alguna vez, en el prólogo de uno de sus libros, que era un pobre hombre que no se divertía nunca. ¿Tenemos que tomar afirmación al pie de la letra?

—Piense que no contaba con renta suficiente para ser socio del Jockey Club; no frecuentaba el hipódromo, no me entretenía el póker, no era lo necesariamente viejo para asistir a las matinés del Círculo Cangallo, en cuyos salones bailaban, con sacos de alpaca, los funcionarios severos de la nación, los jueces jubilados, los almirantes en situación de retiro, que comparan a las modistillas y a las manicuras con las unidades de la escuadra. Pude divertirme un poco aceptando un sillón en la Academia y estar junto a mis encantadores amigos Melián Lajinur y Fernández Moreno. Pero el mundo es antiacadémico, es caótico, bailador y cantador como el rey David, y mañana tras mañana está de parto y pare un mundo... Y el mundo es hermoso porque vive y no vegeta, porque es una selva que ningún podador puede podar, arreglarlo, peinarlo, como se peinan con cercos de boj y canteritos de claveles y de miosotis los jardines dibujados, encantadores y banales, de la avenida Alvear. Y el hombre tiene que ser como el mundo y como la mujer que alumbra. Y me resigné a seguir remanendo en el diario. Como ve, el repertorio de mis diversiones fué bastante limitado.

—¿Qué frase quisiera grabar sobre el dintel de su casa?

—No espantes la mosca de la frente de tu amigo con un hacha.

Ahora que Alberto Gerchunoff ya no está entre nosotros no pensemos que se ha incorporado al gran misterio, a las ineluctables tinieblas. La historia de los hombres de pensamiento es una historia de resurrecciones. Por otra parte, ¿cómo diferenciar a un muerto de un hombre que se vuelve serio, que renuncia al tiempo y se encierra tranquilamente a meditar en algo cuya solución le atormenta desde largo tiempo atrás?, se pregunta Rilke. Quién sabe si Gerchunoff se ha retraído como se retrajo para meditar acerca de este triste momento del mundo. El mismo nos recordó alguna vez una recomendación de Disraeli: Hay que enloquecer de pasado mañana.

No desesperemos. Cualquier pasado mañana, cuando el cielo se porte como una persona decente, volveremos a encontrarnos con el autor de *La asamblea de la buhardilla*, volveremos a deleitarnos con sus evocaciones y sus profecías y, como en la noche del 10 de noviembre de 1927 en la que lo escuchamos por primera vez, volverá a asombrarnos el prodigio cumplido por sus manos de labrador, de pastor, de obrero y su fulgurante inteligencia de artista y de profeta. Amén.

El Escritor y Su Escribanía

SANCHEZ MAZAS

ANTONIO MANUEL CAMPOY

RELACION

GAZETA DE ALGUNOS CASOS particulares, así Políticos, como Militares, sucedidos en la mayor parte del Mundo, hasta fin de Diciembre de 1650.



VESTO que en las mas populosas Ciudades de la Italia, Flades, Francia, y Alemania se imprimen cada semana (demias de las Relaciones de sucesos particulares) otras con titulo de Gazetas, en que se dá noticia de las cosas mas notables, así Politicas, como Militares, que han sucedido en la mayor parte del Orbe: ferá razon, que se introduzga este genero de impresiones, ya que no cada semana, por lo menos cada mes; para que los curiosos tengan auiso de dichos sucesos, y no carezcan los Españoles, de las noticias de que abundan las Etrangeras Naciones. Y en quanto a lo primero darémos principio por las Prouincias de Italia.

De Roma.

A Vifan de Roma, que han muerto los Eminentísimos señores Cardenales Don Iuan de Lugo, Español, natural de Scullia, Religioso de la Compañía de Iesus: En Roma, de edad de 75 años; y Don Christoual Vvidman, Veneciano, que falleció en Castiello de S. Martin de la Ciudad de Viterbo, de donde era Obispo.

Y que después que en la Ciudad de Roma, y en las demas de la Italia, se publicaron las Pazces entre España, y Francia, han cesado totalmente las pasiones, y parcialidades q muchos de los Principes Italianos tenían por el afecto a dichas Coronas;

Número 1 de «La Gaceta», de Madrid (Julián de Paredes, 1661)

Rafael Sánchez Mazas, más que verlo, lo entrevi varias veces. Su cara me fué pronto familiar, como a casi toda la gente de mi edad, pues desde los años treinta y nueve nos la veníamos encontrando en los periódicos, sobre todo en *Arriba*, bien por sus cargos políticos o bien por los trabajos de orfebrería literaria que publicaba en ellos. Creo que no hablé nunca con él, y si llegué a hablar sería sin darse cuenta él. Hace veinte años yo era un joven amigo de varios amigos suyos, y alguna vez estuve en las tertulias que

Rafael Sánchez Mazas fugacisimamente visitaba.

Me acuerdo de que una mañana, en el café de La Estación, en la glorieta de Quevedo, estando yo haciéndole compañía a don Pedro Mourlane Michelena, se presentó por sorpresa Sánchez Mazas y se sentó durante algún tiempo, muy poco, pero el suficiente para enarzarse con don Pedro en un monólogo recamado de fantasías, dándome los dos la impresión de que estaban haciendo una mesa de marquetería con incrustaciones de marfil, hojalata y

no pocas piedras preciosas. Otras dos o tres veces le oí en el saloncillo del diario *Arriba*, de madrugada, a donde yo iba acompañando a don Eugenio d'Ors.

RAFAEL, QUE ES MUCHO RAFAEL

Creo que también le vi alguna noche en el café Lepanto, en la tertulia que tenían Mourlane Michelena, Ledesma Miranda y Eugenio Montes. Nunca tuve interés en aproximarme a él. Sánchez Mazas me parecía un personaje de cartón relleno de pasiones más o menos terribles, soberbio y medroso, esteticista y muy poco humano, o demasiado humano, que para el caso es lo mismo. A la edad esa en que uno tiene los dientes duros para leer, yo me leí algunos libros suyos, raros de encontrar ellos, como las *Pequeñas memorias de Tarín*, *Las aguas de Arbeloa y otras cuestiones* y, naturalmente, *La vida nueva de Pedrito de Andía*, esta última, principalmente, por las que don Pedro Mourlane llamaba «claves».

Ninguno de esos libros me proporcionó un recuerdo tibio. Su prosa encandilaba a los muchachos, pero pasaba sin dejar huella. En los *Cuatro lances de bodas* sí encontré algún motivo admirable y valleinclanesco. Sus artículos pontificales tampoco me hacían efecto, y aquellos comentarios breves que publicó en *ABC*, firmados con tres asteriscos, siempre me parecieron arcaica bisutería, muy instructivos, sí, pero completamente al margen de lo que pasaba en el mundo, con noticias fantásticas sobre príncipes de la Iglesia, rejeros vizcainos, aurífices de Toscana.

González Ruano decía que Rafael (a Sánchez Mazas se le conocía simplemente por Rafael, lo mismo que al de Urbino y al Gallo) era la pluma mejor cortada del castellano, y añadía, con aquella intuición verbal que tenía, que era un hombre de claridad mental desconcertante y, a la vez, un ser profundamente oscuro. Por los años que digo él debía tener cincuenta y cinco o sesenta, pues nació en

1894, en Madrid, cosa que sorprendía, pues más bien se le suponía de Bilbao, ciudad pragmática que, sin embargo, siempre ha rebozado de cierto barroquismo a sus hombres.

SOLEMNE Y HUDIDIZO

Sánchez Mazas era un hombre alto y lleno de huesos, con una nariz que para sí habría querido el profeta Amós, y si en vez de haber sido millonario y escritor se hubiese dedicado al teatro, nadie como él habría podido asumir, físicamente, el papel de rico judío Barra-bás en la obra de Christofer Marlowe.

Usaba gafas de concha, enormes y negras, con cristales como culos de vaso, en el fondo de los cuales se movían, vagas y escurridizas, unas pupilas que a veces parecían estar cada- véricamente vivas, y a veces parecían estar peligrosamente muertas. Vestía con una elegancia que, en los medios paupérrimo-literarios de entonces, parecía impertinente.

Nadie sabía a punto fijo dónde vivía, si en una de sus lujosas casas o si en un hotel, si en Coria o si en Florencia, pero se decía que cuando los amigos creían que estaba en Italia, donde verdaderamente estaba era en Gándia, y cuando suponían que estaba en Madrid, resultaba que estaba pasando una temporada vaya usted a saber dónde.

Se atribuía a González-Ruano la definición de que Sánchez Mazas era uno de los hombres menos valientes del mundo, lo cual no le había impedido, ciertamente, estar en medio de las revoluciones del fascismo y en los países en guerra, cosa que parecía natural, dada la índole contradictoria, diríamos que desconcertante siempre, de su carácter.

Tenía, por ejemplo, uno de los mejores latifundios de Extremadura, cosa que le traía sin cuidado desde el punto de vista de la labranza y la aparcería, pero le gustaba pasarse horas y horas teorizando sobre cuestiones agrícolas, mezclando a Méndel y a Pomponio Mela, las coles de Bruselas y las lises de Francia.

ANAQUEL EN EL RETRETE

Nadie supo casi nada de aquel hombre solemne y huidizo que nunca aparecía por los cafés ni por los sitios donde se reunía la gente sin influencia. Sus admiradores iban a visitarlo, de estrángilis, a los hoteles donde se hospedaba, a escuchar su palabra alerta y engolada, impostada por algún Benvenuto Cellini de la otorrinolaringología, a acechar sus pensamientos profundos y enigmáticos como cultos acertijos. Era la sibila délfica del ensayismo español de la posguerra.

Escribía apretado y erudito, sembrando de enrevesadas citas su clara y bien amasada prosa, a lo largo de la cual vemos flotar los áureos cadáveres de sus lecturas rarísimas. Yo me lo imaginaba caviloso y burlón dentro de un palacio deshabitado, en uno de cuyos retretes tendría una mesa muy grande y un sillón frailuno, y un anaquel no muy cargado de libros viejos y nuevos, con una enciclopedia secreta de lo más rebotado.

Su prosa correspondería a un fastuoso carruaje que no llevara viajeros, a una colección de maletas de riquísima piel y caros herrajes que circularan siempre vacías. Posó de *uomo universale*, y para la gente que sólo había olido muy de pasada eso del Renacimiento, aquel rumiante de palabras era un Leone Battista Alberti, con su caja misteriosa y todo, especie de cámara oscura donde se podía ver el orto de la luna en la noche fantástica.

Se complacía en deslumbrarnos con conocimientos inverosímiles, con noticias de cosas que, en última instancia, nos importaban un pito. Sabía, por ejemplo, que la fortuna de Giovanni de Médici ascendía, a su muerte, ocurrida en 1428, a ciento setenta y nueve mil doscientos veintiún florines de oro, y con cualquier pretexto (una riada, la muerte de un político, un atardecer en Neguri), nos hacía saber que Baldassar Castiglione, el autor del *Cortigiano*, se movió como pez en el agua en la refinada corte de la duquesa Elisabetta Gonzaga, tan bella o más que la leonardesca esposa de micer Francesco del Giocondo, menos italiana, por cierto, de lo que parece, pues se trata de una Avalos.

Sánchez Mazas se conocía al dedillo (y si no se las conocía era igual, porque ninguno de

nosotros iba a comprobarlo) las crónicas de Graziani y de Matarazzo, tan esclarecedoras de todo lo que le pasó a la familia de los Baglioni, de Perusa. A él le traía sin cuidado lo que ocurriese en la calle de Alcalá, pero se interesaba por todo lo que pudiera referirse a Bernabó Visconti, tirano de Milán, que obligaba al pueblo a alimentar los cinco mil canes de sus jaurias, y era capaz de desollar vivo al que se atreviera a cazar el jabalí en sus propiedades.

LOS JAMONES DE RABELAIS

Sánchez Mazas sabía curiosas e inútiles historias sobre artesanos florentinos, curiosas e inútiles historias de relojeros que darian sopas con honda al mismísimo Juanelo Turriano, y era capaz de traer a cita cabal una receta rabelaisiana para ahumar jamones y una nunca sabida majeza de Can Grande della Scala.

Hablaba de cosas jamás oídas, pero olvidadas ya en los tomos del Madoz o en las cartas de don Antonio Ponz, y tenía, ya digo, la habilidad de suscitar admiraciones relacionando la afición a la ópera que hay en Bilbao, o los pastos suizos que hay que importar en la provincia de Lugo, con un carmelita llamado Adamo de Génova, que predicaba en Roma contra la simonía, en 1499, y una mañana apareció asesinado en su lecho, tal vez por inspiración del Borgia, aunque sobre este punto había mucho que discutir.

Por lo visto, a Rafael Sánchez Mazas le habría extrañado saber que cualquier hijo de vecino podía comprarse las obras de Jacobo Burckhardt y, por muy pocas pesetas, atiborrarse de quincalla renacentista, sin necesidad de quemarse los ojos consultando de verdad la bibliografía de Ranke.

Y también teníamos la confianza que aquel señor se tomaba con los personajes históricos o de ficción. Hablaba de Fabricio del Dongo como si lo hubiese tenido hospedado en su casa, y le rebatía cualquier tesis a Santo Tomás de Aquino, como si hubiesen sido discípulos en El Escorial. Y siempre tuvo a su alrededor gente que se quedaba con la boca abierta, porque era capaz de recitar de memoria el soneto aquel de Petrarca, en que se dice:

Due rose fresche e colte in paradiso...

DILAPIDADOR DE INGENIO

Pues bien, aquel hombre inteligente, arisotocrático e incisivo dilapidaba su ingenio metiéndose en la cama aquejado de fabulosas dolencias, y cuando creíamos que iba a darnos otro bello libro, lo que nos colocaba era un soneto a la mano más influyente que podía portar palma un Domingo de Ramos. Contaba el bohemio Ibarra que Sánchez Mazas le regalaba trajes nuevos, no por caridad, sino para impedirle mefistofélicamente que moviera a compasión.

No puedo predecir lo que pasará con la prosa pulcra y damasquinada del autor de los *Cuatro lances de boda*. Como su obra fue libada de espaldas al tiempo, es posible que en su tiempo se quede, y también es posible que, por eso mismo, sea intemporal. Con él desapareció, desde luego, el periodista poblado de noticias recónditas, el orfebre capaz de engarzarle a un suceso anodino un diamante de fulgurante erudición.

No sé tampoco si fué un hombre humano en el sentido familiar de la palabra. Parecía, eso sí, frío como la mismísima belleza, pero no estoy seguro de que no pudiera ser demasiado humano. Escribió un soneto que empieza así:

*Delante de la Cruz, los ojos míos,
quédenseme, Señor, así mirando,
y, sin ellos quererlo, estén llorando,
porque pecaron mucho y están fríos...*

A veces, pocas, en su prosa de aurífice asoma una vaga nota de ternura que, de pronto, nos sorprende y nos agarra. Debió de odiar, pero debió saber amar también. Yo, la verdad, no lo sabré nunca, pues nunca logré pasar de la cáscara plateresca de su obra. (Resulta, paradójicamente, que al acabar de hablar de él se acaba sintiendo algo así como una extraña simpatía...)



Cabeza de Minerva, mármol, siglo II d. de J. C.



estafeta de los hispanoamericanos

RAUL CHAVARRI

POEMA EPICO ARGENTINO: LOS CAUDILLOS

Ariel Ramírez y Félix Luna han preparado un poema épico nacional en forma de cantata que nos trae, en una gran diversidad de músicas y letras, la fisonomía y el eco de los caudillos iberoamericanos Artigas, Güemes, Ramírez, Quiroga, El Chacho Peñaloza, Felipe Varela y Leandro Alem.

Estos son los hombres que desde fines del siglo XVIII, hasta bien entrado el XIX, realizan las páginas más vivas e intensas de la historia argentina. Hombres de la independencia, caudillos de «Montonera», cuyas hazañas se antojan ilíadas de nuestra estirpe,

*Montañas y cuchillas
ríos y llanos
me nombran los caudillos
americanos.
Me nombran los caudillos
y su memoria
calada está a cuchillo
en nuestra historia.*

Con estas palabras comienza el poema que es un intento de recrear desde la inspiración popular, la tradición vibrante y valerosa del caudillaje hispánico; la primera estampa corresponde a Juan Gervasio Artigas, recordando el momento en que, derrotado y solo, cruza el Paraná, para iniciar el exilio final en tierra paraguaya. La segunda melodía va dedicada a Güemes, el guerrillero del Norte, intérprete implacable de la «guerra gaucha», a cuya figura recia pone la música el eterno contrapunto de otro aspecto de la pelea; el que vive la mujer del guerrillero. Francisco Ramírez, el caudillo de Entreríos es el tercer personaje del disco. La angustia del caudillo por su compañero rezagado en la persecución y el empeño de su vida que pone en el rescate, tienen espléndidas resonancias en la obra de Ramírez y Luna.

«El tigre de los llanos», Juan Facundo Quiroga, aparece en la tarde de su derrota en la batalla de Oncativo, en los campos de Córdoba. Sobre el obsesivo ritmo sureño se contraponen los presentimientos de Facundo, su rabia y su tristeza con las burlonas palabras del coro, que en tiempo de cueca le auguran muerte violenta en esa misma tierra cordobesa... Barranca-Yaco se dibuja sobre la derrota: un clima de misterio pesa sobre esta estampa.

La segunda parte de la obra se inicia con ritmo de candombé para entrar en un tema que no tiene referencia telúrica. En el destierro, Rosas sueña con su poder perdido, recuerda sus días de Palermo, retorna en alas de su sueño a

la Pampa, donde las guitarras todavía lo recuerdan. El golpeteo del candombé pone un fondo orillero y federal a esa extraña melopea que a veces aparenta surgir del brumoso cielo británico que oscurece los días del anciano desterrado...

Una vidala chayera conjura el recuerdo de El Chacho Peñaloza. Es una forma musical típica de la comarca riojana por la que anduvo Peñaloza en épicas cabalgatas; pero la melodía enraiza vagamente con los orígenes hispánicos de su cancionero. «Dicen que al Chacho lo han muerto...», repite una y otra vez la vidala chayera que afirma, sin embargo, la perduración postuma de aquel manso caudillo en memoriosa fidelidad de su gente.

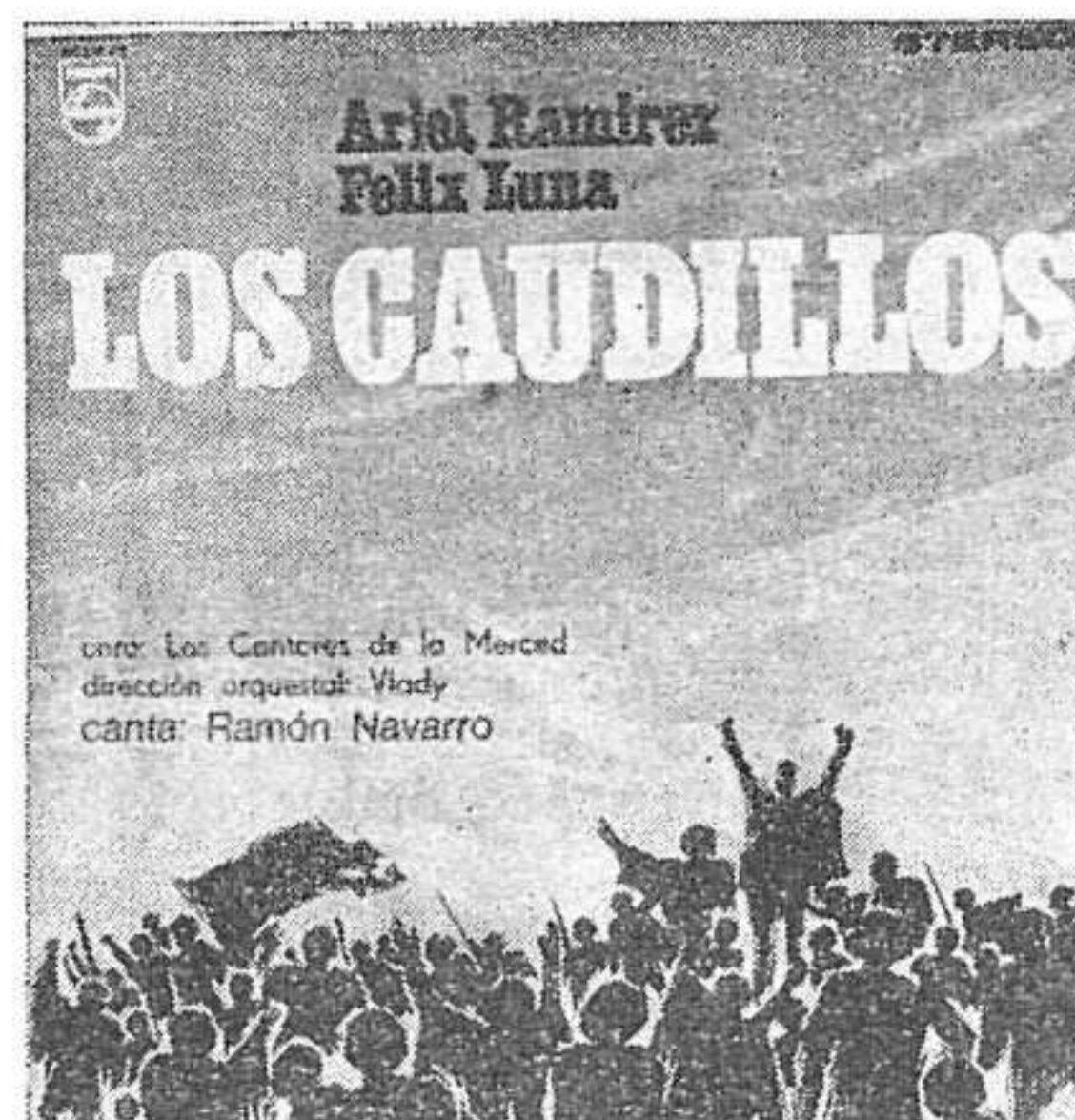
El nombre de Felipe Varela está asociado a la batalla de Pozo de Vargas, de lírica fama en las crónicas provincianas. En una de las secuencias más originales de la obra se evoca aquella tarde legendaria, bajo el solazo estival, mientras una zamba riojana de primitiva estructura y bella melodía hace un curioso contrapunto con la tradicional Zamba de Vargas, en una atmósfera bélica que transmite el ruido, el dolor, la sed, la sangre, la muerte, las cargas de caballería...

Concluye la cantata con la figura de Leandro Alem, el último caudillo del siglo pasado y el primer caudillo cívico. Un aire sureño dibuja sutiles correspondencias con los viejos temas suburbanos, y es el marco musical del recuerdo de aquellos legendarios compadres en el momento supremo en que el tribuno empuña el arma que terminará con su vida.

Esta es la última secuencia de «Los Caudillos». Pero cuando el aire de triunfo clausura la cantata y se cierra la evocación de estos hombres, la atmósfera mágica que ha suscitado la música y las palabras de esta obra, perdura en el espíritu del oyente. Pues «Los Caudillos» es una convocatoria de fantasmas que no han muerto del todo, porque siguen presidiendo desde su lejanía el destino de la tierra que tanto amaron, cada uno a su modo. Popular por los motivos y personajes que lo inspiran; profundamente americano por su tema y su intención; con un sentido de unidad fraternal que supera los enfrentamientos que en su época protagonizaron las imágenes; infundido de una noble ambición artística por su concepción musical y la técnica de su completa ejecución, «Los Caudillos» evidencian la madurez espiritual argentina. Demuestra el nivel de las formas de origen folclórico cuando reciben

los tratamientos adecuados de composición e interpretación y marca también el depurado gusto de un pueblo que está preparado para recibir mensajes de esta jerarquía. «Los Caudillos» es, en suma, una obra para el orgullo del país argentino.

Una vez más, vemos cómo en América el disco va convirtiéndose en una nueva forma de expresión literaria; la historia, la intensa, viva y fecunda historia del siglo XIX americano, viene asomando una vez más de las manos de intelectuales y artistas que aspiran una y otra vez a hacerse intérpretes del pueblo. Testigos del pueblo y de su vigorosa tradición, narradores de las luchas y vicisitudes por las que han pasado los pueblos americanos.



Sólo aplauso merecen iniciativas de este tipo, obras y trabajos que nos llevan a la descripción vívida de unas etapas históricas próximas en el tiempo y llenas de significado emocional y vital.

Esta cantata «Los Caudillos» va una y otra vez a buscar las letrillas populares intentando que ellas traigan el eco perdido de los tiempos que se fueron, las voluntades convocadas bajo las banderas y la silueta señora de los hombres que hacían, en pleno siglo XIX, la gran épica americana, el romance fronterizo y la viva descripción de su pueblo y su época. Así nos canta el disco; en un revuelo de ponchos colorados y fieras lanzas esta letrilla:

*La Patria en la frontera
a nadie teme
si empuña la bandera
Martín de Güemes.*

Más adelante, nos dice:

*La muerte le ha llegado
por los confines
a aquel enamorado
Pancho Ramírez.*

También aparece en las canciones Quiroga, del que la voz del pueblo da esta semblanza:

*El hombre más valiente
que ha visto el mundo
nació en la Rioja y era
Don Juan Facundo.*

Toca después el turno a Rosas y su imagen sonora está iniciada en unos versos como éstos:

*Don Juan Manuel de Rosas
tiene en los ojos
colores unitarios
reflejos rojos.*

Angel Vicente Peñaloza, «El Chacho», simple gaucho exaltado a la jefatura de su gente por misterio del amor popular, es otra de las imágenes que saltan a la evocación del disco. «El Chacho» era analfabeto, apenas sabía firmar, carecía de talento militar y de sagacidad política; era, fuera de la pelea, manso y bueno, pero fué un intérprete fidelísimo de su gente y su insobornable lealtad a los suyos hizo de él una figura legendaria. La canción le recuerda:

*Los changos y las viejas
y hasta las mozas
llorando están la muerte
de Peñaloza.*

La semblanza de don Felipe Varela y su combate contra el jefe santiagueño Taboada, tiene también su eco en este disco:

*Mi coronel Varela
vino de Chile
con banda y con bandera
y varios miles.*

Leandro Alem, figura que cierra la política argentina del siglo XIX, tiene también su eco en verso y coplas:

*Pañuelos en las manos
y boinas blancas
Ahí viene Don Leandro
¡Viva la Patria!*

Por último, una copla final cierra esta evocación rica y viva de los caudillos argentinos:

*Así fueron sus luchas
y aquí se cierran:
¡que nunca los olviden
los de esta tierra!*

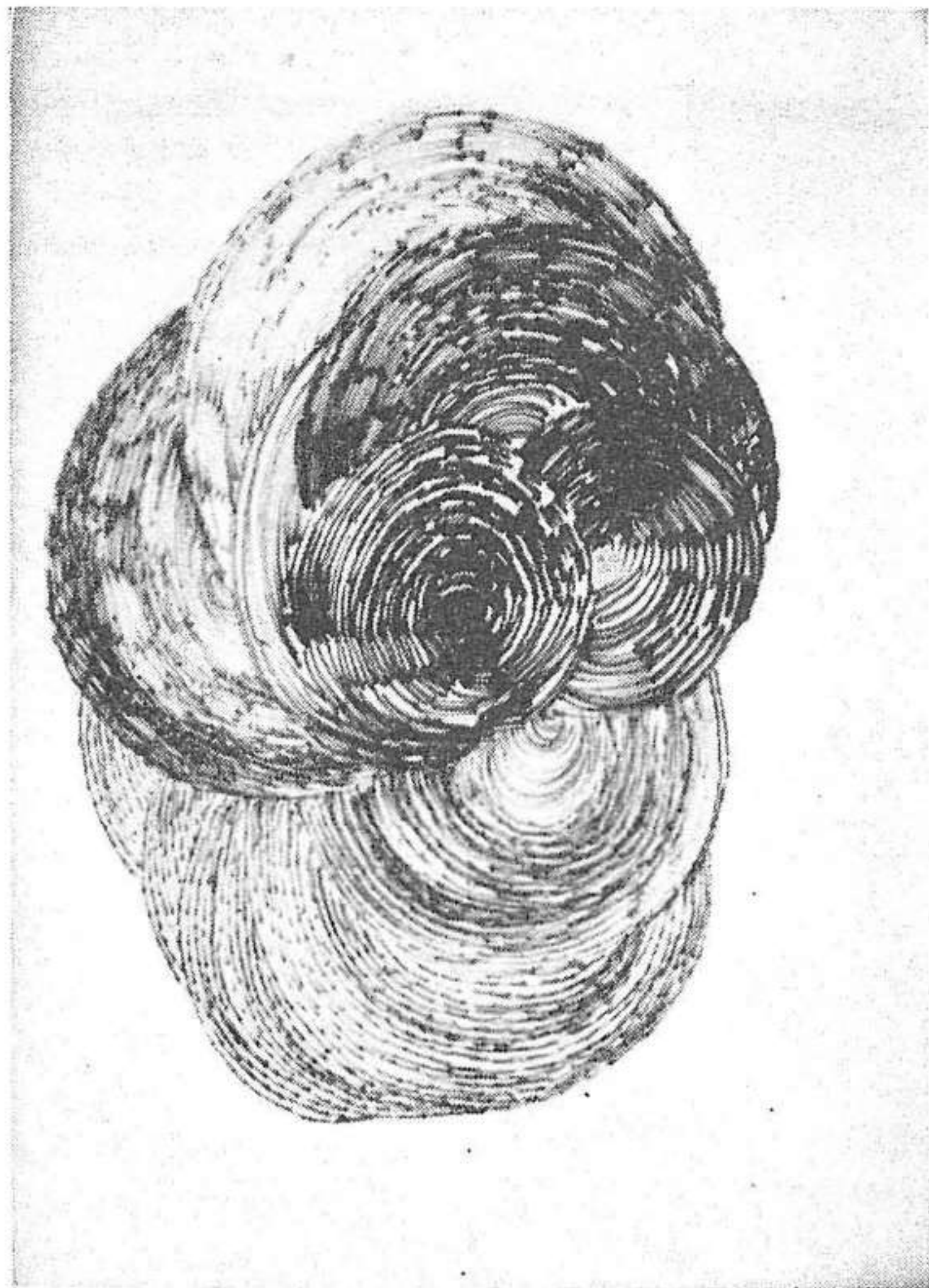
PLASTICA

Itinerario DE EXPOSICIONES

MARIO RIBERA

Pasar de la arquitectura al dibujo creador no supone una fractura en la lógica de un hombre, sino una continuación de quehacer. Por lo menos esto le sucede a Mario Ribera, arquitecto boliviano, que ahora expone por primera vez en solitario en la Galería Nebli.

Partiendo de un punto o de un trazo, Ribera crea sus formas y las hace que lleven consigo la carga de vitalidad alegre o meditativa que le posee. Su trabajo es inspirado, engendra un espacio abierto a veces infinito, siempre potente.



Yo no sé si con los resultados que ha obtenido, con la meditación que sigue al trabajo de creación puro, Ribera seguirá insistiendo en esta dirección, o preferirá, cambiando de punto de partida, llevar sus investigaciones, su capacidad de invención por otros derroteros.

FERNANDEZ-MURO

Las superficies que José Antonio Fernández-Muro interpone entre la realidad y nosotros son concretas, ricas, dinámicas y emocionantes.

El estatismo de los planos vitaliza su tensión con el brillo de las tintas y los efectos ópticos que emplea unas veces. Otras con los gratados que hieren la materia dándole una dirección rápida e incisiva, y las letras del alfabeto que ya por sí solas indican una dirección, un ritmo, con su alternancia o continuidad lógica.

Su contenido puede ser el que Romero Brest apunta: «Fernández-Muro ha creído ver claro

ADOLFO CASTAÑO

en cuanto le rodea, detestando la confusión... Es claro que para obtener esa salvación se cierra a su problemática existencial y crea superficies ricas de materia, pero sólidas por su contextura, como si para él fuese el mundo una cáscara tras la cual se esconde el vacío. Un vacío sin posibilidades o, mejor dicho, que sólo vuelve posible la existencia por el choque en la superficie de las cosas y los hombres.» (Galería Juana Mordó.)

LUIS CALZADA

No carecen de sentido del humor estos animales que componen la zoología de Luis Calzada.

Los gallos, esquematizados, insolentes en su mirar, de materia abundosa, hacen de contrapunto con la solidez de las figuras, mucho más conscientes de su importancia y, por lo tanto, más estáticas en su actitud.

Calzada debe insistir en esa línea original que posee, debe hacerlo consciente y seriamente, sin perder, por seriedad, su visión personal. (Sala Abril.)

MARCOIDA

Antonio Rodríguez Marcoida es un grabador cuya preocupación fundamental es la narrativa.

Su trabajo es perfecto. La pluralidad de planchas que debe emplear para conseguir una tirada están cuidadosamente estudiadas: linóleo, madera y cinc, con una correcta distribución de la función peculiar que cada una desempeña.

Marcoida, siguiendo una vieja tradición, multiplica las fases del grabado para contaros una anécdota sencilla. Cada fragmento está realizado con el contraste suficiente para constituir por sí sólo una entidad independiente.

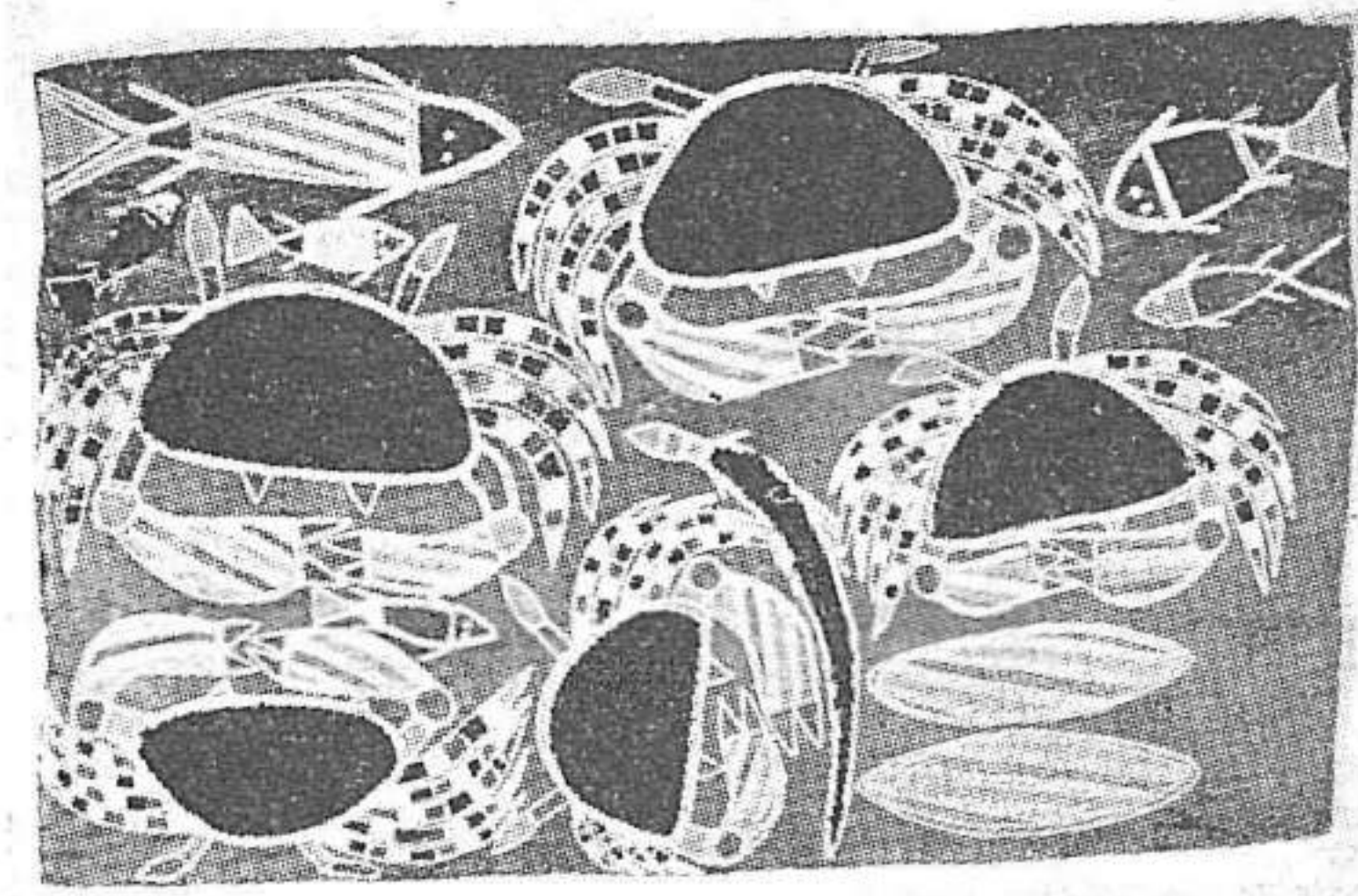
El resultado total da fe de una personalidad pictórica que puede ser muy eficaz en cuanto adquiere una mayor conciencia, una mayor profundidad selectiva. (Galería el Bosco.)

ARTE ABORIGEN AUSTRALIANO

De nuevo Alberto Folch y Eudaldo Serra presentan en la Sala de Santa Catalina del Ateneo de Madrid una muestra de arte primitivo.

Estas pinturas que vienen de la lejana tierra de Arnhem, situada al norte de Australia, pertenecen a un pueblo aborigen que poco a poco se va extinguiendo. Las pinturas están realizadas sobre corteza de eucaliptos aplanaada al fuego. Los colores utilizados son los naturales: blanco, negro, amarillo y rojo. Han sido extendidos sobre la madera con los dedos o con unos rudimentarios pinceles de pelo o fibras vegetales. Muchas de ellas han sido fijadas con una mezcla de cera virgen y miel.

Su contenido es esencialmente ritual. Para estos pueblos el universo que les rodea: seres humanos, animales, vegetales, accidentes del terreno, geografía, en una palabra, y el espíritu, que habita tanto en unos como en otros, forma un tejido continuo. Estos seres vivos, esta geografía no están proyectados fuera de este tejido, fuera de este plasma. Sus cualidades individuales no terminan de aislarse del entorno. El hombre que aprehende la realidad la ve todavía en una primera fase de diferenciación, debido a la carga mágica que organiza en el intelecto del artista la creación de las pinturas.



La composición carece de dimensiones, las actitudes de los seres en ella incluidos son plurales. El dinamismo está dado por la acumulación de movimientos repetidos simultáneamente.

Para nosotros la visión de estas pinturas favorece, por contraste, el ahondamiento en la circunstancia actual del arte.

TADAHIRO OGASAHARA

Las obras que este artista japonés expone en la Galería Seiquer, utilizan para expresarse una sola dimensión del espacio.

El plano soporte ha sido taladrado en varios puntos. A veces deja ver otro plano, plateado o coloreado, o simplemente el espacio que hay detrás, pluridimensional.

La tensión superficial viene dada por las impresiones: algún gratado, grafías que recuerdan letras del alfabeto japonés, fragmentos de de papel cuidadosamente dentados y círculos, blancos o de color, agrupados con un orden muy determinado e incluidos en la composición con la técnica del collage.

La intención de Tadahiro Ogasahara es sugeridora, un tanto lírica. Nunca ataca directamente a la visión del espectador. Actúa por aproximación.

Se ve claramente que Ogasahara desea dar una amplitud infinita a sus disposiciones en el espacio, un espacio totalmente creado por él y que le pertenece por entero.

otras exposiciones

● En la Casa de Cultura de Cuenca está realizando una exposición de sus obras la pintora María Calvet. Nunca he alcanzado hacer la crítica de su obra por razones que no son del caso, pero como he seguido con atención su trabajo puedo decir ahora, desde lejos, el interés creciente de sus composiciones, a las que sólo falta un rompimiento mayor con los cauces que la pintora se ha impuesto para alcanzar la madurez que merecen.

● Los premios nacionales de Bellas Artes han correspondido este año de 1967 a José Vento, en pintura; accésit, a Salvador Victoria. En escultura, a Jesús Valverde Alonso; accésit, a Lorenzo Frechilla. Grabado, premio nacional, a Dimitri Papagueorgui; accésit, a Ignacio Berroberna. Dibujo, premio nacional, a Nicolás Svistoonoff; accésit, a Alejandro Gómez Marco. Fotografía, premio nacional, a Alvaro Esquerdo, y mención, a Jaime Jorba. En la sección de Literatura fué premiado Venancio Sánchez Marín, por su obra «Barjola, su evolución y su mundo».

Fueron declarados desiertos los premios de Arquitectura y Música.

● En la Galería René Metras, de Barcelona, y dentro de la serie «Presencias de nuestro tiempo», ha expuesto sus obras el pintor Max Schoendorff.

● El bodegón, pieza clave de la pintura, ha sido el objeto de una exposición antológica en la Galería Theo. Blardony, Pedro Bueno, Caneja, Colmeiro, Cossío, Lago, Benjamín Palencia, Quirós, Solana, Cristino de Vera han sido los protagonistas.

CONTINUA nuestro folletón con una novela de Joaquín Merino, de quien ya los lectores de LA ESTAFETA conocen los cuentos La cleptómana, Fin, Tardío despertar y Enanas rojas, que aparecieron en los números 280, 289, 303 y 330, respectivamente.

Joaquín Merino —madrileño— nació en 1927, y a los treinta y dos años editó —por su cuenta y riesgo— Londres para turistas pobres, especie de guía turística rebotante de buen humor, muy bien acogida, Su novela Secundino, en la que describe de manera muy original los pueblos españoles, sus caracteres y sus costumbres, apa-

reció en 1963. Al año siguiente, con Londres, ciudad centrifuga, quedó finalista del Premio «Sésamo» y con El obseso llegó a las últimas votaciones en el «Café Gijón» 1964, ganando este último concurso al año siguiente con La isla, de inminente aparición. También ha publicado la novela corta La cueva, en la colección «La novela popular», de Alfaguara. Actualmente tiene en preparación Londres para turistas ricos, otra versión de la capital inglesa que por motivo de sus continuos viajes conoce bien.

La actividad literaria de Merino se extiende al periodismo, la radio y la televi-

sión, y sus artículos de temas turísticos han sido en diversas ocasiones premiados y distinguidos en importantes certámenes.

Una jalea gris... es el relato de una infancia triste, mediante larga carta, escrita en tono coloquial, dirigida por el protagonista a la persona que nefastamente influyó en su existencia hasta hacerlo víctima de su carácter obtuso, maniático y egoísta.

Esta narración, con visos de apariencia autobiográfica, contiene toda la ironía y el soterrado humorismo de que Joaquín Merino es capaz.



I

ANOCHÉ, en la calle, vi un gatito, Estaba acurrucado en esa pequeña esquina que forma nuestra casa con la siguiente. Quizá buscaba el calor remoto de la luz de neón, allá arriba, junto a una ventana del segundo piso. Era ya madrugada, y llovía. ¡Dios, cómo llovía!

Y esta mañana contemplé una vez más al burro del trapero, arrastrando un carretón enorme, desproporcionado a su tamaño. Cubierto el asno de mataduras, molido a palos. Esquelético. Sucio. Uncido, uncido siempre. Con la mirada infinitamente dulce del ser que sufre y no tiene en los ojos el fulgor agresivo y rebelde de eso que llamamos razón y no suele merecer otro nombre que soberbia.

Imaginate —aunque ya sé que no te apena imaginarlo— un cachorro de ojitos húmedos, de posturas juguetonas y traviesas. Su cuerpo es como una grácil bola, y en la armonía de sus movimientos hay, junto a la inocencia, todo un secular atavismo de fe en el hombre, de dependencia respecto al hombre. E imaginate que, como tantos otros perrillos de Dios, nace en un contexto desafortunado y termina siendo víctima de ese horrendo martirio que se llama vivisección.

Míralo: cuando el bisturí ha rasgado ya su carne inocente, cuando ya está sujeto e indefenso, boca arriba, mostrando las entrañas que se agitan en doliente vida, la mirada que posa sobre el científico, sobre el verdugo que le abrió, sigue siendo cálida, humana.

Pero se queja, porque no tiene otro medio de dar rienda suelta a su ilimitada desazón, a su pavor. Acércase entonces el hombre, y los esperanzados ojos del can mártir, desde la inducida inmovilidad de éste, hacen un esfuerzo por seguir su trayectoria. ¿Va el amigo hombre a aliviar el dolor sentido? No. Va, sencillamente, a cortar las cuerdas vocales para que no moleste.

Después de esta nueva operación, todo el dolor, todo el pavor del mundo se concentran en los ojos húmedos del animalito, que ya no tiene otro medio de expresarlos.

Y su mirada, esto es lo más terrible, la mirada de este perrillo, mudo y martirizado, sigue siendo aún dulce, humana...

¿Y los niños? Cuando los verdugos son sus padres, resulta aún más estremecedor. Hace algún tiempo se celebró en Francia el juicio de un hombre que... había discutido con su manceba. No recuerdo el móvil a título exacto, pero puedo asegurarte que resultaba absolutamente banal. Celos injustificados («como te vuelva a ver hablando con Fulano...»). O un gasto que le pareció excesivo. O un guiso que no le gustó.

La quiso zurrar. Ella logró zafarse y bajó a la calle. La persiguió un rato. Entre la gente pudo escapársele de nuevo. Entonces el hombre retornó a casa, subiendo con grandes zancadas hasta el ático que compartían él, la mujeruca y los tres niños de ambos. Estos, solitos, asustados, se apiñaban llorando en un rincón de la miserable estancia.

Para desahogar su frustración, para vengarse de la pobre madre, cogió al pequeño, que rondaba el año, y lo arrojó con fuerza, bruscamente, por la abierta ventana. Arreció el espanto de los otros. Los ojos, suplicantes, llenos de lágrimas. Sus rostros inocentes, contraídos en un gesto de ruego y horror. Tomó en sus brazos a otro, de dos años, y lo tiró también.

El primogénito, de tres años —más avanzado en la senda de la comprensión y, por ende, del terror, con más segundos por delante para sufrir—, corrió la misma suerte.

En la calle, la gente presenció horrorizada esta trágica lluvia de mártires.

¡Ah! Y el hombre anda por ahí, libre. No sé si le absolvieron o si fué condenado a un año de cárcel con sobreseimiento. Pero sé que anda por ahí. El día menos pensado, reincidirá.

Tú no tienes la culpa.

Ni la tengo yo.

Hayocas que rompen el cascarón junto a estanques de ensueño —o en los rincones más bucólicos del Avon, del Loire— para vivir allí en paz, libertad y prosperidad hasta que les sobrevenga la muerte... natural. Otras, igual de inocentes, igual de ingrácilmente gráciles al salir del huevo, nacen perteneciendo a un fabricante de foie-gras —ni inocente ni grácil— y han de soportar a lo largo de toda su patética existencia la extensa gama de torturas encaminadas a hipertrofiarles el hígado.

Si empezaste a comprender mi mensaje pensarás, poseída de santa indignación, que yo no tengo por qué compararme con el cachorro viviseccionado o la oca mártir. Es verdad. Sólo he preten-

dido ilustrar hasta aquí, en tu honor, el hecho de que los seres de la Creación nacen unas veces en «contextos favorables» y otras no.

Yo fui más bien como un can de lujo y, hundido en una niebla neurótica, me hizo padecer, igual que a él, un sentido del ridículo nacido de mi autodefensiva introversión. Y es que el amor excesivo y mal administrado resulta muchas veces más insostenible que el abierto y sañudo odio. Las víctimas del primero tienen, por otra parte, menos defensa. Porque si el odio es capaz de suscitar una respuesta rectilínea, ¿acaso es lícito reaccionar con violencia frente al cariño mal entendido? Pues no.

Lo saben los perrillos de lujo. Y lo sé yo.

Mi niñez... ¡qué gran sarcasmo, qué gran mentira mi niñez! Ahora que estoy en el dintel de la edad madura—y a pesar de la inevitable herencia que desde entonces arrastro—me siento mucho más niño (léase libre, gozoso, espontáneo, aéreo) que en aquella infancia.

Nunca tuve un hermano. Ni un amigo.

Primero recibí clases particulares en casa, para que no se me contagiasen las presuntas taras físicas y mentales de mis no menos presuntos condiscípulos, y cuando se hizo necesario que fuese al colegio me inculcasteis toda clase de prevenciones contra «los chicos de la calle». Lo tremendo es que todos los chicos, menos yo, lo eran.

Y todos los alimentos preparados fuera de las sacrosantas paredes de casa, «una porquería».

Recuerdo la frustración y envidia que me producían el pan, el chocolate y la naranja suministrados en el colegio a los niños medion pensionistas. Para mí no volverán jamás a poseer el pan, el chocolate, la naranja, un aroma igual.

Pero tenía que enterrar mis anhelos, y me pasaba los recreos fingiendo indiferencia, acallando un hambre mucho más psicológica que física.

Terminábamos las clases a las seis, y me llegaba a mí el turno de merendar...

En una habitación grande estabais esperando nuestra salida las muchachas. Con olor a calle. Cuando se abrían las puertas de las aulas para liberarnos—o, al menos, para liberar a los otros—, vaharadas de aroma a tiza y estornudo venían en pos nuestro, despojándose allí con el olor callejero.

Diciembre acumulaba ante la puerta del colegio depósitos insondables de frío y oscuridad. Hasta las farolas de gas parecían tiritar de frío.

Enero pintaba una pálida luz sobre el firmamento vespertino.

Y luego, con la primavera, apagábanse las débiles bombillas de la sala y variaba sutilmente el olor a calle de las criadas.

Nunca dejaste de llevarme la merienda en aquella cilíndrica cesta de mimbre que creo anda aún por casa. Y lo ibas sacando todo, mientras depositabas tu mirada sobre las demás muchachas con desafiante orgullo. Yo, olvidado—hasta el día siguiente—del pan, el chocolate, la naranja, compartía tu orgullo. Estaba rico el abundante jamón del bocadillo. Y el plátano, que te apresurabas a desnudar, depojándole hasta de su última hebra. Y el café, calentito, servido en el vaso del termo, me reconfortaba.

Era demasiado pequeño para comprender que todo aquello no era sino el salario de la esclavitud.

Mi madre estaba enferma, muy enferma. No tenía una enfermedad específica, sino todas las enfermedades. Mi padre vivía su vida. Al parecer, largos viajes le reclamaban constantemente. Por eso abdicó de hecho en mi madre su patria potestad. Y ella, que no tenía fuerzas para llevar sobre sus hombros este peso, en ti.

Debo insistir: nunca en mi niñez tuve un amigo. ¿Te das cuenta? Non sentábamos en torno a la mesa camilla, «echabas una firma» al brasero—así decíais—y jugábamos a la mona. O al burro. Tú, mamá, yo. Muchas veces, ella, sintiéndose enferma, se acostaba. Oíamos el sommier de su cama, la escuchábamos quejarse tenuemente. Tú y yo seguíamos embebidos en el juego del burro.

Cuando mamá estaba más animada hacía muchos solitarios. Y tú. Y yo. Otras veces jugábamos a la oca, y cuando se inventó el parchís, al parchís.

Tuve juguetes, e incluso a veces buenos juguetes, pero sin el gozo de otros niños, entre otras cosas porque nunca creí en los Reyes. Quizá no se os ocurrió que habría sido bonito y oportuno para mí tener fe en los buenos Magos.

Ibamos juntos a comprar los regalos, siempre en taxi, porque mamá andaba muy torpe de movimientos. Cuando yo mostraba predilección por cualquier cosa—una carpintería, una trompeta—la adquiríamos sin más, y en la noche de Reyes quedaba depositado el paquete, ya familiar, junto a mi cama. Si se me antojaba el contenido antes de esa fecha, no vacilabais nunca en entregármelo.

Cuando mi madre estaba «mejorcita»—era ésta otra palabra clave en vuestro vocabulario de adultos—nos pasábamos la vida metidos en los cafés, y aunque nos acompañase alguna amiga suya, no rendías tú el cetro de mando, sino que, al volver a casa, ridiculizabas exhaustivamente a las contortulias de turno. Y mamá, en su extrema impotencia de enferma crónica, no sólo reía tus comentarios, sino que sumaba los suyos propios. Completábase así mi impecable formación: lo ajeno a casa era siempre grotesco. O repugnante.

Cuando venía el buen tiempo y nos honraba mi padre con su presencia solíamos ir al «campo» en un taxi alquilado para toda la tarde. Y el «campo» era siempre la Ciudad Universitaria.

Recuerdo aquellas tardes como una sucesión de imágenes casi idénticas, sin perspectiva ni profundidad; aplastadas por ese gris raro, irreal, que no inventó Bernard Buffet algunos lustros más tarde porque ya estaba inventado—al menos dentro de mí—entonces.

Recalábamos siempre en un aguaduco próximo a la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Y allí, prendido como una mariposa indefensa

en la jalea gris y sin fondo de la tarde infinita, quedábame yo inmovilizado en las garras de una parálisis tan infinita como la tarde misma. Era como una marioneta yerta, y en vuestras manos estaban todos los hilos de mi resurrección, mas nunca los pulsasteis.



Había otras familias. Y otros niños. Ellos estaban inmunizados contra la gris jalea. Jugaban a la pelota. Al «resca».

Siguiendo el hilo de vuestros comentarios, siempre tendenciosos, andando como un funámbulo por los subjetivos hilos de los pensamientos vuestros, veía yo negras sombras cerniéndose sobre aquellos chavales.

Y, envidiándoles, les compadecía.

Os comportabais en todo momento como si acabaseis de declarar la guerra al mundo, aunque ahora sé que tú sola mantenías el fuego de tal campaña. Mi madre, más débil, te servía de eco. Mi padre, indiferente, asentía o callaba.

Docenas de luciferos bizcos acechaban la alegría, para ti zafia y heterodoxa, de aquellos chicos.

Les lanzabas desde lejos mil imprecaciones—«¡ojalá se abran la cabeza, a ver si así dejan de dar la lata!»—o les augurabas feroces pulmonías por jugar descamisados.

Luego..., autocelebrabas tu gracia. Porque siempre fuiste como un torrente que escuchara complacido, a lo largo de los lustros, su propio fragor.

Si tu narcisismo elemental no hubiera hallado eco, quizá tu vida y la mía habrían resultado distintas. Mas siempre encontraste un coro, y ninguno tan fiel—perdóname que insista—como el que te proporcionó mi madre, que, dependiendo de ti en muchos respectos, no tenía mejor moneda para pagar su gratitud.

Fuiste el terror de todos los chavales que pretendieron compartir mi augusta compañía. El flagelo de todos los vendedores ambulantes que llamaban a la puerta de casa. Y un despiadado azote para esos benditos frailucos del asilo de San Rafael cada vez que venían a cobrar el recibo del mes.

Te mofaste de todas las amistades familiares, de todos nuestros parientes... Siempre hubo alguna aprobatoria carcajada.

Perdona otra vez la reiteración, perdóname. Pero... ¡cuánto desconcertaron tus raras exégesis mi concepto de la vida!

Allá, en la Ciudad Universitaria, era como si malélicos e invisibles pelotones de ejecución apuntasen sus armas desde el cielo sin nubes contra todos los niños—en tu idioma, golfos—que incurrian en la horrenda falta de no permanecer la tarde entera cosidos a sus padres y su «chacha».

Cadenas intangibles me ataban al blanco y resquebrajado velador de mármol, manteniéndome prisionero en un círculo mágico, concéntrico a la mesa, de tres metros de radio.

Hablábais siempre «en adulto», y aunque yo no tuve nunca acceso al pensamiento o la dialéctica de los demás niños—pues ni en los recreos del colegio se quebraba mi inevitable asociabilidad—, tampoco podían interesarme vuestros temas. Cuando os dirigíais a mí «en niño» resultaba mil veces peor, porque no era en niño a secas, sino en niño memo. En bebé.

¡Pobre de mí durante las deshuesadas tardes de la Universitaria! Tiernas edades. Cuatro años, cinco, siete... Hundido en un butacón de mimbre, sorbía orange, placenta de mi casi embrionaria existencia infantil. Quintales de orange.

En el mate cromatismo de mi recuerdo no hay diferencia apreciable de fulgor entre las primeras horas de aquellas tardes y sus ocasos. Sólo que, ya en los prolegómenos del crepúsculo—y ello aunque fuese verano—, un frío extraño, un patológico frío que penetraba hasta la medula de los huesos.

Ocupábamos siempre la mesa más alejada del aguaduco, la que más eficazmente evitaba mi contacto (y eventual contaminación) con «los chicos de la calle».

Dentro del mágico círculo de tres metros, en su misma linde exterior, había un gran charco. Y prisioneras en él—tan físicamente prisioneras como moralmente lo estaba yo; tan abocadas a la catástrofe del estío como yo a la catástrofe de la adolescencia—nadaban esas arañitas acuáticas que llaman aclara-aguas. A veces, inmóviles, limitábanse a flotar, como si de pronto les atrapara una súbita premonición de su destino, como si compartieran mi parálisis.

Las miraba durante largo rato, y parecíame que me miraban también ellas.

Fueron las compañeras más amenas de mi niñez.

II

Llevábamos tres meses de guerra, y acababa yo de cumplir ocho años.

Yo estaba en el cuartito de los armarios, al otro lado de la casa, lejos de la alcoba. Agonizaba la tarde, y mi madre se extinguía tam-

bién. Con las sombras nocturnales, la muerte se nos iba colando de rondón en casa. De vez en cuando, alguna persona mayor, algún pariente, trasponía la tierra de nadie de la cocina y penetraba en la posición de retaguardia que me tenían asignada.

—¿Cómo está mamá?—preguntaba yo.

—¡Mejor!

Siempre la misma respuesta. Y yo, sin creérmelo en el fondo, me lo creía casi del todo porque era más bonito, y el gozo se me desbordaba.

Tenia yo un rojo paracaídas de seda que se arrojaba con no sé qué artilugio y al final de su trayectoria se abría, descendiendo luego suavemente.

Cada vez que alguien me aseguraba que mi madre se sentía mejor, lanzaba yo el paracaídas varias veces, alocadamente, para celebrarlo. Como no tenía tiempo de abrirse, se estrellaba contra el techo, cayendo después en picado. Tambaleábase la mortecina bombilla, anacrónica ya entonces, y unas raras sombras bailoteaban por la estancia toda.

Pero el paracaídas no bastaba para desfogar mi euforia, por lo que, sentándome ante la máquina de coser, daba como un poseso al pedal...

Las personas mayores debieron juzgar muy desfavorablemente aquella alegría intempestiva, que duraba poco, en cualquier caso. Al cabo de un rato se desvanecía para dejar paso a preocupaciones que no debieron haberme desasosegado entonces, pues lo importante era que mi madre se moría (aunque para un niño la muerte constituya siempre, de antemano, una imposibilidad).

Y mi malhumor obedecía más bien a cuestiones de protocolo, de precedencia. Porque yo era coprotagonista de lo que estaba sucediendo. ¿Resultaba justo en tales circunstancias que nadie me hiciese caso? Sentíame ignorado por la mayoría de las personas que se concentraban en nuestro hogar como si no me conocieran. ¿Estaban enfadados conmigo? ¿Acaso no recordaban mis facciones? ¿Se habían modificado éstas a consecuencia de lo que acontecía en la alcoba? Y... ¿por qué no me dejaban acudir allí? Era yo, yo, quien tenía que estar junto a mi madre, y no todos aquellos usurpadores.

Cuando llegó la hora de irme a la cama tuve que acostarme sin rechistar. Y dormí como duermen los niños, casi de un tirón. Casi, porque en algún momento, cuando ya entraba luz diversa en mi alcoba, me pareció escuchar entre sueños como un crescendo de los lloros que, en *pianissimo*, habían sonado durante todo el día anterior.

Sí; murió del todo aquella noche, mientras yo estaba entregado a la pequeña muerte del dormir. Y ella, acostumbrada a guardar cama tantos días de su vida, no supo resistirla para morirse. Antes de la hora postrera le entró tal anhelo de sentarse que tuvisteis que trasladarla hasta una de las butacas del tresillo, en la sala contigua. Y sentada expiró.

Apenas despierto, pregunté ansiosamente por mamá, que había gastado los últimos arrestos de su vida rota en mimarme. Y alguien —quizá la tía Luisa, quizá la tía Matilde— me respondió, ¡aún!, que estaba mejor.

Luego viniste tú, deshecha en lágrimas, y me abrazaste fuertemente. En medio de mi congoja tuve por enésima vez consciencia de tu mal aliento.

Me ayudaste a vestir y fuimos juntos a la sala. Ella permanecía aún en la butaca.

Dijiste:

—Bésala, bésala muy fuerte, que no vas a volver a verla nunca más.

La besé.

Su rostro estaba helado.

No tuve tiempo siquiera de llorar. Me sacaste en volandas de allí, y unas amigas de aquel cuerpo inerte que había sido mi madre me llevaron a pasar el día con ellas.

Cuando bajábamos la escalera, con toda una eclosión de potenciales sollozos en la garganta, les pregunté:

—¿Se ha muerto?

—No, hijo, no; ¿cómo se te puede ocurrir tal cosa? Se ha desmayado, pero está muchísimo mejor.

Se ve que no querían meterse en líos.

Y yo, sabiendo que no era verdad, las creí de nuevo, porque me convenía aplazar mi congoja y porque aún no había aprendido a admitir la muerte. Sin nacer, disipáronse los sollozos. Y me serené.

Fué un día extraño. Sabiendo y sin saber. Creyendo y sin creer. Por vez primera, me acordé de mi padre. Si hubiese estado en Madrid, en casa, quizá habría podido él darme una versión definitiva de los hechos. Tranquilizadora, claro. Porque, en caso contrario, me alegraba de su ausencia. Y no sentía ninguna compunción por alegrarme. Si no hubiera sido tan «culo de mal asiento» —así le llamabais mi madre y tú— no le habría pillado la guerra en la otra zona, ni hubiese venido a sumarse la incertidumbre de su paradero a la congoja, a la perplejidad de ahora.

En la sombría casa de las Caamaño, con habitaciones angostas como nichos, transcurrió interminable la jornada. Había un mirador, pero tan estrecho como las estancias, hasta el punto de que no me cabían en él los pies.

De todos modos, pude ver desde allí dos desfiles de milicianos.

Cuando el día comenzaba a extinguir lentamente sus luces de posición, mis anfitrionas dispusieron el retorno. Estaba preñada la tarde con esa redonda y perfecta madurez septembrina que tiene un punto de melancolía por la premonición del invierno, y decidieron retornar andando.

Digo retorno y digo mal, porque se había cerrado un capítulo de mi vida. Ni siquiera el itinerario físico que seguimos correspondía a la dirección de mi casa. Y al darme cuenta, la congoja potencial se hizo palpable alarma. Me sentí de pronto en el centro de una conjura terrible: mi madre había muerto y las demás personas querían también mi muerte...

A tan tierna edad, era ya un gran experto en camposantos, porque uno de los entretenimientos de mi niñez consistió en visitar tumbas.

Y de mi reserva de imágenes téticas, muchas se abalanzaron entonces sobre mí.

Mas de nuevo me tranquilizaron. Sí, íbamos a casa de la tía Soledad, porque... nuestro barrio se estaba volviendo

perigroso. Pero... ¿y mamá? ¡Ah!, sí, a mamá la llevaron también. En una ambulancia...

Yo tenía cada vez más consciencia de la mentira, pero siempre que alguien me tranquilizaba —aunque se me estuviera desmoronando por dentro todo el edificio de falacias que había ido construyendo— lograba eludir la crisis.

Así que continué haciendo rodar mi aro, como un autómatas, Atocha arriba, camino de la verdad inexorable.

En el portal de tía Soledad esperaba Pedro, mi tutor, prematuramente calvo (y prematuramente tutor, puesto que desconocíamos el paradero de papá). Vi su rostro tan grave, tan adulto, que ya no pude seguirme engañando. En realidad, no me dijo una sola palabra, limitándose a echarme una mano por encima del hombro con gesto protector.

Y llegaron, tardias e interminables, las lágrimas.

Pasé a ser de tu absoluta propiedad. Antes, al menos, habían pesado sobre mí ajenos usufructos. Ya, no. Mi madre, antes de morirse, hizo prometer a todo el mundo que respetaría tus prerrogativas de propietaria. Y si alguien sintió la tentación de quebrantar este último deseo —que había constituido, además, jurisprudencia constante a lo largo de su vida— tú te encargaste de aplastar tal iniciativa, intimidando a mi «parentela» (nunca te oí definirles de otro modo). Por otra parte, no creo que contrariase mucho a ésta dejarme en tus manos. Y no se lo reprocho. Vivíamos la enorme, la incalculable tragedia de una guerra civil. La muerte acechaba en todas las encrucijadas de España, y el futuro era un sombría nebulosa. ¿Por qué cargarse con un niño de ocho años, huérfano de madre y, potencial o realmente, también de padre?

Vivimos unos cuantos meses en casa de tía Soledad, porque si al principio constituyó sólo un invento, cada vez fué resultando más cierto aquello de que nuestro barrio de Argüelles se estaba «volviendo peligroso». Así, a tus lamentaciones por la muerte de mamá, se sumaron las quejas nacidas de tu nostalgia.

Fueron terribles aquellas noches. Nos acostábamos muy pronto, porque la luz a destiempo resultaba doblemente peligrosa. Podía llamar la atención de un trimotor faccioso. O estimular la curiosidad malsana de un miliciano homicida.

Y la muerte, a bomba de faccioso o a bala de miliciano, era el último mal que todo el mundo trataba de evitar como fuese.

Teníamos una habitación con dos camas, pero tú decidiste que durmiéramos juntos. Y transcurrían horas de rezos, de ayes, de llantos. De tufo. De insomnio y miedo.

Cuando al fin conseguía dormirme, sueños espantosos me visitaban. Mi madre, pudriéndose en su atúd. Las manos, siempre las manos. Con grandes grietas de bordes verdosos, volviendo al polvo. Y con el devenir de los días no se aminoraba mi agitada vida onírica, sino que las manos iban descarnándose más y más, haciéndose más terribles...

La luz diurna disipaba en parte el terror, pero traía consigo cada mañana una rampante incomodidad, un disgusto que yo no sabía definir entonces, aunque sepa explicármelo perfectamente hoy: habías denigrado tan constante y vigorosamente todas las realidades ajenas a nuestra casa, que la obligada convivencia con los tíos era para mí una fuente de disconfort. Y tú, fiel a ti misma, no hacías nada por atenuar tal disgusto, sino que atizabas constantemente sus fuegos.

Aunque tía Soledad presumía de buena cocinera y no le gustaba dejar sus guisos en manos de nadie, tomaste en las tuyas firmemente las riendas de la cocina, como si yo fuese un atleta fabuloso preparándose para obtener un importante trofeo mundial y los cambios dietéticos pudiesen perjudicar mi entrenamiento. Desgraciadamente, empezaban a escasear los artículos alimenticias —primero, poco a poco; luego, mucho a mucho—, y ni siquiera tú podías obviar tal escasez.

Pero en vez de echarle la culpa a la guerra, se la adjudicabas a los tíos. Antes, después, en medio de los rezos nocturnos, escuchaba cotidianamente tus diatribas.



El tío Luis era un bendito, de gustos sencillos y limitados, casi enanos. Sentía una gran pasión por los rábanos, y a ti—¿lo recuerdas?—se te antojaba esto tan pecaminoso como la más perversa de las aberraciones sexuales. Y del mismo modo que Amílcar Barca—me pregunto si no sería Asdrúbal—juró odio eterno a los romanos ante el altar de Hércules, yo juré odio eterno a los rábanos ante el altar de tus filias y fobias, a las que luego tendré oportunidad de referirme más despacio. Sigo siendo tan incapaz de comerlos como entonces. Y lo cierto es que los pobres no me han hecho nada, que ni siquiera los probé. Pero no los puedo resistir.

Por las mañanas, iba contigo a la compra, muy cogidito de tu brazo, sintiéndome liberado—¡ironías del destino!—en aquellas horas que robábamos a la convivencia con los tíos.

Menudeaban también las bombas por el sector de Atocha, y, al sol invernal, que lanzaba sus rayos al sesgo desde los tejados, materializábanse nubes inacabables de polvo y humo. Unas noches eran más pródigas que otras en lágrimas y sangre, por lo que variaba la horrenda cosecha de la jornada siguiente. Había mañanas de meras tuberías reventadas. Otras, de decapitados perros y amputadas farolas...

También había apocalípticas mañanas de casas seccionadas.

Los guardias de Asalto tenían acordonadas las ruinas. Y en la acera, bajo sacos o mantas, los cadáveres rotos cosechados durante la noche anterior.

En la decoración casi teatral de los edificios sin fachada, recuerdo una sábana tendida a manera de telón. De vez en cuando, la movía el viento, y la gente señalaba excitada: detrás había más cadáveres. Entre los hierros retorcidos de lo que fuera un lecho, allá en el piso ático, una pierna humana emergía aprisionada. Asomábase el pie al vacío.

Mas, con todo, yo era feliz—debo recalcarlo—, pues durante un rato me sentía libre del agobio, entonces indefinible, experimentado en casa de los tíos.

Feliz. Con unos pantalones negros que se pretendían cortos y eran, de hecho, híbridos, puesto que me cubrían la rodilla. Con los botones de la camisa enlutados. Con los gemelos—esos eternos gemelos, casi mágicos, que me he puesto hasta hace muy poco y andan aún por algún rincón de casa—también negros. Feliz, aunque mi riguroso luto—ni radio, ni cine, ni «na»—sobreviviría a la guerra.

Pasaba de un mundo de adultos a un mundo de adultos...

Por las tardes jugábamos a las cartas con los tíos. O presenciaba yo durante horas interminables tus solitarios, los de tía Soledad... Dado el nombre de ésta, sus solitarios estaban llenos de armonía.

Nunca tuvo la pobre, claro está, temas de conversación adecuados para un niño.

Cuando por alguna horrenda razón se estabilizaron los frentes en la Universitaria y el Clínico, en la Casa de Campo y el Puente de los Franceses, etc., volvimos a casa. Se habían disipado las esperanzas de un próximo fin de la guerra, y ya casi daba lo mismo morir acá o allá.

No tuvimos, por fortuna, problemas económicos, porque mis padres se habían preocupado siempre de asegurar limitadamente mi porvenir, y, no sé cómo, resultaron eficaces sus prevenciones, incluso en guerra.

Pero hubo otros problemas y congojas para mí.

Empezamos a toparnos cuando íbamos a la compra, por ejemplo, con toda clase de conocidos y vecinos del barrio. Muchos no estaban enterados de la muerte de mamá, pues sucedió todo en pocas horas y casi simultáneamente nos habíamos trasladado a casa de los tíos.

Eran encuentros temibles.

—¡Maria! ¿Qué tal, mujer? ¡Cuánto tiempo sin verla! ¡Hay que ver cómo ha crecido el niño! Pero..., ¿por qué van tan enlutados? ¿Se les ha muerto alguien?

Tú rompías a sollozar. Y yo me quedaba mohino, enfadado porque nos lo recordaban.

Les ponías en autos, y su respuesta podía vaticinarse siempre con un margen escasísimo de error:

—¡Ay, mujer, no me diga! Pobrecilla, con lo buena que era...

Redoblaban tus sollozos.

—Menudo disgusto para usted. Con lo que la quería...

Cuando te serenabas, llegábale el turno a tu interlocutor o interlocutora de interesarse por mí padre. Se hacía entonces su tono subrepticio y secreto, pero yo atrapaba siempre las frases principales:

—Y..., ¿no saben nada del padre?

—Mira, que sí también...

—Bueno, y del niño, ¿qué va a ser?

Podía predecirse también que, en este punto del interrogatorio, el interlocutor, fatigado ya de tristezas ajenas, cambiaría la expresión de su rostro compungido y elevaría el tono de su voz, dejando que se deslizara en él, por vez primera, un filo de optimismo. Porque al llegar aquí, calmando su inquietud, se les venía a las mientes con mucha claridad el porvenir del niño, de mí.

En seguida manifestaban sus pensamientos:

—Claro, que la tiene a usted.

Y aunque el trozo de conversación había sido presuntamente secreto para mí, ahora, en su alivio, la continuaban en voz alta, tomándome como blanco directo de sus frases:

—Menuda suerte, ¿eh, chaval? Siempre con tu Maria, siempre juntitos...

Cuando eran dos las comadres compasivas y sensatas, una de ellas se apresuraba a añadir incongruentemente:

—Como un matrimonio bien avenido...

Y agotado así el eufemismo conyugal, se les ocurría el materno que, en realidad, resultaba más lógico:

—Desde luego, este niño ha nacido de pie. Porque, vamos, que eso de perder a su mamá y encontrar una segunda madre...

Parecíame a veces que decían esto con rabia, como si fuera una injusticia social—y las injusticias sociales, reales o imaginarias, se estaban pagando muy caras por aquellos días—tener una madre de repuesto, cuando los demás niños la perdían definitivamente.

Tampoco faltó quien, en esta fase de la conversación, añadiera:

—¿Qué segunda madre ni qué narices? Primera y muy primera, que, al fin y al cabo, fué ella quien le crió. Y ahora, ¿quién le va a sacar adelante sino ella?

Las intervenciones de terceros podían adquirir incluso matices demagógicos, aunque para entonces, con la guerra aún en su infancia, casi todos los corazones se habían vaciado ya de demagogia.

Pero no faltó, digo, quien añadiese:

—Claro, al fin y al cabo, la madre era una señorita. Pero esta pobre mujer...

Debo confesarte que nunca acabó de convencerme todo aquello. Yo te quería mucho, sí.

Pero una segunda madre...

Era éste, por definición, un concepto que no tragaba. Porque aunque sea duro decirlo, creía entonces y creo ahora que segundas madres no hay.

III

Terminó la guerra, volvió a sonreír la primavera.

Al principio, seguimos sin saber nada de mi padre. Luego, una tarde, vino a vernos un desconocido. Aunque iba vestido de paisano, tú aseguraste que «olía a cura». Su rostro era rojo. Sus cejas, hirsutas y pobladas de canas. A mí no me olía a cura, sino a campo. En realidad, no era cura.

Nos traía dinero inédito, nuevo, dinero de los vencedores. Y también noticias de papá. Pero toda mi avidez por saber datos concretos se estrellaba contra una muralla de fragmentario mutismo. Sus evasivas eran blandas, pero también inexpugnables. Sólo aclaraba lo que de antemano había estado dispuesto a aclarar.

Resulta que mi padre—no obstante su edad ya madura al iniciarse la guerra y el temperamento apolítico que le caracterizaba antes de comenzar ésta—había sido un héroe en el bando nacional.

—Pero..., ¿cuándo viene?

—Todavía no, hombre, no seas impaciente.

—¿Por qué?

Era una época en que el patriotismo había alcanzado su cúspide, después de siglos de «incuria liberal» y no quedaba sentido del ridículo, ni existía freno alguno para la más pomposa dialéctica. Todo se decía con tono enfático, solemne, épico.

Y el señor Bermúdez—que así se llamaba el amigo de mi padre—contestó muy serio a mi simple pregunta:

—Porque la Patria necesita aún de él.

Era demasiada respuesta para un chaval de diez años que «iba para onces», y tardé un rato en reaccionar.

Luego, dije:

—¿Y no puedo ir yo donde está él?

Por lo visto, tal pregunta no tenía respuesta encajable en moldes heroicos, porque el señor Bermúdez se rascó la cabeza, torturó por unos momentos el bosque de sus cejas, cambió dos veces de postura en la silla y carraspeó antes de afirmar algo muy poco convincente:

—Todavía, no.

—¿Por qué?

—Porque la Patria...

Un círculo vicioso.

Vino a vernos luego muchas tardes, casi todos los días. La primavera se estaba desparramando gozosamente por las calles del martirizado Madrid. Verdeaban las viejas acacias supérstites de Santa Cruz de Marcenado, nuestra calle. Y junto a los muñones de las acacias sacrificadas por la guerra, retoñaban también gloriosas varitas verdes. Crecía la hierba sobre los parapetos aún en pie; y entre los escombros; y en medio de las calles desnudas de adosquines...

Vivíamos en un piso orientado «al mediodía»—fué éste siempre otro de tus motivos de orgullo—y penetraba el sol con saña hasta los últimos rincones del comedor.

Bajo la acometida del sol, Bermúdez tenía que enjugarse constantemente el sudor.

No se lo perdonabas. Ni eso, ni nada.



Del Yo al OTRO

JOSE RAMON ROBIU

*El hombre es una cosa vana,
variable, ondeante.—MONTAIGNE*

ERA el último día para mi ser actual. Lo había calculado y sabía que era el último.

Desde que leí la teoría que dice que el cuerpo humano se renueva completamente cada siete años, inicié los cálculos y me hallaba en la mitad del actual ciclo. Empecé a contar los meses, las semanas, los días, y ya por fin las horas y los minutos.

Transcurrían lentamente como si supieran que yo perecía y tratasen de alargarse a sí mismos para que yo viviese más. Sí, lo sabía. Sólo me quedaba una pequeña parte de mí, que me dejaría en cualquier instante.

Si no hubiese leído ese libro, habría muerto sin saberlo, y el otro hubiera nacido sin saber que no era yo.

Después de todo, mi yo actual había nacido sin saber que nacía.

La ignorancia tiene sus ventajas en la tranquilidad.

Si pudiese borrar ese conocimiento de mi memoria, lo haría sin vacilar. Y pensaría entonces que simplemente sudaba una vez más, sin percatarme que en ese sudor, mi «yo» me dejaba.

Estaba aterrado. Iba a ser otro. ¿Cómo pensaría, actuaría, sentiría? Y... ¿qué sería de «mí» actual? Un poco de sudor en la sábana de la cama donde el «yo» actual descansaba y que luego se evaporaría y disolvería en el espacio.

Empecé a sudar... ¡Oh! Sudaba. Había llegado el momento... Lo poco que quedaba del «mi actual» me dejaba, el otro «yo» terminaba de nacer.

El sudor brotaba de mis poros. Quise detenerlo, obstruir su salida. Con mis manos traté de tapar la carne de mis brazos, pero era inútil pues él seguía brotando por todo el cuerpo.

Sentí vértigo, mareos, al ser expulsado recuerdo vomité, y por ahí

se escapó el resto del «mi anterior».

Me levanté; ya sin sudar, me acerqué a un espejo del cuarto de baño. Me parecía al «yo anterior», casi idéntico.

¡Coincidencias de la naturaleza!

El cuarto de baño era de mosaicos brillantes. Mi «yo actual», mi nuevo «yo actual» los veía por primera vez. De seguro habían sido colocados por personas que ignoraban qué pasiones se debatirían luego entre esas paredes que ellos construían. Los contemplé, y momentáneamente olvidé mi nacimiento, y pensé que los mosaicos, como todas las cosas inanimadas, poseían el estado de perfección, o sea de pasividad, que los budistas esperan en el Nirvana.

En esto sonó el timbre de la puerta. Fui a abrirla. En el umbral había un joven a quien no reconocía.

Me dijo:

—Hola, Carlos.

—¿Carlos? —interrogué.

—Sí, hombre. ¿Qué te pasa?

Entonces me di cuenta. Carlos era mi «yo anterior», y éste debía de ser un amigo de él, y me confundía. Quise decirle que yo no era el otro otro, que éste ya había sido expulsado de mí, como un diablo del cuerpo de un endemoniado. Que yo acababa de nacer, que quería disfrutar la vida durante mi corto ciclo de siete años. Sí. Luego sería yo también desplazado a mi vez. Tenía que vivir. Vivir. Pero... algo importante debía de hacer... Me habían llamado Carlos, y eso no era yo. Necesitaba un nombre. Sí, claro, quería ser yo, no el otro.

Rápidamente empujé con el brazo al amigo del «mi anterior», y corrí escaleras abajo como un loco. El se acercó al borde de la escalera y me gritó:

—¡Carlos! ¿Dónde vas?

—A buscar un nombre—le grité—, un nombre por siete años.

CONTROLES

MARIA ANGELICA CORREA

EVOCABA la cara de aquel chico, los ojos marrones interrogantes y las manos regordetas como almohadillas. Su propia cara. Andaba a pasos desiguales para no pisar las juntas de las baldosas. Veía la vereda de su casa bajo un sol radiante, y también, en las noches de verano, con el complicado dibujo de sombras que hacían sobre ella los plátanos de la calle y los plátanos mismos a mediodía cuando él arrancaba largos pedazos de corteza y miraba correr y afanarse pulgones y hormigas sobre la piel blancuzca del tronco. La fruta, redonda y peluda, parecía un bicho.

Veía todo con una intensidad prodigiosa: una bolita azul con una veta blanca, de un azul purísimo y transparente, a la que había guardado años sin arriesgarla nunca. Casi el único juguete que deseó y tuvo cuando valía la pena tenerlo: en el momento en que lo quiso. También la bicicleta, que ansió durante largos años de felicidad prestada (solamente una vuelta) y que llegó cuando ya era un poco grande, en esa época en que ya no se sabe bien qué cosas quiere uno.

Volvió a su mujer. Y al mar. Y al esplendor de aquel verano. Y a la extraña naturalidad con que ella era feliz. Y otra vez a él mismo.

A una calle de tierra—una cortada—que había a la vuelta de su casa, con yuyos que despedían un áspero olor a campo, en noviembre, cuando volvían, a mediodía, cansados y con sed del colegio, aunque lo mismo iban hasta allí y caminaban unos pasos por ella, pateando una lata de sardinas o una piedra.

Ahí aparecían las primeras mariposas, amarillas, deslumbrantes, casi un milagro, y sin embargo eran sólo polvo que se deshacía entre los dedos. Ahí encontró una vez un cachorro abandonado y lo llevó a su casa, y a la mañana siguiente cuando se levantó, descalzo, para darle agua, ya no estaba al lado de la cama ni tampoco la tricota en que lo había envuelto, y todos dijeron que no lo habían visto y que no importaba, que no era fino, y que los perros contagian enfermedades, y esa tarde a la salida del colegio su tío lo fué a buscar y lo llevó al cine. Y al otro día llovió, y recién el día después descubrió, en el baldío, al cachorro, tieso, frío, con una nube de moscas alrededor de la boca. Solamente el pelo era todavía suave como antes. Recordó la mirada confiada del cachorro y cómo le lamía la cara cuando lo alzó la primera vez y lo envolvió en la tricota.

La voz de Berham lo interrumpió con la misma pregunta estúpida.

—Todavía no—contestó.

Se aplicó a pensar en su mujer y se irritó contra esa cosa tonta, esa especie de distracción que ella tenía para ser feliz, como si fuera natural. El muchas veces le decía: «esta puede ser la última vez». Ella entonces lo besaba con mucho mimo y él se daba cuenta de que era inútil explicarle, y la abrazaba, apretadamente, con angustia. La abrazó. Se abrazó a ella con los ojos cerrados, con todas sus fuerzas. Berham decía algo: «... el mundo entero». Se pasó una mano por la frente cubierta de sudor. Ansió el olor a campo, a tierra, el roce de los animales, tocó la mano de su compañero tan tibia como un rato antes.

Pensó de golpe en los otros, en todos, en las vidas minúsculas, brevísimas. En las mariposas de la cortada, en la bolita azul con la veta blanca, y retomó maquinalmente la rutinaria labor de esas últimas horas, la ya inútil revisión de los controles.

Le contestó «ahora» a Berham, y oyó confusamente la voz de él ofreciendo o proponiendo cosas, diciendo frases solemnes y pueriles con una voz emocionada que se esforzaba por sonar entera, y entonces gritó ¡ahora! con un grito ronco como el de un animal herido, y se encogió en un gesto instintivo antes de que la descarga hiciera su efecto y la cápsula siguiera sola en su órbita, es decir, sin nadie, vivo ya, dentro.

Dos Narradores de allá

LA PROSA

USA Y URSS o las SIGLAS TRASPASADAS



1. *Una amarga herencia*, por Arthur M. Schlesinger, Jr. 179 páginas. Ø13×18Ø. 170 ptas.—
2. *En busca de Bisco*, por Erskine Caldwell. 233 págs. Ø13×18Ø. 180 ptas.—
3. *Lubimov*, por Abraham Tertz. 248 págs. Ø13×18Ø. 200 ptas.

Bajo la dirección de Antonio Vilanova, la Editorial Lumen está poniendo al alcance de los lectores españoles unas obras de interés mundial a través de su colección «Palabra en el Tiempo», libros que, por lo general, pretenden dilucidar problemas de nuestra época; que tienen sus argumentos basados en acontecimientos y hechos reales que atañen al mundo de hoy, sean ensayos, crónicas o novelas; títulos, por otra parte, que han tenido gran repercusión en sus países de origen y que rápidamente han sido traducidos a diversas lenguas.

Hoy vamos a comentar los volúmenes 13, 14 y 15 de tan pulcra y bien cuidada serie. Los tres tocan temas de candente actualidad. El primero de ellos, *Una amarga herencia*, trata el problema del Vietnam y, de rechazo, el estado de la democracia norteamericana. Su autor, Arthur M. Schlesinger, Jr., está calificado como uno de los historiadores más capacitados de los Estados Unidos y formó parte del equipo intelectual de Kennedy; ha escrito un documentadísimo ensayo sobre el conflicto vietnamita con la intención de exponer claramente los peligros que en distintos órdenes puede ocasionar a su país, empezando por señalar las circunstancias que produjeron la presencia del ejército norteamericano en el Extremo Oriente: «En 1941, Franklin Roosevelt consideró que las ambiciones japonesas sobre Indochina constituían una amenaza contra vitales intereses norteamericanos. Así lo creía por cuanto la ocupación del Vietnam por los japoneses daría a éstos la base para lanzarse a la con-

quista de todo el Sudeste asiático, y, además, pondría en peligro el suministro de caucho natural, del que dependía la industria de guerra norteamericana... El Vietnam precipitó la entrada de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial», afirma Schlesinger. Es decir, el problema viene arrastrándose desde hace más de veinticinco años, aunque sea por causas diversas. Y lo que empezó, según las palabras de Eisenhower a Diem, por «disuadir a quienes pretenden imponer una ideología extranjera a nuestro pueblo libre», «fue, evidentemente, una creencia absurda—asegura el historiador—, pues muy pocos entre aquellos que después criticarían tan acerbamente la carta de Eisenhower a Diem se opusieron a la prestación de ayuda económica a Vietnam del Sur en 1954».

Así, detalladísimo, se nos va explicando todo el proceso interno y externo de una guerra cuyo final es difícil vislumbrar; razonando, entre otras cosas, la postura de Kennedy, cuya principal tarea fue la de intentar convencer al régimen de Diem de que debía actuar en forma de «contra-insurrección». Pero ha llovido desde entonces, o sea, y como todos saben, pese a todos los intentos de pacificación, la lucha se acentúa y son muchos los factores que entraron en el terrible y cruel conflicto bélico, transcribiendo el ensayista unas frases del general Wallace Greene, harto significativas: «A mi parecer, cabe la posibilidad de que, después de matar a todos los guerrilleros del Vietcong y a todos los soldados nordvietnamitas, perdamos la guerra. Jamás alcanzaremos los objetivos que nos hemos propuesto si antes no conseguimos llevar a buen término un programa de acción cívica.» Reseña también la opinión pública que, siguiendo la luz de las encuestas, «se está haciendo agresiva, y se inclina hacia la solución del abandono», estimando personalmente Schlesinger que la razón del dilema

estriba en el renacimiento de una antigua falsa creencia en la omnipotencia y la omnisciencia de Norteamérica», proponiendo por ello nuevos rumbos políticos en la democracia estadounidense, que puedan salvar los inventurados efectos de una nueva conflagración mundial y que, de paso, eleven la moral del pueblo, consolidando su forma de gobierno, su ideología. Como es fácil apreciar, *Una amarga herencia* es libro de interés histórico y social sumamente importante.

Otro problema norteamericano es el que nos ofrece *En busca de Bisco*, una sucesión de relatos, de reportajes, sobre la existencia de los negros del más «profundo Sur» de los Estados Unidos. Con ellos, su autor, Erskine Caldwell, excelente novelista georgiano, pone de manifiesto objetivamente los más esenciales motivos de la segregación racial, valiéndose de la vivencia personal y de los testimonios diversos que fue recogiendo a lo largo de un viaje, recorriendo su geografía natal llevado de una inquietud social auténtica. Caldwell, siguiendo la mítica búsqueda de un negro—Bisco—con quien convivió en su infancia, lo intenta idealizar en cuantos encuentra a su paso, personajes que, al relatar sus destinos, bien pudieron ser cualquiera de ellos el amigo aquel, sean gullahs, geechees, guineas, gumbos o mulatos; vivan en Coweta, Tennessee, Kershaw, Newberry, Walker, Demópolis, Clarke, Jackson, Laurel, Memphis, Little Rock, Bastrop, Bogalusa, o cualquier otro lugar de aquellas latitudes de su vagabundaje.

Resulta conmovedor el total de las historias narradas. Separadas o en conjunto, significan, son, un planteamiento claro de una situación angustiosa, nacida de desfasados conceptos que en ningún orden tienen comprensión, y menos justificación, para la mentalidad de nuestro tiempo. Nos llevaría largo espacio sintetizar los sufrimientos y privaciones de cada negro entrevistado por Caldwell, pero si debemos afirmar que nos parecen verídicos y que, juntamente con el interés humano del libro, encontramos en él una prosa ágil y colorista que certifica la calidad literaria de su autor, quien además nos describe con precisión ambientes y paisajes.

Y de USA pasemos a traspasar otras siglas: URSS. El escritor ruso Andrei Siniavski publicó en febrero de 1959, anónimamente, un artículo sobre el realismo socialista en la revista francesa *Esprit*, y entre 1960 y 1964, en lengua polaca, y bajo el seudónimo de «Abraham Tertz», *Cuentos fantásticos*, *Lubimov* y *Pensamientos imprevistos* en las ediciones de «L'Institut Litté-

raire» (revista *Kultura*), de París, siendo rápidamente traducidos a varios idiomas, lo cual originó su detención, en unión de su colega Daniel—por causas similares—, en Moscú. Este suceso político-literario desencadenó una avalancha de protestas fuera y dentro de Rusia, comentándose en la prensa de todo el mundo (véase nuestro número 339). El proceso, que tuvo lugar en la primera quincena de febrero de 1966, arrojó la siguiente sentencia: siete y cinco años de detención en un campo de trabajos forzados, respectivamente. Y ahora, traducido por M. Vázquez Montalbán, poeta y comentarista político, tenemos en nuestras manos *Lubimov*, precedido de un prólogo de Doménico Porzio, del que entresacamos unos párrafos certeramente enjuiciadores: «Todos los temas y todas las teorías de Siniavski conducen a una sorprendente consecuencia depuradora, reveladora de engañosas construcciones, que reviste formas fantasmagóricas y grotescas. Esta consecuencia depuradora, y quiero insistir en ello, no se centra específicamente en lo político, sino también, y ante todo, en lo humano, en la estructura general de nuestra sociedad, en su organización. Cuanto más la prosa de Siniavski se adentra en la fábula y lo surreal, más nebulosos son los hechos concretos... La trama de esta obra parece basarse en un conjunto de antiguas leyendas rusas, y reclaman ser expresadas mediante un "ballet"... Un día 1 de mayo, en la imaginaria ciudad soviética de Lubimov, más antigua incluso que Moscú, en el curso de una reunión política, el secretario Tichenko es sustituido, casi en broma, por Lionia Tihomirov, extraña mezcla de tribuno y mago, que inesperadamente da inicio de una nueva época para la colectividad... La ciudad se libera de anteriores trabas, y se independiza; bajo el mando de Tihomirov, se aparta de la obediencia del Gobierno central, y ofrece a sus ciudadanos la absoluta libertad en cuanto concierne a los más secretos impulsos del espíritu.»

Y, como al prologoista, a nosotros también nos ha parecido *Lubimov* un escrito difícilmente calificable en cuanto a género. Es un relato donde se dan cita, entremezclados, amargura, burla, humor, sátira, dramatismo, humorismo, poesía... Y, desde luego, crítica, dura y contundente.

Terminada la obra, los editores han incluido, a modo de apéndice, una cronología del caso Siniavski-Daniel—en la que se recoge, entre tantas, la protesta de 16 escritores españoles: Barral, Caballero Bonald, Castellet, Celaya, Espriu, Ferrater, García Hortelano, Gil de Biedma, Angel González; Juan, José Agustín y Luis Goytisolo; Marsé, Oliver, Sánchez Ferlosio y Vázquez Montalbán, hecha el 16 de marzo de 1966—, así como tres cartas de escritores rusos, que, como todas las manifestaciones reseñadas, expresan sus disconformidades con los procedimientos empleados contra sus colegas y sus creencias en la libertad de la cultura.

MANUEL RIOS RUIZ

EL DIABLO Y SUS CONSECUENCIAS



José María Souvirón: *El príncipe de este siglo. La literatura moderna y el demonio*. Madrid. Ediciones Cultura Hispánica. 1967. 309 págs. Rústica, 250 pesetas.

El pecado —y más si es con mayúscula, así: Pecado— es seductor. Tan seductor para la humana criatura, que en vencerlo con tesón y alegría, luego de haberse librado, una a una, de sus seductoras trampas, está su glorificación suprema. Pues bien, si el pecado proyecta atracción tal, y tan irresistible, lógico que la posea y proyecte igualmente el inventor del pecado con... mayúscula: el Diablo, indiscutible creación de Dios, como ya lo declararon contundentes y con el anatema en el vilo los concilios de Braga, IV de León, I Vaticano... Criatura de Dios, y precisamente apartado de El por los dos pecados más vencedores del hombre: el poder (la soberbia) y la sensualidad física. Más claro: Luzbel se convirtió en Diablo por el pecado de la soberbia, según los testimonios de la ortodoxia irrefutable del *Eclesiástico*, de *Isaías*, de Santo Tomás de Aquino... Pero los llamados Evangelios apócrifos —*Libro de Adán*, *Libro de Henoch*, *Libro de los Jubileos*, *Libro de la ascensión de Isaías*, *Libro de los Testimonios de los doce Patriarcas*— afirman que a Luzbel le perdió el pecado de concupiscencia, «ya que los hijos de Dios (los Angeles) se unieron a las hijas de los hombres». Y todavía hubo un Escoto que pensó que la ruina de Lucifer fue su «concupiscencia espiritual», es decir: la suma de la soberbia con el narcisismo de la propia belleza corporal.

Pues bien, el Diablo —que es el único demonio teológico, ya que todas las religiones tienen sus demonios, y ninguna de ellas sus diablos, e inclusive hay demonios excelentes amigos del hombre, como el demonio de Sócrates— es una criatura de Dios que, por misteriosa y dueña de tan seductoras tentaciones, atrae al hombre «desde la cuna al sepulcro», poniendo en peligro de «segundo» en el tiempo su eterna salvación. Y posiblemente jamás tan poderoso y activo como durante la Edad Media; en cuyos siglos el demonio teológico, llamado Diablo, mantuvo lucha sin tregua, y terrible, escalofriante, con su Dios dentro del corazón de cada hombre. Se explica pronto y bien que sean los países católicos donde el Diablo puede ejercer su profesión con interés y permanente vigencia. Me refiero, insisto, al Diablo escapado del *Génesis*, del *Libro de la Sabiduría*, del *Apocalipsis*, de San Juan. ¡Ah! Y cuanto el país católico es más católico, por aquello de serlo para superar el de Roma, tanto más cuenta en él el Diablo. Ni que añadir tiene, pues, el papel esencialísimo del Diablo en la religiosidad católica española, que es en la que más se dan los «más papistas que el Papa». Me libraré mucho de afirmar que España tenga para ella su Diablo particular. Pero sí diré que el Diablo lleva siglos trabajando «a destajo» en España.

Sin embargo, la *Diabología* en nuestra Patria no cuenta con demasiadas obras de narración, crítica y exégesis acerca de la materia que tengan alta calidad pensante. Y como no es cosa de que en este breve comentario a un reciente libro sobre el Diablo, me remonte a pasados tiempos, me limitaré a señalar cuatro obras de indiscutible importancia en las que se intenta el conocimiento, la explicación y el destino del abismado Arcángel. Las cuatro aparecidas en los últimos cincuenta años y en España: la de Rafael Urbano, *El Diablo: su vida y su poder* —Madrid, 1920—; la de Vicente Risco, *Satanás: Historia del Diablo* —1956—; la de Alejandro Casona, *El Diablo en la literatura* —Madrid, 1966—, y la de José María Souvirón, *El Príncipe de este siglo. La literatura y el Demonio* —Madrid, 1967—. La obra de Rafael Urbano, que metió mucho ruido a su aparición, es un poquito de ganas de complicar al Diablo con la piedra filosofal, con la alquimia, con la magia, con el espiritismo y hasta con la teosofía; Diablo, el de Urbano, mucho más goyesco que vaticano. La obra de Risco, de gran ambición, cuenta con raíces eruditas y con esa frondosidad literaria gallega que complica al mismísimo Diablo en supersticiones, ojos, terrores alucinantes, orgías en las que valen mucho los untos de bruja y las higas.

Alejandro Casona escribió su notable libro como memoria fin de curso 1925-1926. Pero lo dejó inédito, voluntariamente. Muerto el gran poeta y dramaturgo, yo me decidí a incluirlo en el tomo II de sus *Obras Completas* —Madrid, 1966—. Este libro tiene, a mi juicio, interés muy subido, ya que, luego de tratar con grandes conocimientos y agudezas la idea del Mal, el Diablo en el desierto —«mano a mano» con Cristo—, el Diablo en la Leyenda Aurea, la misión diabólica en las distintas religiones, la «humanización» del Diablo, y el Diablo en la historia, dedica gran preferencia al Diablo en la literatura. Y casi reduciendo su interés a la literatura española, pues que sólo alude muy de pasada a la literatura diabólica en Dante, Goethe, Baudelaire, Heine, Carducci, Hoffman. ¡Gran «papel» el interpretado por el Diablo en las letras del país más acreditado en superar heterodoxias, cismas

y relajos a fuerza de la fe de «los melocotones en bote»! El Diablo en los ingenuos relatos mariales, en Berceo, en *Las Cantigas*, en el *Libro de Buen Amor*, en el teatro clásico-barroco (Valdivielso, Lope, «Tirso», Calderón), en la novela picaresca.

En verdad, la reciente, erudita y amena obra de José María Souvirón me parece como el decisivo complemento de la anterior de Casona. El título elegido para la suya por Souvirón acaso está tomado del nombre dado al Diablo en la segunda comunicación paulina a los corintios: *El Dios de este siglo*; salvo el cambio de Dios por Príncipe. Souvirón, al contrario de Casona, con sólo leves referencias al Diablo en la poesía de Jorge Guillén, Luis Cernuda y Alfonso Canales, dedica su total atención al Diablo comprometido en la moderna literatura europea y norteamericana. Diablo montador de una grande, efficacísima industria: el satanismo. Esta floreciente industria entre 1850 y 1967 tiene testimonios importantes —y seductores!, ¿por qué no admitirlo?— en poetas como Hugo, Rimbaud, Yeats, Baudelaire, Paul Valéry; en narradores como Balzac, Dostoiewski, Poe, Henry James, Stevenson, Huysmann, Hawthorne, Melville, Kafka, Marcel Proust, François Mauriac, Graham Greene, Julien Green, Bernanos...; en estetas, como Gide; en filósofos, narradores y dramaturgos, como Albert Camus, Jean Paul Sartre; en dramaturgos de revolución, como Genet y Samuel Beckett.

Por supuesto, esta industria satánica en la obra de tan admirables escritores sirve para medios y fines bien distintos. Para los que la aceptaron por puro capricho, como puro medio de publicidad, liberarse de ella fué cuestión de «oportunidad». Para los que la acataron de buena fe, la liberación difícilísima y dolorosísima les llevó a la conversión radical —escandalosa en ocasiones— que mete en las trapas y cartujas; recordemos el caso de Karl J. Huysmann. Para cuantos se beneficiaron de ella largo tiempo, la liberación no les llegó, o les llegó —en opinión del resto de los mortales— con sospecha de no serlo; recordemos los casos de Kafka, de Gide.

Ya resultaría importante que José María Souvirón se hubiese limitado a ceñir el «papel de Diablo» en la obra de cada uno de los admirables satánicos literarios. Pero ha realizado algo mucho más difícil e importante: estudiar cómo el Diablo se ha metido en cada libro, por qué y con cuáles trascendencias y finalidades.

En este estudio, muy erudito y de agudas discriminaciones, consigue eslabonados éxitos. El mayor de los cuales me parece dejar aclarada y clarificada la *validez diabólica*, tanto en cada autor como en cada una de sus obras. Si yo tuviera que conceder mi preferencia a uno de los ensayos comprendidos en este libro de Souvirón, me decidiría por el titulado: *Acercas de algunos infiernos*. En el cual, luego de rechazar las más famosas ideas o imaginaciones acerca de lo que puede ser el *infierno teológico* (y recuerda

Souvirón la frase de Péguy en la que aseguraba que Dante había recorrido el infierno como un turista), prefiere ceñirse a cada uno de los *infiernos inventados* por algunos literatos famosos: Marcel Jouhandeau, Jean Paul Sartre (para quien el único infierno posible lo constituyen «los otros»), William Faulkner, Genet... Para demostrar lo absurdo de estos inventados infiernos, pero atrayentes y pavorosos a la vez, Souvirón se vale de las doctrinas de otros admirables escritores contemporáneos: Michel Carrouges, Jean Guilton, G. Bernanos, Jacques Maritain, Charles Journet...

Este gran ensayo de Souvirón, bien planteado y mejor cerrado, se cierra con un párrafo escalofriante de Angela de Foligno: «Yo no veo mejor la bondad de Dios en un hombre bueno y santo, en muchos hombres buenos y santos, que en un condenado o en una legión de condenados. Esta profundidad me ha sido mostrada sólo una vez, pero jamás pierdo el recuerdo ni la alegría experimentada.» Y Souvirón apostilla: «Sólo cuando el alma vive con Dios en una comunicación de entrega —y esta entrega es siempre amorosa— puede acercarse luminosamente a lo misterioso de los misterios (la redundancia es adrede), y sobre todo, al misterio del Mal, cuya oscuridad no puede por menos de espantar nuestra limitación. No hay más respuesta a esta dificultad de nuestro entendimiento que las que tendremos cuando el reino de Cristo sea un hecho...»

F. C. SAINZ DE ROBLES

ANDRÉS BOSCH: *Ritos profanos*. Dima, Ediciones, S. A. Barcelona, 1967. 168 pp. Ø21 x 18,5 Ø.

Los cuatro relatos de que consta este libro recogen ambientes y vidas de ese mundo que parece fluir como una corriente oculta bajo nuestra civilización. Son matices de una realidad que resulta desagradable en cuanto ofrece aspectos negativos de la existencia, pero que el autor plantea con acierto y, sobre todo, con un fondo de intención psicológica que infunde a los relatos su mayor valor.

El primer relato, La raza de Nancy, presenta el conflicto de una niña zamba ante un mundo que ella debe aceptar tal y como es necesariamente, aunque requiera un gran esfuerzo para adaptarse a esa realidad desconcertante en la que se halla inmersa. Nancy ha de aprender a vivir esa extraña realidad con agrado, donde los personajes que la rodean la ofrecen el enfrentamiento de su naturaleza y la sociedad en varias facetas. Es en verdad un viejo problema humano, que Andrés Bosch presenta sin preámbulos, de acuerdo a su estilo directo, para situar al lector desde un principio ya dentro del paisaje vital del problema, que presenta con gran acierto en la expresión y en el contenido de ideas. Es de las cuatro historias quizá la más sencilla, pero la más sugestiva, la de mayor riqueza de ideas, sobre todo en sus alcances psicológicos y sociales.

El segundo relato, titulado El amante autónomo, plantea el fondo de eterno conflicto entre un hombre y una mujer, en el escenario de gran ciudad

VISTO
EN
LIBRERIAS

ENSAYO

James Cleugh

LA GUERRA DE ESPAÑA

JUVENTUD

BARCELONA, 1967

221 PÁGS. Ø11,5 x 17,5 Ø. 50 PTAS.

Los puntos de vista y las observaciones de un extranjero, ajeno a la guerra, historiador riguroso, ayuda a obtener una visión objetiva de una de las epopeyas de la historia contemporánea

José María Cabodevilla

LA IMPACIENCIA DE JOB

BAC • MADRID, 1967

476 PÁGS. Ø13 x 20 Ø. 120 PTAS.

El libro es un interesante estudio sobre el sufrimiento humano partiendo de la figura de Job. La dedicación es compendio de la obra: «A todos los que sufren»

Emilio Carilla

EL ROMANTICISMO EN LA AMÉRICA HISPÁNICA

GEDOS • MADRID, 1967

287 y 266 PÁGS. Ø14 x 20 Ø. 260 PTAS.

Segunda edición revisada y ampliada. Dos tomos

Carmen Conde

ONCE GRANDES POETISAS AMERICOHISPANAS

ECHIPANICA

MADRID, 1967

631 PÁGS. Ø13 x 20 Ø. 250 PTAS.

Deimira Agustini, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Clara Silva, Dulce María Loynaz, Dora Isella Russell, Julia de Burgos, Amanda Berenguier, Fina García Marruz e Ida Vitale son las poetisas estudiadas

que ofrece un apartamento, por cuya ventana entran los resplandores de los focos de la calle, de los anuncios luminosos, mientras la tragedia de vida ciudadana transcurre en su interior con resortes milenariamente humanos del inconsciente, según lo entendemos nosotros. El hombre y la mujer, amantes, pero desconocidos auténticamente, que han vivido entre paréntesis, como se dice en el relato, entre su propio vivir y el de los más, se enfrentan por primera vez al futuro de una convivencia perdurable, a la verdadera «vida en común» y no de encuentros de unas horas hurtadas a la vida de cada uno. Y surge el convencimiento de una imposibilidad de adaptación, la intuición de un futuro vivir torturante, por la obligada presencia y el intento de lograr una constante comunicación imposible.

El tercer relato, La tarde de Batán, es la historia de un torero que pretende realizar sus ideales fracasados gracias a transferirlos a su hijo. En el aspecto del problema psicológico que hay en el fondo, tanto da que se trate de un torero como de un catedrático. Es decir, lo que hace vivir el relato es su problema mental interno, que el autor enmarca literariamente con acierto en el ambiente taurino.

El cuarto relato, titulado Ellos, es el más extenso y también el de mayor crudeza, pero no el de mayor sutil percepción. Presenta el caso de Sobrino, el homicida de mente en blanco, como dice el autor, y de Manuel, el niño que

le acompaña. Es un planteamiento interesante y desagradable a la vez, donde no hay la riqueza de ideas de los otros tres relatos, porque su planteamiento es construido más literariamente y con menor trascendencia psicológica que los anteriores. Por eso, sin desmerecimiento para ninguno de los cuatro relatos de este libro de Andrés Bosch, si nos pidieran clasificarlos en orden a sus calidades respectivas no dudáramos un instante en colocarlos en el mismo orden que los ha ordenado el autor, aunque a él no le haya guiado probablemente dicha intención valorativa.

Los cuatro títulos responden al contenido de cada uno de los relatos; pero agruparlos bajo la denominación general que lleva este libro Ritos profanos resulta espectacularmente innecesario y no responde al contenido de la obra, si no es por una asociación metafórica algo traída por los pelos. Efectivamente, aunque Ritos profanos se refiere a la sumisión a normas y perjuicios creados por la civilización de Occidente, cualquier persona que se enfrenta a este títulos incitante espera hallar un contenido histórico de ritos profanos, y queda desconcertada ante cuatro relatos de la vida cotidiana; lo cual es independiente de los elogios que merezca el autor por sus cuatro relatos, al margen del equívoco que pudiera plantear tan sugestivo título general.

LUIS BONILLA

con todo un tratado que intenta distinguir los sentidos de la crítica literaria en su estado actual, alzarse en método y sistema de la misma, ser libro-guía, en una palabra, porque en este menester de comentaristas de las letras, cada cual, como el maestrillo del refrán, tiene su librito, su personalísimo criterio, y por lo tanto nuestras opiniones al respecto resultarían tan subjetivas, como para nosotros resultan en ocasiones las apreciaciones de Juan José Coy, crítico bien reconocido que ha dado muestras fehacientes en libros y revistas—LA ESTAFETA entre otras—de su conocimiento de la literatura contemporánea, quien siguiendo sus propias convicciones con una fidelidad máxima, aun cuando denote en sus escritos una profunda reflexión ha desarrollado su ambicioso propósito ampliamente, de forma que, una vez leído *Crítica literaria actual*, optamos por comentar—que no criticar—su contenido, pues antepone nuestra obligación de orientar a los lectores sobre el mismo, al juicio personal que nos merecen algunos aspectos del—sin duda—interesante ensayo.

Crítica literaria actual—imperativo título—se inicia con una amplia nota introductora que señala la importancia de la lectura y de la función crítica como elemento de clave instructiva. Y en sus primeras páginas, Coy manifiesta sus definiciones de la literatura desde el punto de vista de la moral, apoyándose en la postura analítica de Mauriac sobre el fariseísmo religioso y su idealización del arrepentimiento, así como en la teoría filosófica de Sartre, que considera «una verdad, no la verdad». A continuación trata de la psicología como auxiliar importante de la crítica literaria, a través de un profundo estudio de una novela de Salinger y de unos poemas de Javier Coy (?); ensayando seguidamente la crítica teológica, para lo que se centra en *Como a través del fuego*, novela católica de Montaurier, y citando de paso otras de Greene, Mauriac, Gironella, Guareschi, West y otros. (Nota-se que el estudio está realizado antes de la aparición de *Los nuevos curas*, de Saint Michel.) Después, Coy aporta su punto de vista sobre obras que encarnan a su vez problemas sociales, haciendo su crítica sociológica sobre *En julio*, *invierno de descontento*, de Steinbeck; *El último justo*, de Schwarz-Bert, y *Collacocho*, de Enrique Solari, por considerarlas prototipos, a tono argumentos con escenarios y circunstancias, y señalando cómo y por qué han resultado falsas, en tal intención, *La piedra que crece*, de Camus; *La cántara*, de Cela, o *La marea*, de Gironella. Luego intenta descifrar el fenómeno literario del mito, basándose en el arquetipo que le proporciona Jean Anouilh, por aquello de «esperaba encontrarme con un santo y cual no sería mi sorpresa cuando me encontré con un

hombre», que dijo el célebre autor, y porque «ante sus obras es fácil siempre distinguir entre la sustancia y el accidente, entre lo permanente y lo transeúnte, entre el hombre eterno y sus cambios accidentales, que no invalidan de ninguna manera su permanencia», según sus críticas palabras, que se extienden hasta analizar, bajo el mismo prisma filosófico, *El centauro*, del norteamericano John Updike; finalizando la primera parte del volumen con una apreciación de los valores técnicos, argumentando principalmente sobre el estilo de Zuldumbide.

Después, tras la pregunta: «¿Cuál es, a fin de cuentas, el factor común a cualquier tipo de método crítico?», asegura: «la flexibilidad creadora del crítico», en su deseo de razonar la crítica existencialista; porque: «Al fin y al cabo, el crítico va siguiendo en la arena las huellas del creador» y su problema fundamental estriba en «cómo saber que se sabe, cómo llegar a averiguar que el método de análisis responde en realidad a la naturaleza de la obra». Continúa Coy comentando *Libros de notas*, de Camus, y los prólogos de Gironella, para sostener su tesis de que hay que conocer «aspectos, por ejemplo, biográficos, cronológicos, ambientales, religiosos...», para que la obra de un autor adquiera significado con tales pruebas extrínsecas; terminando buscándolas y demostrándolas intrínsecas en la oscuridad y el subconsciente de creadores, como J. Conrad e Ionesco.

Repetimos que Juan José Coy ha explicado claramente su criterio, su visión personalísima del momento actual de la crítica literaria, para ello no ha dudado en apoyarse en definiciones y conceptos anteriormente expresados por críticos y filósofos; se suceden las citas a lo largo de su prieto ensayo, anotamos criterios de Baquero Goyanes, Lain Entralgo, Ortega y Gasset—con profusión—, Steiner, Marías, Howe, Leavis, Wilbur Scott, De Pange, Bataille, Robichon, Castellet, Alcorca, Lenz, Ramsey, Copleston, Wellek y Warren, Vallejo Nájera, Ingenieros, Lucas, Toynbee, Stanfeld, Baldwin, Sorokim, Shibutani, García Torralba, Cole, Inge, Moeller, Cross, Barea, Croce, Cela, Chaigne, Kayser, Anitua del Río, Kwant, Aranguren, Espinosa, Agustín Coy, Donne, Torres-Rioseco, Del Hoyo, Hesse, Mailer, Tate, Adler, La Course, Zweig, Mirlas, Delgado, Nietzsche, Dawson, Illie, Rilke, Tomás de Lampedusa, Guerard, Ford, Hervanek, Hall, Saroyan, y Goytisolo, cuyos nombres reseñamos para dar al lector razón precisa de la orientación que ha seguido el autor de *Crítica literaria actual* y la contextura de su análisis, tan comprometido y arriesgado como dignamente resuelto.

MRR

CRITICA Y MONSTRUOS

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA: *Los monstruos y otras literaturas*. Editorial Plaza & Janés. Barcelona, 1967. 239 pags. 19x13. 150 ptas.

Los capítulos de este libro son trabajos escogidos de la literatura periodística de Guillermo Díaz-Plaja, que ya merecieron la atención del público, sobre todo por amenidad, cuando aparecieron por primera vez. Nos hallamos, pues, frente a una selección de ensayos breves, cuyos temas el mismo autor califica de «brillantes» en el prólogo.

Son cuarenta y tres breves ensayos, agrupados en nueve capítulos, donde el autor ha confeccionado a modo de una antología de los temas tratados por él, y que a su juicio, resultarán más atractivos y capaces para que él sea ahora «como un pescador» de lectores en un sano afán de trasfundirles sugerencias y servir «de puente» entre el campo de la cultura y el de la curiosidad general del lector.

Destaca Díaz-Plaja en el prólogo una curiosa observación: la de que el número de los lectores españoles se equilibra prácticamente entre el libro de ensayo, historia, biografía, buena no-

vela, por una parte, y por otra, el de lectores de novelas galardonadas; mientras que en el mercado anglosajón, la diferencia entre dos «best-seller», uno de ficción y otro de no ficción, el último queda muy por debajo, como ocurre en Francia con el ensayismo. De tal forma, observa Díaz-Plaja, que nuestro público en general más escaso, es prácticamente el mismo numéricamente por cada uno de los grupos distintos de lectores. Verdaderamente, esta buena observación de Díaz-Plaja, es muy alentadora, y daría lugar a muchas sugerencias que ahora no son del caso.

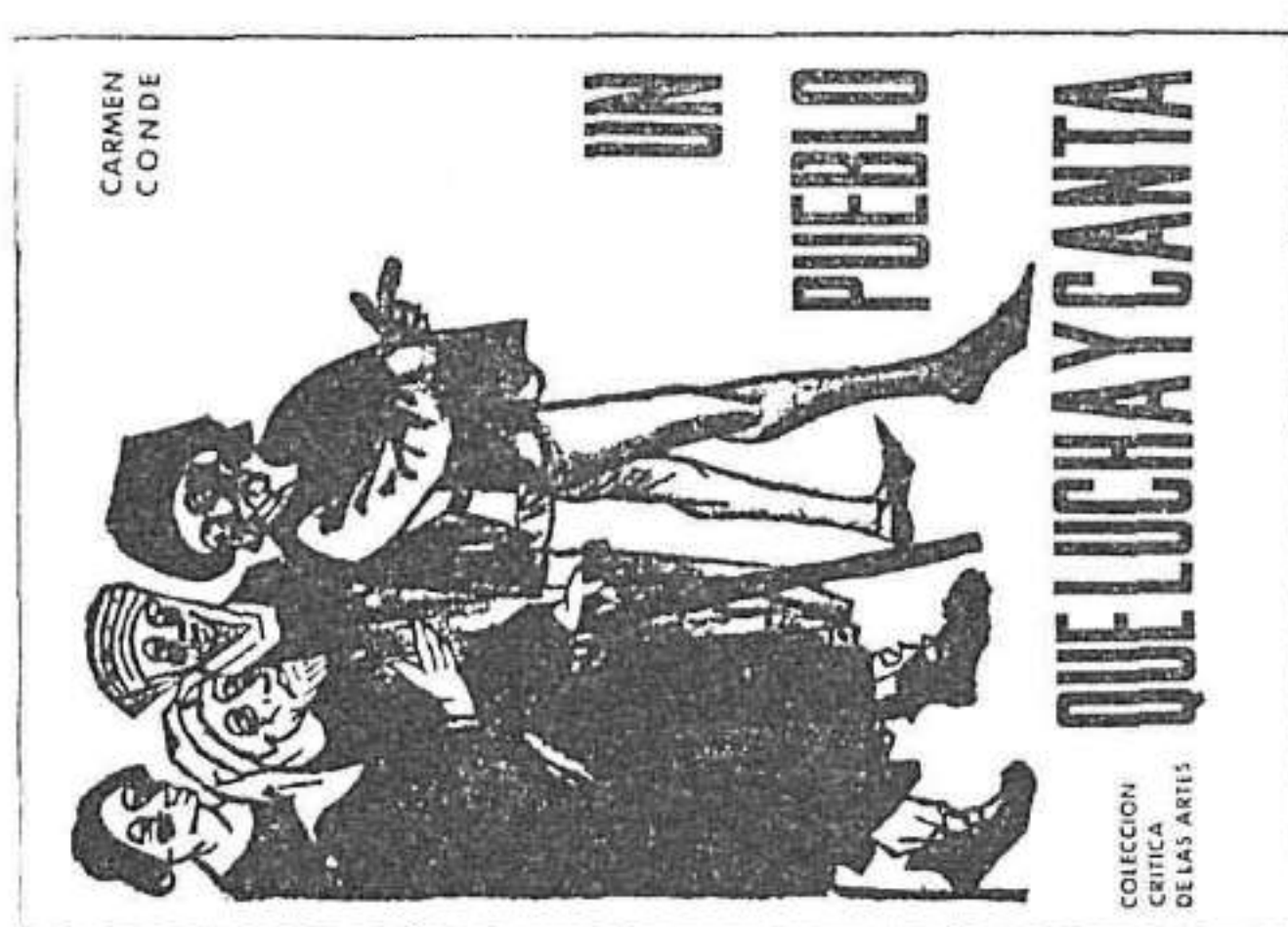
L. B.

JUAN JOSÉ COY: *Crítica literaria actual*. Colección Biblioteca de Cuestiones Actuales, Editorial Razón y Fe, Sociedad Anónima. Madrid, 1967, 341 págs. 12,5x19. 155 ptas.

No es fácil ser crítico del crítico, cuando no se trata de polemizar. Todavía menos cuando nos enfrentamos

Luis Mariñas Otero
LA HERENCIA DEL 98
EDITORIA NACIONAL
MADRID, 1967

75 PÁGS. 13,5x21. 75 PTAS.
La Guerra de Cuba, la Generación del 98, la obra de la Restauración y la hora actual son los temas analizados por el autor



Carmen Conde

UN PUEBLO
QUE LUCHA Y CANTA
EDITORIA NACIONAL
MADRID, 1967

429 PÁGS. 17x24. 400 PTAS.
Iniciación a la literatura española de los siglos XII al XV. Al texto le acompañan numerosas ilustraciones

Gunnar Myrdal

EL ELEMENTO POLITICO
EN EL DESARROLLO DE
LA TEORIA ECONOMICA
GREDOS • MADRID, 1967

224 PÁGS. 16x24. 220 PTAS.
Es indispensable en la actualidad el relacionar en un ensayo la influencia económica en la vivencia política. Esto lo que hace en la obra Myrdal

F. C. Sainz de Robles

TEATRO ESPAÑOL
1965 - 1966

AGUILAR • MADRID, 1967
412 PÁGS. 12x20. 300 PTAS.

Antología e información de una temporada teatral. Comprende: Las tres perfectas casadas, de Galdós; Un porriño bajo la lluvia, de Ruiz Iriarte; El poder, de Joaquín Soler Sola; El color de la vida, de Galdós; El color de la vida, de Galdós; El color de la vida, de Galdós.



GEORGE USCATESCU: *Fronteras del silencio*. Madrid. Editora Nacional, 1967. 280 páginas. Ø13,5 x 21Ø. 225 ptas.

Me parece oportuno copiar el párrafo primero del prólogo de este libro, escrito por el propio Uscatescu, porque lo estimo revelador y comprensivo de la intencionalidad única de la obra. El párrafo dice así: «Es sobremansurioso e interesante el poder considerar las cosas desde un punto de frontera, un punto límite, donde empieza de verdad el reino del silencio. El silencio de las cosas, pero sobre todo el silencio de las palabras, del lenguaje, de los símbolos y las significaciones. Palabras y cosas invaden hoy como nunca el mundo de la realidad. Entre ellas se establecen relaciones nuevas. Nacen mitos y fetiches nuevos, las representaciones adquieren nuevos perfiles. Pero sobre todo el lenguaje, las palabras como tales se han convertido en la obsesión del momento. Hasta tal punto, que el universo mismo de las palabras ha de considerarse desde una perspectiva nueva: la perspectiva del silencio. Lo que condiciona la significación de las palabras, les infunde fuerza sugestiva y bombardea su contenido hasta la destrucción.»

¿Aboga realmente el ilustre escritor rumano por el silencio, siquiera por ese silencio que, según el poeta, es lo demás, siendo lo demás configuración, transfiguración y glorificación del hombre? En modo alguno. Cree Uscatescu que vivimos en un tiempo en el cual, sin excepción en la universal geografía política y económica, los sonidos más nobles se han transformado en los más innobles ruidos. Las palabras, aun las más hermosas por su mensaje poético, son hoy gritos, alaridos. La publicidad, señora tirana de nuestro mundo—facedora de reputaciones y de entuertos—se manifiesta y propaga con estrépito insolente. Los nuevos mitos se han escapado de la atmósfera de misterio y sigilo en la que prosperaron y sedujeron los mitos antiguos, para adentrarse en un clima descarado de provocación y autoritarismo, haciéndose así tan sospechosos de falsedad como sobrados de cautelas cucas y de argucias. Las delicadas y originales imágenes que la más sutil inventiva humana dedicaba a la poesía escrita y a entrecrujarse en la poesía vivida, todas ellas expresadas con una claridad diamantina y un honesto temblor escapado del éxtasis espiritual, han de-

jado paso libre y curso obligatorio a otras imágenes, acaso no menos originales, pero sí mucho menos delicadas, mucho más ansiosas del escándalo hablado o escrito.

Todo lo cual quiere decir que la palabra—y en el principio fué el Verbo—, uno de los instrumentos más nobles y eficaces del espíritu en acción, ha dejado de ser instrumento de concierto o sinfonía para transformarse en instrumento de jazz alocado o de charanga borracha. Lo que desea Uscatescu no es, pues, un silencio en el que sólo suenen los pensamientos, sino un silencio en el que la expectación tense el recobrado clima lírico para que el hombre inteligente y sensitivo se oiga y se sienta, y sienta y oiga a sus semejantes... en paz y en gracia de Dios. En este silencio las palabras recobrarán sus antiguos valores de significación, comunicación, evocación y vigencia. Uscatescu pretende un silencio logrado por la destrucción de las estridencias sonoras. Por ello, el título de su nuevo libro me parece tan bello como acertado. La frontera del silencio marca no el silencio absoluto, sino la recobrada felicidad de todas las armonías posibles para la intimidad y la convivencia fuera de la intimidad de los hombres de buena voluntad.

El flamante libro de Uscatescu reúne treinta y tres crónicas y breves ensayos publicados en la prensa española. Los temas tratados por Uscatescu son bien distintos: literarios—poéticos y dramáticos—, musicales, políticos, históricos, cinematográficos. Entre los literarios, los relativos a Dante, Shakespeare, Beckett, Aldous Huxley, Eminescu, Evtuschenko, Péguy, Ezra Pound, Kafka, Ernest Jünger... Entre los musicales: Verdi, Richard Strauss, la ópera *Mahagonny*, letra de Bertold Brecht y música de Kurt Weill, Antón Webern—original enlace de Schönberg y Pierre Boulez—. Entre los políticos e históricos: los tratados acerca de las políticas y politiquerías de Jefferson y Goldwater, el viejo y el nuevo arte de la guerra, la guerra revolucionaria—sin declaración oficial y nada fría—, la unidad europea en versión 1930, las hermosas utopías nacidas de la luz y del misterio de Delos. Entre los cinematográficos: el ceñido al director Luchino Visconti y a su película *Vaghe stelle dell'orsa*, premiada—1966—en el Festival de Venecia.

Posiblemente algún lector de este comentario mío se pregunte: «¿Qué tienen que ver, ni qué identificarse, en las fronteras del silencio, temas tan diversos entre sí, y separados por tiempos y geografías?» La pregunta me parece correcta. Y por ello me apresuro a contestarla a renglón seguido. Los temas, en efecto, en ocasiones inclusive antípodas de cuento y pretensión, en tuétano y forma. Sí, ¿qué de común entre Shakespeare y Beckett, ni entre Verdi y Antón Weber, ni entre los mitos y los símbolos de la antigüedad dentro de la literatura y el «teatro de sangre» replantado o replanteado por Henri de Montherlant, ni los temas platónicos de muerte e inmortalidad con el horror a la nada de nuestro don Miguel de Unamuno y Max Scheler...? Pues bien, esta aparente discrepancia neta entre tales temas, no empece para que en todos ellos, aún en los más fuertemente en-

raizados en la moderna ruptura de fronteras entre silencio y ruido estrépito, aparezca bien planteada, desarrollada y armonizada la intención de Uscatescu: búsqueda ansiosa—serena en apariencia de juicio y estilo—de los perdidos climas de paz espiritual. Es decir, y me reitero: en temas tan diversos, siempre hace acto de presencia el argumento decisivo para que Uscatescu lo esgrima a favor de su tesis. Pongamos algunos ejemplos. La indiscutible revolución musical de Antón Weber lleva esta «idea madre»: la concepción de la naturaleza en Goethe». Concepción genial que ni el espíritu más sagaz podría sacar de sus cosmos de serenidad casi olímpica. Kafka, «el atormentado impenetrable Farnz Kafka—escribe Uscatescu—, el anticipador del mundo del proceso, de la cultura objetiva, de la inmersión de toda fuerza espiritual y humana en el frío mundo de la burocracia anónima, el que desdobló su afanosa existencia entre una oficina donde fué «cumplidor funcionario» y la literatura, donde fundió la realidad más cruel con el mundo de los sueños más alucinantes y fantásticos...»; este mismo Kafka, añado yo, al salir de su mundo cruel, sólo intenta alimentar sus evasiones con sus sueños, en un ultramundo donde nada falla sino la estridencia, y en el que cielos, tierras paredes y obstáculos son de silencio. En la literatura de evasión de tipo utópico, que dió fama universal a Huxley, la utopía consiste precisamente en hallar para la criatura que hierve en el actual caos alaridamiento, «una estabilidad social» sólo posible en un mundo sometido a proceso de melodía interna.

Insisto en que todos los temas, tan

diversos, que integran el libro *Fronteras del silencio*, y que se integran en la armonía intencional, tienen la misma secreta mina valorativa de la paz; paz sólo posible de expresión en las palabras bien templadas. Luego, como pretende Uscatescu, para recobrar esa paz perpétua—más helénica que kantiana—hay que empezar el camino en el límite de un silencio que es, en verdad, palpitación de expectativa.

Entre las crónicas y los ensayos de *Fronteras del silencio*, los hay auténticamente antológicos: *El mundo de Kafka*, *El universo poético de Mihail Eminescu*, *El arte contemporáneo y la imagen popular*, *Diario de un escritor*, *Dante, universo poético*. Y entre ellos, admirables todos, es para mi gusto el mejor el dedicado a su compatriota el genial poeta Eminescu (1848-1889), de quien afirma Uscatescu: *El universo poético de Eminescu alcanza y llena dimensiones inusitadas. Porque este universo poético solamente él lo ha logrado en la cultura de su pueblo. Porque este poeta encarna como ningún otro toda una conciencia nacional con derecho a la vida del espíritu, a la dignidad humana y a unos perfiles propios de vida histórica.*

Es un ensayo en el que la profunda devoción y el encendido entusiasmo del ensayista y crítico no merman ni turban su clara y precisa comprensión del genial protagonista y de su obra imperecedera. Ensayo escrito con deleitosa morosidad, y que constituye pieza clave para la comprensión de Eminescu, cumbre lírica, idiomática y política de su patria.

FCSR

EL TIEMPO PERDIDO

JANINE BRÉGEON: *Un día inútil*. Ediciones Dimá, Barcelona, 1967. 121 págs. Ø12,5 x 19Ø 50 ptas.

Deliciosa, deliciosa novela ésta, la primera según parece de su autora, Janine Brégeon, francesa de treinta y siete años, madre de varios hijos, autostopista, viajera por medio mundo, ex pintora, etc. Y novelista, eso desde luego: escritora.

No de abisales profundidades, de grandes temas, sino de la vida cotidiana de una mujer joven, Suzanne, que con sus veinticinco años decide no levantarse un día de la cama. No levantarse. Así. Y ante el desconcierto, la indignación, la ternura, la rabia de su esposo; ante el miedo, la incompreensión, la majadería de sus niños, la lo-

cuela Suzanne se queda en cama, escondida bajo las sábanas, rumiando el sentido de su vida.

Suzanne es auténtica representante de la juventud actual, ferozmente dispuesta a vivir, a ser libre, y encontrándose sujeta a la vida familiar, a la rutina, a la superioridad—sociohistórica mucho, real en algunas cosas—de su marido, Pierre, a los prejuicios sociales. Suzanne quiere nadar, quiere vestidos nuevos, quiere pasear por la playa con un pequeñísimo bikini, gustando a los muchachos. ¿Frívola? Humana. Libre de corazón. Desmitificada. Aunque sólo en cierto modo, porque también está atada a sus pequeños mitos. Y, si bien nos resulta tremendamente simpática, la comprendemos, la queremos, ante la «sensatez» de Pierre, que se nos hace odioso, sa-

MANUAL DE PSICOLOGIA

AGUILAR • MADRID, 1967
632 PÁGS. Ø17 x 24Ø. 630 PTAS.

Panorama de la estructura de la psicología. Un capítulo sobre la psicología del trabajo está escrito por el doctor Mariano Yela

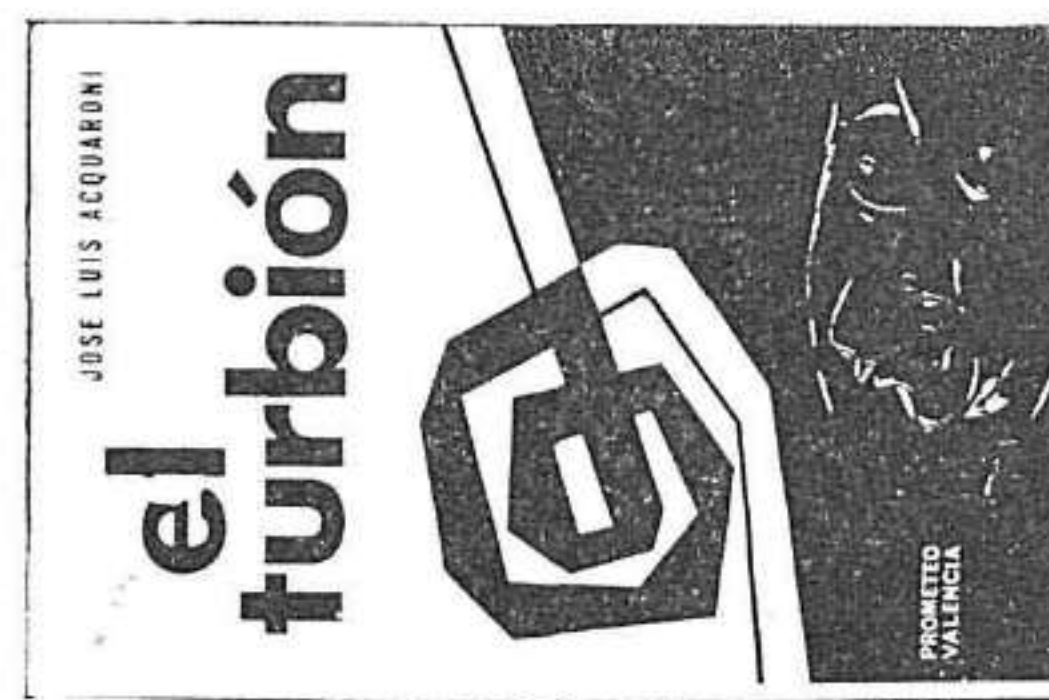
NARRACION



Ana María Matute
EL ARREPENTIDO

JUVENTUD
BARCELONA, 1967

154 PÁGS. Ø14 x 20Ø. 150 PTAS.
Conjunto de narraciones escritas con precisión y llaneza. Panorama de la entraña popular



José Luis Acuaroni
EL TURBION

PROMETEO • VALENCIA, 1967
245 PÁGS. Ø12,5 x 19,5Ø

Esta novela ha obtenido el premio Blasco Ibáñez 1967

bemos también que Suzanne está ya presa en el mecanismo, que debe aceptar las responsabilidades, que tendrá que levantarse de la cama, vencida, aunque sea el día siguiente. (Recordamos un magnífico cuento del cubano Antón Arrufat, «El descubrimiento, donde el protagonista tenía súbitamente la revelación de lo inane de su vida, y se mete en la cama, primero, encerrándose después en el baño durante varios días. Al cabo, tras salir a la calle, se reconciliará poco a poco con su vida, y volverá, sin decir palabra, a sentarse en la mesa, junto a su desconcertada esposa). Suzanne piensa: «Cuando yo estaba con la nodriza, ésta decía: Tienes que aprender bien el catecismo. Lo sé de memoria, pero no lo comprendo. El señor párroco me dijo: Ya lo sabes bien. Después de la guerra, mi profesor Jean Blin dijo: Hay que ir a la sinagoga. Yo no voy a ninguna parte. Yo busco un muchacho. Me gustan los chicos, especialmente si son judíos. Pero encuentro a un ruso. Espero un niño. Huyo de él porque no quiero ningún hijo. Pero me encuentra de nuevo y se casa conmigo». ¿No nos viene a la cabeza inmediatamente la protagonista de «Desayuno con diamantes», de Blake Edwards? Y ésta también, al cabo, aceptará la limitación de su libertad, por el amor. Pero en Suzanne no es ya el amor, son sus secuelas, inevitables algunas, otras necesariamente suprimibles: las alienaciones femeninas, de las que ella es consciente. Y se debate.

Ya lo he dicho: deliciosa novela. Agilísima. Fresca. Espontánea. La autora ha sabido captar los detalles con una minuciosidad de fotografía, mejor: de cine. Y envuelto todo en un humorismo, humorismo de Suzanne, a cuyo través se nos da la acción —y la reflexión, la reflexión sobre todo: «¡Pues bien! ¡Ya que es así no me levantaré! Como se me toma tanto por una imbécil ¡no me levantaré nunca! Así enflaqueceré, me secaré, me volveré como el fósil de un hipocampo, eso es, y los niños me meterán en una caja y jugarán conmigo. Y quedaré tranquila. Me pondrán encima de un estante y me enseñarán a la gente y dirán: Es mamá».

Esta novela debiera enseñar a los escritores españoles, incluso a muchos jóvenes, la necesaria liberación del realismo inmediato, ramplón, que no sólo —ni mucho menos— se da en la literatura social, sino también en algunos dramones de cemento, mazacotes convencionales, foto-romances de cientos de páginas, con innecesarias morosidades. ¿Cuándo se les ocurrirá dar un vistazo a la nueva narrativa hispanoamericana: a Cortázar, Vargas Llosa, Guimarães Rosa, Rulfo, y tantos otros? Aprender de su subjetivización, de su coloquialismo, de su recreación de la realidad, que no es alejarse de ella o desfigurarla, sino precisamente penetrarla con los medios propios del escritor.

En suma, una novelita gratisima, que no se puede despachar así como así tachándola de intrascendente, y que es un verdadero estudio psicossociológico de un tipo moderno de ser.

JULIO E. MIRANDA

LOS VERSOS

LUIS JIMENEZ MARTOS

Verbi gratia. expr. elípt. lat. Por ejemplo.

Perdone el lector que del vuelo humorístico de Camilo José Cela titulado Viaje a U. S. A. no quepa aquí ni siquiera un fragmento, que, aparte su calidad, completaría el trío de países que están dentro de las obras comentadas hoy: U. S. A., Unión Soviética, Alemania occidental.

Griegos, turcos, de Nápoles,
de la Andalucía Baja, de Castilla
la Nueva, vedlos
arreando de su corazón, ved que llegan
allá arriba, donde el sol es
mucho menos cierto y los días
más llenos de lluvia.

Con el saco al hombro,
con la merienda del Sur y la lucidez
de las noches meridionales.

Llegan, notan los ojos
cada vez más duros, no se fian, condimentan ellos
su propia comida.
Pero son metidos
a presión en las máquinas.

Traen mucho miedo
del Sur, van muy despacio, tiemblan
una vez y dos y no acaba
de dárselas del todo, hasta que la tercera
va mejor aunque en nada
varía el acento de sus palabras.

Porque estos griegos,
estos que agarran a lo que sale
que tiran del pellejo, saben

que las palabras son su corazón. Y huelen
que en medio de aquel infierno de ruidos
anda el silencio. Por eso
charlan todo el día y se rien y vuelven
a coger el martillo.

Y aquellos otros, los turcos
y los portugueses, los pobres y nosotros
venidos de Castilla y del Sur
rompemos las mallas del silencio.

Si no esta vida llegaría a desengancharse
todos los arreos. Nos hundiría.
Por eso charlamos todo el día, nos metemos
en los ríos frescos de la patria.

(De El silencio.)

AGUSTIN DELGADO GARCIA

Rápidas vuelan las semanas,
lo que pasó yo no lo entiendo,
cómo a ti, hijito, en ese encierro
te han mirado las noches blancas,
cómo otra vez miran ardientes
sus pupilas de gavilán,
de tu alta cruz hablando están
y de tu muerte.

(De Requiem.)

ANA AJMATOVA

CAMILO JOSÉ CELA: *Viaje a USA*
o *el que la sigue la mata*. A
la pata de palo, IV. Alfagua-
ra, 1967. 92 págs. Ø17x29Ø.

Camilo José Cela es un poeta que escribe casi siempre en prosa. Cuando no, nacen *Pisando la dudosa luz del día*, *El monasterio* y *las palabras*, *Cancionero de la Alcarria* y este libro. No sería baladí intentar un estudio de las relaciones —estrechas siempre, por supuesto— entre los libros de Cela, poéticos o narrativos, y los de verso; así, veríamos que el surrealismo de *Pisando la dudosa luz del día* casa bastante con *Mrs. Cadwell habla con su hijo*; que *El monasterio* y *las palabras* tiene la sombra velleinclanesca, y *Cancionero de la Alcarria* hay que ligarlo al Cela anacoreta y carpetovetónico, lírico y tierno por mucho que lo quiera disimular.

¿Y *Viaje a USA*? Rebajemos unos, bastantes grados el lirismo; pensemos en los pliegos de cordel y estaremos en el mismo centro de la cuestión. Cela nos cuenta aquí lo que le ocurrió en la ruta entre Barajas y el momento en que verdaderamente pudo decir que se hallaba en Nueva York, tras tener



que dejar en la aduana del Kennedy Airport lo sobrante de sus maletas (productos hortícolas). Todo esto va contado sin ahorro de pormenores: sorpresas, miedo, exigencias fisiológicas, ambiente, primeras impresiones del

país visitado, etc. Si el avión fué el medio escogido para el gran salto, el romance fué el metro escogido para narrar la peripecia: un romance dividido en tres partes y apoyado en rima aguda (la que cuadra a *avión*), casi siempre consonantada.

Que sea el verso octosilabo quien lleve del todo la voz cantante y cantante, es lógico; lo inventaron justamente para eso. El son agudo suele ser cómico y, por otra parte, obliga a un difícil ejercicio de rima. Pero este romance posee, a mi juicio, otro sentido que es el que anima su forma. Trataré de explicarlo lo antes posible.

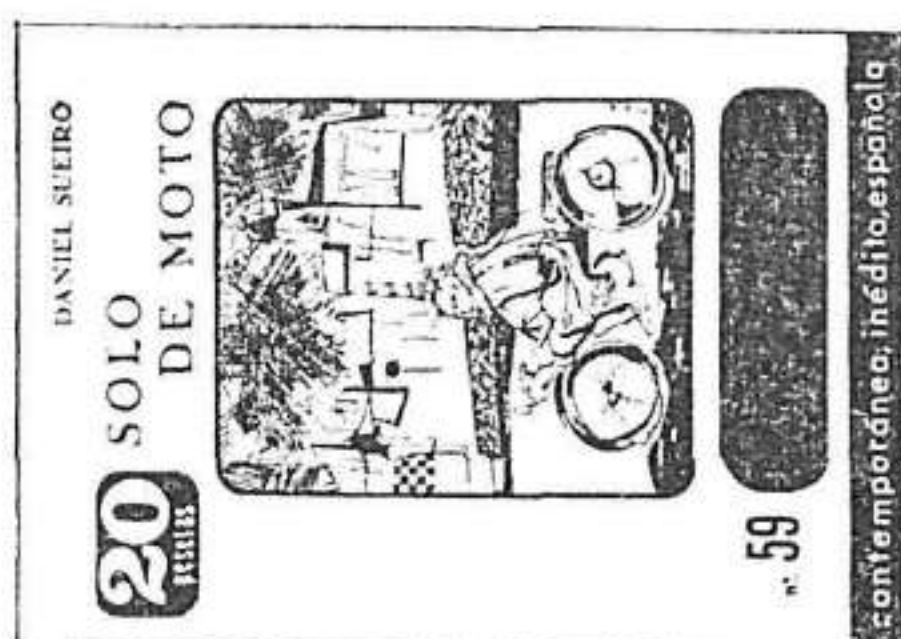
Toda la literatura de Camilo José Cela, como en general la española de unos y otros tiempos, tiene por protagonista al antihéroe. En este caso, el antihéroe es la propia persona del escritor navegando por el espacio hacia Norteamérica; de ahí que, tratándolo en tercera persona, lo presente como a cualquier hijo de vecino, en visión directísima y burlesca e igualmente crítica de su pasajero contorno y del contorno entrevisto a su llegada. Cela ha vuelto del revés, ha caricaturizado, aunque sin el ensañamiento de su casi costumbre, la andadura literaria de

Varios

ANTOLOGÍA DE NOVELAS
DEL OESTE

ACERVO • BARCELONA, 1967
318 PÁGS. Ø13,5 x 20,5Ø. 160 PTAS.

Harte, O'Henry, Hamilton, Labédan, Thompson, Davies, Manlove Rhodes, William Tenn y Haycox son los autores encerrados en esta selección, la séptima de la colección



Daniel Sueiro

SOLO DE MOTO

ALFAGUARA

MADRID, 1967

126 PÁGS. Ø11 x 16,5Ø. 20 PTAS.

Esta novela corria ha sido escrita en nueve días. Nuevamente el autor nos ofrece sus dotes creativas



Tove Jansson

LA FAMILIA MUMIN

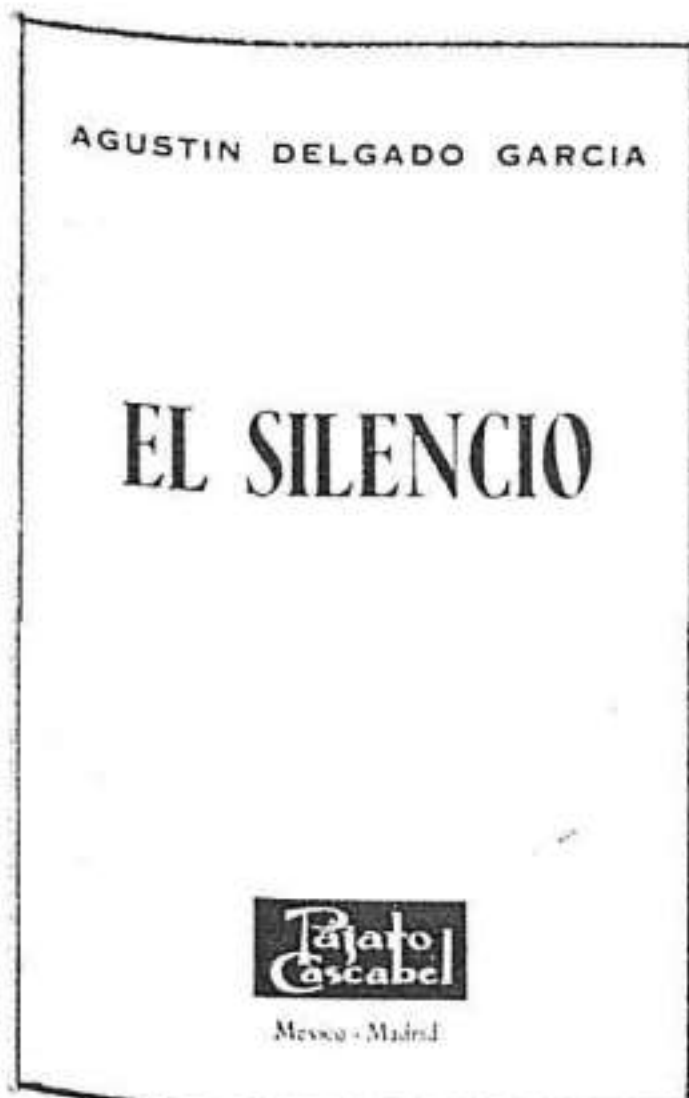
NOGUER • BARCELONA, 1967

192 PÁGS. Ø13 x 20Ø. 100 PTAS.

Deliciosa historia para lectores infantiles que obtuvo el premio Andersen

los viejos romances, la ha puesto a nivel del día de hoy cogiéndole a veces el mismo tono lírico. La aventura se torna algo corriente, pero no deja de ser aventura, eso es. No deja de haber tampoco, según está mandado, seriedad en el humor del tan especialista en poner en letras sus viajes. Sin apearse de sus recursos de costumbre, Cela, aleluya aleluyando, pone su pata (es un decir) en la otra orilla, su gracia redonda y nunca más aérea.

Y el genial Lorenzo Goñi interpreta lo leído y le añade lo que su estilo le dicta siempre. La identificación religiosa entre escritor y dibujante es un auténtico acierto para el que lea y para el que vea. Los antiguos romanceadores no pudieron contar con estos avances de la técnica moderna. Ay, Dios, que fué lastimoso que así ocurriese.



AGUSTÍN DELGADO GARCÍA: *El silencio*. Pájaro Cascabel. México-Madrid, 1967. 51 páginas. Ø12x18,5Ø. Spm.

La experiencia de la emigración de los trabajadores españoles a Alemania ha tenido su novelista en Angel María de Lera (Hemos perdido el sol y, en cierto modo, Tierra para morir, su otra cara del problema), pero en poesía sólo había sido tratado hasta ahora parcialmente y como a distancia. Verdad que es un tema más épico que lírico, más para protagonista colectivo que unilateral. Agustín Delgado, profesor de Filosofía, perteneciente al grupo fundador de la leonesa revista *Claraboya*, estuvo algún tiempo en Alemania (y no para explicar a Kant); de lo que vio y vivió allí ha escrito estos poemas que rompen el fuego de un tema, ya digo que prácticamente

intacto, a la hora de poner sobre el papel renglones cortos.

Será conveniente que me atenga a la perspectiva usada por el autor: la de quien, desde su ángulo de expatriado, contempla otro país y otras gentes—sobre todo otras gentes—y las reduce a la introversión de un estado emotivo en el que hay una barrera insalvable entre el poeta y los otros, una imposibilidad absoluta de convivencia, un espesísimo y constante silencio, como llanura infinita que separase dos miradas.

No hay ningún esfuerzo por comunicarse; por el contrario, ciertas ideas previas, de «malos» y «buenos», lo impiden. Por eso se producen algunas notas bien duras, de fuera a dentro, y de dentro a fuera, la nostalgia hace su intenso oficio sin recursos sensibleros. Es esta una poesía de situación, la cual, con todas sus consecuencias, obliga a un intimismo cuyas ventanas dan, solidariamente, a quienes se encuentran en el mismo caso que el poeta: griegos, turcos, napolitanos, andaluces, castellanos, portugueses... Todos juntos rompemos las mallas del silencio. / Si no esta vida / llegaría a desenganchar / todos los arreos. Nos hundiría. / Por eso charlamos todo el día, nos metemos / en los ríos frescos de la patria.

El contraste entre el callar de unos y el bullir de otros delimita nada menos que dos grupos sociales. Cada poema, insiste en el tema central con cierta monotonía, lo hace patente de manera concisa, que cuida de contener su potencial estallido y se entrecorta como única defensa, como único melancólico e interior desafío frente a una realidad que no puede ser aceptada. El último poema del libro es el que libera de una sostenida tensión: Por las callejas / de esta colonia de obreros / corre el vino, hay canciones / de buena salud. Es una música / que se propaga de unos a otros / hasta el fin de los tiempos.

Con sus ya apuntados defectos, Agustín Delgado es un poeta que, por lo visto en su obra inicial, merece confianza.

ANA AJMATOVA: *Requiem*. El Bardo. Colección de Poesía. Barcelona, 1967. 71 páginas. Ø13x21Ø. Spm.

La autora de este libro nació en Kiev en 1889 y formó parte del acmeísmo, una de las tendencias poéti-

cas que, junto al simbolismo y el futurismo, trataron de renovar la poesía rusa antes de la Revolución de Octubre. Con el viento de octubre—dice Aquilino Duque, traductor y prologuista del volumen—la llama poética se aviva para extinguirse. Tras un otoño febril y fulgurante cae sobre Rusia, como en la balada de Nekrasov, la helada con sus bigotes de carámbano, y al congelarse la historia, se congela la vida del espíritu.

Igual que otros escritores y poetas, Ana Ajmatova hubo de sufrir, con el cambio político, las penalidades propias de su inconformidad, junto a la muerte de su marido y la persecución de su hijo. *Requiem* lo escribió—Duque nos informa—a petición de una mujer del pueblo que la reconoció cuando hacían colas ateridas para ver a sus hijos encarcelados. La autora perdió su manuscrito, y este fué publicado sin su autorización en Alemania occidental. En 1934 aparecieron en la Unión Soviética algunos fragmentos. Ana Ajmatova ha muerto hace algunos años. Hasta aquí las circunstancias unidas a unos versos, que en su día corrieron clandestinamente de mano en mano, pues quien los escribiera nunca abandonó su patria, a pesar de todo.

He aquí un ejemplo poético al margen del oficial realismo socialista, una voz dramática y conmovedora expresándose con la honda belleza de quien conoce a fondo el dolor: No, no soy yo, que es otra la que sufre. / Yo no podría. Y lo que ha sucedido / deberían cubrirlo paños negros, / y deberían llevarse las farolas... / Noche. O Ni bajo extraño firmamento, / ni al amparo de alas extrañas... / Que estuve entonces con mi pueblo / donde mi pueblo estaba por desgracia.

La emoción de estos poemas sin literatura, condenatorios de una situación, mas ayunos de cualquier retoricismo, es muy penetrable. Y la excelente versión de Aquilino Duque, no sólo traduciéndolos, sino adaptándolos a nuestras formas poéticas, ha contribuido decisivamente a que los gustemos.

Con tales palabras debiera terminar esta nota; pero he de referirme a otras cuestiones, aunque ajenas a la obra, no ajenas al volumen que la contiene. Voy con ello. «El Bardo» acostumbra a reproducir en las solapas de sus libros, algunos textos que se refieren a títulos de su colección. No tengo nada que oponer a una costumbre bien corriente. La solapa segunda de *Requiem*

incluye el fragmento de la crítica que hice en LA ESTAFETA LITERARIA a un libro de Gloria Fuertes; puedo jurar que el primer párrafo transcrito ahí no es mío, ignoro de quién, ignoro si su autor lo ha reclamado ya, como yo reclamo el error cometido. Aún no he llegado a la perfección mental suficiente para estar de acuerdo con eso del «trabajo en equipo» cuando hay escrita una firma debajo.

Otro sí: *Requiem* incluye una serie de páginas en color dedicadas a insertar anuncios y comentarios a otros libros, entre ellos el dedicado a uno de la colección «Adonais». No entro en el juicio de cada cual, pero esas líneas, encabezadas por unos versillos, cuya inoportunidad reconoció quien los escribiera, son un modelo de inelegancia por insertarse en donde se insertan. ¿Imaginan ustedes que cualquier colección del mundo basase su propaganda en el intento de descrédito de otra de su misma materia? Pues algo así es lo que ha ocurrido aquí. Cosas. Una concepción muy especial del sentido de la competencia, vamos.

Y, ADEMÁS, ANOTAMOS

Los últimos números de *Bayoán*, revista de poesía dirigida por Luis Hernández Aquino. Especial interés tienen los poemas premiados en el último concurso, del que dió amplia cuenta LA ESTAFETA LITERARIA.

El número 10 de *Alamo*, que orienta Juan Ruiz Peña, en Salamanca. Páginas con un elogiado equilibrio entre las diversas tendencias. La poesía es de todos, y los alirones, con sus correspondientes y nadie más, están bien para los campos de fútbol.

Llegan también un nuevo número de *Aldonza*, de la que es responsable Alberto Alvarez-Ruz, y el primero de *Arbol de Fuego*, que acaba de fundar en Madrid la poeta venezolana Jean Aristeguieta y que se abre nada menos que con un poema de Juana Ibarbourou. De-seamos que este árbol eche raíces entre nosotros. A todas las revistas mentadas les deseo que duren muchos años.

AL CURIOSO LECTOR

Recibimos de nuestro amigo Lorenzo Marinasse el libro *Sicilia*, del que es autor. La obra, editada en papel cuché y con magníficas fotografías, es un estudio completo de la más grande isla del Mediterráneo. La descripción de su historia, de las personas de relieve nacidas en ella—pintores, filósofos, poetas, escritores—, de sus bellísimas ruinas y de sus joyas de arte, suscita en el lector el deseo de visitar la isla italiana. Felicitamos muy cordialmente al señor Marinasse... «EL MUNDO DE RUBÉN DARIO» ha sido el interesante tema últimamente desarrollado en el Salón del Instituto Español de Santiago, sito en Via San Giacomo, 40, de Nápoles. La lección estuvo a cargo de Luigi Costanzo y organizado por «Amici della Spagna»... LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, nos envía el número 163 de su revista desde Medellín, conteniendo una serie de interesantes tra-

bajos literarios, políticos y sociales: ¿Está o no en crisis el sistema interamericano?, de Daniel Henao Henao; La Cruz Roja, una institución al servicio de la humanidad, de William Villa Uribe; Rubén Darío a los cincuenta años de su muerte, de Oscar Echeverri Mejía; El padre Félix Restrepo que yo conocí, de Luis Pérez Botero, y una antología de doce poetas de Colombia: El Conca—Rafael Maya, Carlos López Narváez, Genaro Muñoz Obando, José Ignacio Bustamante, Gloria Cepeda de Cabrera, Angela de Valencia, Alberto Mosquera, Alvaro Garcés Valencia, José María Vivas Alcázar, Gerardo Valencia, Guillermo Payán, Archer, Natael Díaz, Herceas Martán Góngora, Carmen Paredes Pardo y Matilde Espinosa de Pérez, seleccionada y comentada por Jorge Montoya Toro... «EL TELEGRAMA DEL MORO» es un pulcro volumen de cuentos.

Nos lo envía su autor, Antonio Calero Picó, y está recién impreso en Alcoy—Gráficas El Cid, Plácido Francés, número 4—, así como dedicado a todos los alcoyanos ausentes, pues cuantos relatos—catorce en total—contiene están inspirados en el natural ambiente de la citada ciudad levantina y sus célebres fiestas de moros y cristianos. M. ROBLE HA PRESENTADO, EN SU SPANISH TOURIST GALLERY (New York City), la exposición *Cristales de mar*, en los cuales nuestro «mare nostrum» ha sido transformado en iluminados mosaicos, en diseños montados con bellos marcos, e imaginado como una joya. Según se relaciona en el catálogo que nos llega por mediación de Mrs. Stanley Donovan, son coleccionistas de estos mediterráneos cristales: los Reyes de Bulgaria, Angier Biddle Duke, los condes de Quintanilla, el general Galán, el capitán W. Holman, el coronel Glover Johns,

Charlton Heston, Frank Ryan, Ricardo Sicre, Jean Nepulesco, Pasqueale de Cicco, Jaime del Amo, Miguel Ardid, Bertrán y Güel, John Okie, Ricardo y Nicolás Fuster, Robert Waid, Ernest V. Heyn, Kenneth Crosby, William Friedman, Lawrence Corcoran, Páuel-Mare Henry, Suzanne Barbier, Muriel Krevolin, Antonio Muñoz, José del Campo y Antonio Mingote... EL PASADO DIA 7 DISERTO, EN «LA BALLENA ALEGRE» del Café León madrileño, el marqués de Lozoya, sobre las Características generales del arte español, formando parte de la serie de actos organizados por el «Club de Arte Alfredo Kraus», cuya próxima sesión estará ocupada por el fallo de los certámenes de canción lírica y sonetos, organizados por la Entidad, y de cuyos resultados daremos información próximamente en nuestras páginas....

«ESPECTACULOS CATAROS 67», UN TEATRO NUEVO

TEXTOS REFUNDIDOS DE VARIOS AUTORES: *Espectáculos cátaros 67*. Teatro Beatriz. Compañía Experimental del Instituto del Teatro de Barcelona. Dirección: Alberto Miralles. Intérpretes: Beatriz Becerra, Isabel Salisachs, Angela Rosal, Magda Navarro, Gloria Martí, Ramón Jorge Mesull, Luis Martret, Francisco Viader, Teodoro Donaire y José Montaner. Fecha de estreno: 31 de mayo de 1967.

Concluye la temporada teatral y es tiempo de ir pensando en efectuar balance. Entre lo más alentador de ese recuento estará la gran tarea de revitalización y de inquietud que ha caracterizado la programación del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo.

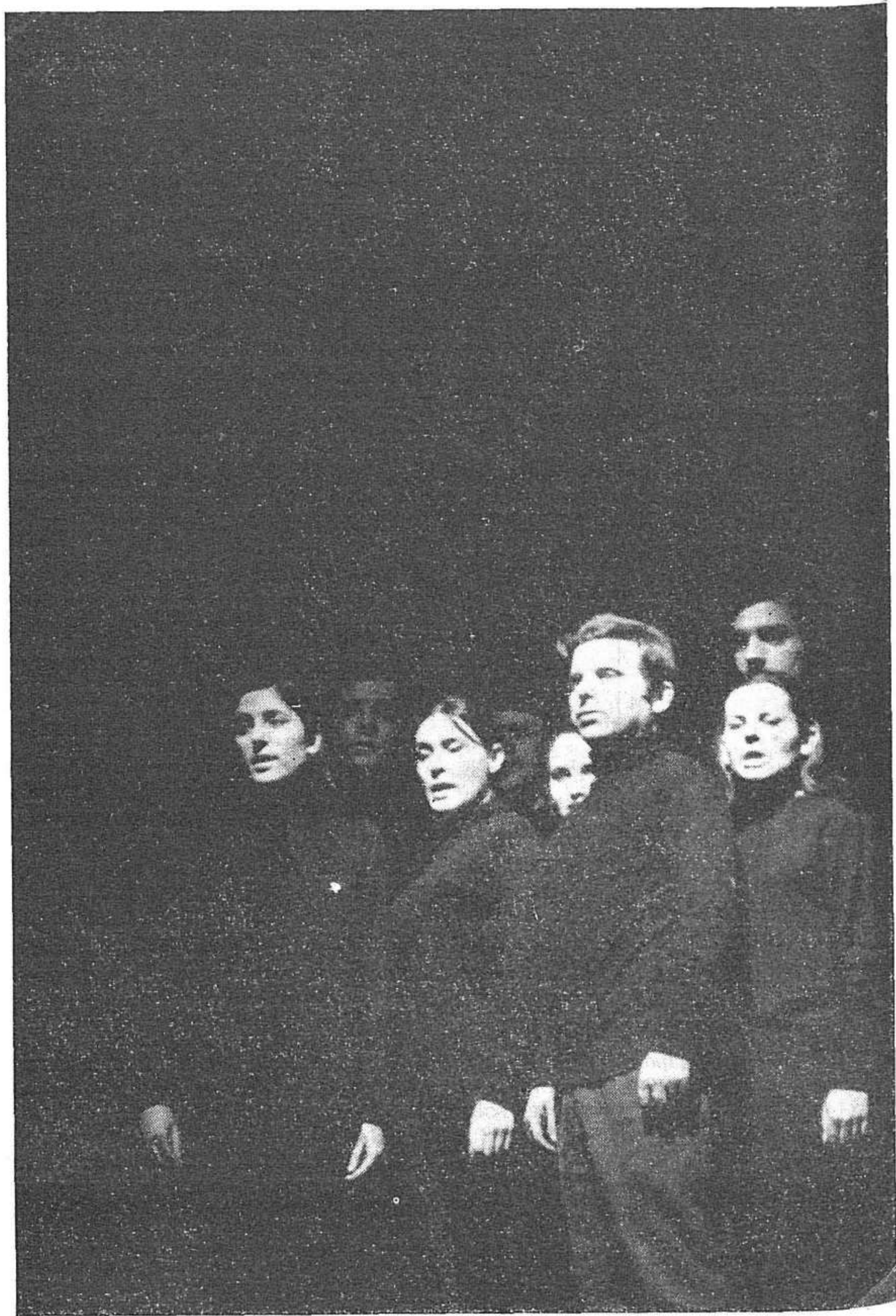
No todos los espectáculos presentados fueron éxitos, claro está, porque es imposible acertar siempre con la ruta conducente al camino real cuando se intenta llegar a él desbrozando inexploradas vías de acceso. Pero es de justicia considerar que, por fin, el TNCE ha renunciado a cuanto implique rutina, conformismo y concesiones mercantilistas, para presentar espectáculos que, en su conjunto, han convertido la sala del Beatriz en un hervidero de nobles pasiones por el teatro.

Si la temporada anterior concluyó con el espectáculo de Ricard Salvat, basado en textos poéticos de Salvador Espriu, Ronda de mort a Sinera, interpretado por la Escuela de Arte Dramático Adrià Gual—suceso del que queda constancia en el número 345 de LA ESTAFETA—, en las postrimerías de ésta ha sido otro centro barcelonés de didáctica teatral, el del Instituto del Teatro, el invitado a presentar ante el público madrileño los resultados de una concepción distinta—y muy distante—de las fórmulas al uso en el teatro, con lo que cumple al pie del espíritu el requisito primero de todo conjunto experimental.

Quizá la característica descollante del espectáculo ofrecido por los alumnos del Insti-

tuto del Teatro barcelonés sea la sistemática eliminación de todos los factores secundarios: ni apoyaturas escenográficas ni vestuario o caracterización: a escenario vacío los intérpretes actúan cubiertos por uniformes mallas negras. De tal manera consiguen situar en primerísimo plano a los dos elementos básicos del teatro: palabra y acción. Cuando, por imperativos del texto, la acción no es necesaria, un inteligente juego de luces sustituye ventajosamente el estatismo posicional con efectos plásticos de gran calidad, como puede comprobarse en la fotografía que ilustra este comentario.

Esta norma de absoluto respeto a la elementalidad de medios justifica sin duda el nombre dado al espectáculo, pues «cátaros» es el nombre «común a varias sectas heréticas—copio la definición del Diccionario de la Lengua—que pregonaban una extremada sencillez en las costumbres como principal culto religioso». Efectuada la traslación del ámbito de voto al teatral, la denominación cuadra en todo a la fórmula utilizada. Es evidente que a los valedores del teatro habitual no habrá de parecerles fuera de lugar el sambenito de «heréti-



cas», pues, en lo que a la dramaturgia concierne, el desarrollo del espectáculo se aparta un mucho de la ortodoxia escénica. O, para ser más exacto, de su rutina.

En este punto se habrá preguntado el lector: «Bueno, todo eso son generalidades. ¿Puedo saber de qué trata Espectáculos cátaros 67?» Claro que sí. Lo que sucede es que la trama tampoco tiene argumento propiamente dicho, sino que se basa justamente... en generalidades de difícil reducción concretizadora, por la misma amplitud de los asuntos tratados: La guerra—primer espectáculo—y El hombre—segundo espectáculo—. Para el enfoque de temas tan amplios, el Teatro Experimental del Instituto del Teatro de Barcelona ha recurrido a la refundición de textos de épocas tan distanciadas que en la sucesión de cuadros esquemáticos entran desde fragmentos del poema de autor anónimo Danza de la muerte, compuesto probablemente a principios del siglo XV, hasta la poesía social de Manuel Pacheco, de ahora mismo.

El hecho de que los textos hayan sido seleccionados con mirada tuerta hay que disculparlo, en gracia a la inclinación que por la llamada «angustia vital» sienten nuestros jóvenes. Su visión de las cosas es, ciertamente, parcial y de manera resuelta, negativa. Pero una vez más conviene resucitar el axioma que Albert Camus dejó escrito en las páginas iniciales de El hombre rebelde: «¿Qué es un hombre rebelde? Un hombre que dice no. Pero si niega, no renuncia; es, además, un hombre que dice que sí desde su primer movimiento.»

A pies juntillas pienso que estos muchachos

GUIA DE OTROS ESTRENOS

JOSÉ DE JUANES: *El amor, el diablo y don Felipe*. Teatro Valle-Inclán. Dirección: «Saza». Intérpretes: María Luisa Arias, José Sazatornil, Elisa Ramírez, José Luis Heredia, Raquel Daina, Marcial Gómez y José Albert. Decorado: Luis López Sevilla. Fecha de estreno: 24 de mayo de 1967.

Escenificación frívola de una noche que ya, ya...

JOAQUÍN Y SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO: *Las de Caín*. Teatro Maravillas. Dirección: Justo Pastor. Intérpretes principales: María Esperanza Navarro, Josefina Robeda, María Guerrero, Vicente Soler, Luis García Ortega y Julio Riscal. Decorados: Viuda de López y Muñoz. Vestuario: Humberto Cornejo. Fecha de la reposición: 1 de junio de 1967.

Ambiente de función de colegio.

EUGÈNE LABICHE: *El viaje del señor Perrichon*. Teatro Eslava. Adaptación española: José Manuel Lorenzo. Dirección: Martínez Soria. Intérpretes principales: Paco Martínez Soria, Rafael López Somoza, Ana María Simón, Carmen A. de los Ríos, Gregorio Alonso, Antonio Canal y Felipe Valdés. Escenografía: Burman, en realización de Redondela. Vestuario: Cornejo. Fecha de estreno: 2 de junio de 1967.

Versión a la medida de Martínez Soria.

AUTORES VARIOS: *Danzas de Corea*. Teatro Beatriz. Dirección e intérprete único: Won-Kyung Cho. Presentación del espectáculo: Maruchi Fresno. Fecha de estreno: 3 de junio de 1967.

Un ejemplo del exótico teatro oriental.

del Instituto del Teatro de Barcelona otorgan un carácter positivo a su postura de denuncia frente a lo que no les satisface de la sociedad actual: desde las matanzas bélicas a las discusiones egolátricas, pasando por las consecuencias del encasillamiento técnico y el arte de la vana retórica.

Inteligentemente hizo especial mención Guillermo Díaz-Plaja, director del Instituto, a la metalidad juvenil que se había impuesto en la concepción del espectáculo al presentárnoslo.

En lo que respecta a los valores escénicos de la representación, el criterio es del todo favorable: tanto la dirección de escena de Alberto

Miralles como la calidad interpretativa de todo el conjunto—incluida la muchacha que con precisión asombrosa proyectaba las diapositivas requeridas en cada momento desde la embocadura del escenario—atestiguan una profesionalidad... que para sí quisieran no pocos profesionales.

AL PAÑO

II CURSO DE CULTURA TEATRAL EN ZARAGOZA

Organizado por el Teatro Universitario Independiente de la capital aragonesa y bajo el patrocinio de la Institución Fernando el Católico, ha tenido lugar en Zaragoza, entre los días 8 y 18 de mayo, un interesante curso de cultura teatral, segundo de los verificados por el Seminario de Teatro del citado grupo.

Las conferencias pertenecientes al curso fueron pronunciadas en el Palacio Provincial, y se desglosan así:

Los Autos Sacramentales calderonianos y su representación, por el ensayista y catedrático de la Universidad de Zaragoza, Eugenio Frutos, ha dado principio a esta nueva contribución al desarrollo de la cultura teatral; siguieron dos disertaciones de Vito Carlo Liberio referentes al teatro italiano: El Renacimiento y el Settecento en Italia (Maquiavelo-Goldini) y El teatro moderno y contem-

poráneo italiano Pirandello-Contemporáneos); y, a seguido de El teatro de Cervantes, a cargo de Francisco Ynduráin, la última conferencia del ciclo: Escenografía y puesta en escena contemporáneas, por Federico Torralba.

Felicitemos al Teatro Universitario Independiente, de Zaragoza, por esta iniciativa, que, sin duda, habrá contribuido a vivificar el interés por el arte escénico en la ciudad aragonesa.

ITALIA: ASOCIACION SINDICAL DE ESCRITORES DE TEATRO

Los dramaturgos italianos han creado su Asociación Sindical, con una doble finalidad, patente en los correspondientes estatutos: la tutela de los derechos materiales de sus miembros y la de los derechos de expresión, en lo artístico. Se han integrado ya en la Asociación cerca de un centenar de escritores, que constituyen la mayoría, en

cuanto a importancia literaria y calidad profesional, de los autores dramáticos en la Italia de hoy.

Eduardo de Filippo ha sido nombrado presidente de la Asociación Sindical, y en su Comité Directivo figuran Codignola, Dursi, Fabbri, Mazucco, Squarzina, Fo y Giovannini.

Numerosos son los problemas que tienen pendientes los autores italianos y que el nuevo Sindicato deberá resolver. Fundamentalmente, se trata de salir de una situación de paternalista sujeción y revitalizar todo lo concerniente a sus relaciones con los organismos oficiales, con los teatros permanentes, con la RAI-TV, con las compañías dramáticas..., y también en lo que se refiere a sus relaciones con el extranjero, a la reglamentación de impuestos, a los derechos de autor, etcétera.

«ANTIGONA», EN CATALAN

Del 24 al 28 de mayo, la Escuela de Arte Dramático

«Adrià Gual» ha representado en Barcelona una nueva versión del mito: Antígona 66, de Josep Maria Muñoz Pujol, que obtuvo el premio «Josep Maria de Sagarra» correspondiente a 1965. En su presentación, Ricard Salvat, director de la Escuela, se refiere a los «mitos que se tejen y destejen, que van repitiéndose a través de los siglos. Los dedos cambian, unos más hábiles, otros más desmañados, los hilos utilizados son de calidad varia, pero el dibujo es siempre el mismo, fundamentalmente.» (Salvat escribe en catalán su presentación, y mi traducción es más literal que literaria.) Sigue más adelante: «De hecho, los argumentos son muy pocos, la originalidad, escasa, y el teatro, más difícilmente imaginativo que la novela, más sintetizador, los va elaborando y reelaborando hasta llegar a interesarnos, no ya la anécdota, sino la manera en que nos es narrada o sensibilizada. Entre todos estos

mitos posiblemente el de Antígona, con su canto de rebeldía, haría gran fortuna por todas partes, pero muy especialmente en aquellos momentos históricos en los que esta rebeldía es una obligada exigencia ética.» Y expresa la clave de esta versión representada por su Escuela: «En esta última Antígona 66, la heroína no se mueve por exclusivo designio de equidad, sino que toma resueltamente partido por uno de los hermanos. En esta actitud de Antígona, que vulnera cierta ambigüedad fundamental del mito, la generación a la que pertenece Muñoz Pujol podría encontrar un eco de sus inquietudes y preocupaciones y, también podría—así lo deseáramos—, sentirse expresada en esta nueva actitud de Antígona.»

María Aurèlia Capmany dirige la pieza, es autora de la letra de dos de sus cantables y adaptadora, con el autor, de la de los otros dos, originales de Bob Dylan.

música

CARLOS JOSE COSTAS

«BALLET» en el IV Festival de la Opera de Madrid

EN el momento de redactar esta crónica falta muy poco para que termine el IV Festival de la Opera de Madrid. Cuando se publique ya se habrá cerrado el ciclo que es, a la vez, refugio para la gran cantidad de aficionados

que esperan inquietos la llegada del demorado y debatido teatro de la Opera. Las pocas sesiones que quedan justifican un comentario global, aunque convenga referirse con más detalles a las novedades, como de costumbre.

El tono general de la parte dedicada a la ópera ha sido de gran calidad. Voces principales, coros y el resto de los que han intervenido han logrado un conjunto medio que corresponde a la extraordinaria importancia del Festival

dentro de la vida musical madrileña. No es posible mencionar nombres, pero sí importa que el elogio se distribuya en distintas proporciones, porque unos han sido más directamente responsables de la bondad general.

Las reacciones del público han oscilado, si consideramos los extremos, desde el entusiasmo frente a algunas figuras hasta ciertas oposiciones a otras que no han estado justificadas. Una vez más ha habido notas discordantes sin explicación. No es fácil profundizar en los motivos porque, en principio, no correspondieron a una baja calidad concreta, y, por otra parte, tampoco entraban en la línea de los tradicionales «tabús». Si exceptuamos algunas presentaciones del Het Nationale Ballet de Holanda, el programa de la temporada ha cumplido con las normas que corresponden a su corta extensión. El futuro teatro de la Opera exi-

girá, no hay duda, una variedad, un equilibrio del repertorio a presentar, puesto que su misión llegará más allá del «cubrir un vacío» que viene realizando estos Festivales.

Pese a todo, también había novedad en esta ocasión que no ha sido otra que la presentación en España del Het Nationale Ballet. Para resumir sus actuaciones se puede decir que no cuenta con figuras extraordinarias, pero que la disciplina del conjunto inclina a creer en él como una escuela más que como un «ballet» en el sentido de las grandes compañías en las que las «absolutas» encuentran su marco.

Estas circunstancias han influido en la crítica diaria y, tal vez como consecuencia, en el público, por lo que en sus cuatro actuaciones el teatro de la Zarzuela presentó «claros» en las diversas localidades que no se han producido en las funciones de ópera.

De los programas presentados, el que tenía mayor interés fué el 27 de mayo, compuesto por cuatro estrenos y un «ballet» de repertorio. Dentro de los estrenos fué El laberinto el que ofreció mayor interés.

El primer elemento de novedad de El laberinto, con coreografía de Henryk Tomaszewski, es la ausencia de música. Los bailarines, todos hombres, describen por medio de la danza y de la pantomima (el locutor que explicaba el programa aludió a Marcel Marceau) la lucha del ser humano, partiendo de una posición que recuerda la platónica en la historia de la caverna. Poco a poco el grupo se vuelve hacia el proscenio, para terminar, después de sus danzas y piruetas, en el punto de partida. Todo comenzaría de nuevo si no cayera el telón. El laberinto se muerde la cola en una repetición permanente, en un movimiento continuo del que no hay salida.

La idea no es nueva, pero sí lo es el desarrollo. La ausencia de música, el arrastrar los pies, el vestuario aludiendo al sistema muscular, todo lo que tiene de impresionante en las pausas, en las que el silencio se adueña del ambiente y deja en suspenso incluso a los que no les gusta, contribuye a la atmósfera de monotonía perseguida, de rueda de noria que de cuando en cuando se detiene porque los ejes se han oxidado. Es una curiosa experiencia para la que el Het Ballet se encuentra perfectamente preparado.

Otro de los estrenos, Hallo, con música de Tomasso Albinoni y coreografía de Oscar Araiz, «narra» la identificación de una pareja de enamorados, resolviendo con delicadeza y suavidad las implicaciones eróticas de las imágenes. Es un «ballet» de concepción moderna que sirvió a Calliope Venieris y a Oscar Tartara para conseguir una aprobación del público muy superior a la que había logrado el conjunto de El laberinto.

De los dos estrenos restantes, Shirah, música de Alan Hovhaness y de coreografía de Pearl Lang, tiene un interés secundario, y, por el contrario, Jungla contiene muchos puntos muy conseguidos. La música de Henk Badings recorre un amplio campo de estilos y posibilidades, desde las técnicas de última hora hasta la insinuación de temas de «boîte». Está claro que ambos extremos corresponden a la intención y la historia del «ballet», y, además, han sido elaborados con gracia. Es música para el «ballet», a éste sirve y no pretende pasar a los atriles de una orquesta de concierto.

entre ayer y mañana

Se han concretado las fechas para la celebración de los Festivales de Verano en Madrid que tendrán lugar, como el año pasado, en la Plaza Mayor, extendiéndose desde el 15 de julio al 15 de agosto.

Los conjuntos seleccionados para esta temporada han sido el Ballet de la Opera de Viena, el segundo volumen de la Antología de la Zarzuela, el ballet de María Rosa, el de Antonita Moreno y, por último, la actuación de Antonio, que cerrará el ciclo.

Como es lógico, la programación se ve influida por los resultados de los años anteriores y, por tanto, la proporción superior de conjuntos de danza revela una mayor inclinación del público por ellos. El detalle es importante porque en el pasado las presentaciones de carácter clásico no pasaban de despertar el interés de unos pocos. Lo que puede ser doloroso es que el gran público ya se haya integrado a «calidades» que eran de exclusivos, mientras que éstos sigan apegados a lo clásico sin calar en el repertorio contemporáneo.

El hecho puede ser, efectivamente, doloroso, aunque, por otra parte, no nos sorprenda porque encaja en el juego que afecta a todos los apartados de la música, ya sea como protagonista, ya como colaboradora. Sólo la escrita para las películas se escapa a esta norma y hay que pensar que será porque la escuchan muy pocos.

El conjunto Het estuvo, como en los anteriores, al servicio del argumento, sin que sea necesario resaltar nombre alguno. La calidad, como decimos, es de conjunto, y sobre esa idea están concebidos todos los «ballets» presentados.

Un acierto de ambientación lo constituyen los decorados y el vestuario, en los que no falta imaginación y contenido simbólico. Por eso, observamos un pequeño pero significativo detalle en la única reposición del programa, Estudios, música de Knudage Riisager, adaptación libre de los «estudios» de Czerny, con coreografía de Harald Lander. Los «ejercicios» en la barra en la primera parte deben ser eso mismo, ejercicios, y, en consecuencia, parece más lógico que el vestuario sea distinto para cada bailarina, como de hecho ocurre en las escuelas de «ballet». La uniformidad en negro rompía la pretendida impresión de «trabajo».

Lógicamente, este último fué el más aplaudido e incluso interrumpido, y en él sí es posible citar a los solistas Kathlee Smith, Sylves-

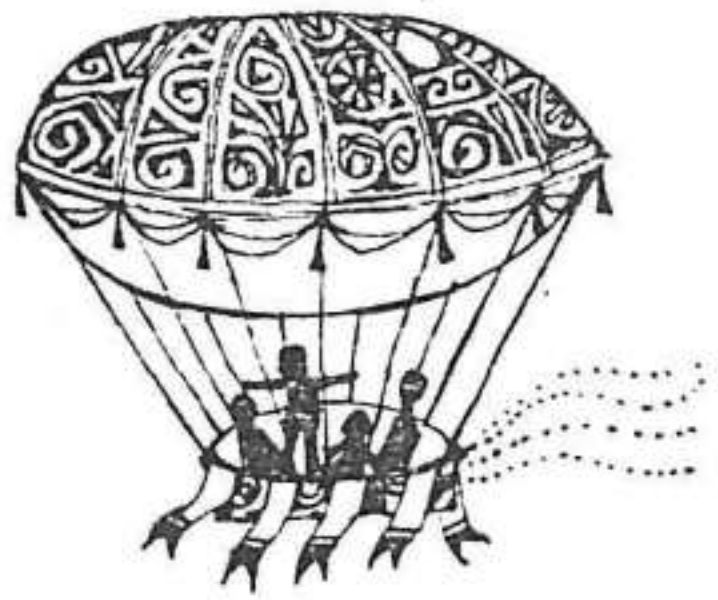
ter Campbell y René Vincent. El entusiasmo final confirma, al que quiere ver, que la relativa frialdad anterior no iba dirigida al conjunto, sino a los propios «ballets», que no satisfacían las tradicionales ansias de las «Giselles», «Lagos», et-

cetera. La vuelta a lo clásico animó a la mayoría, que no dejaba adivinar una «desilusión» por el grupo. El factor psicológico de que varios de los personajes sean «silfides» bien pudo contribuir al entusiasmo.



POESIA ESPAÑOLA

revista nacional de los
versos y los poetas



vueltecilla al mundo en 14 días

RODOLFO AREVALO

EL LIBRO DE BOLSILLO EN HOLANDA

De una encuesta realizada en Holanda sobre el mercado de libros de bolsillo se han deducido cierto número de fenómenos significativos. Desde 1958 a 1963 el número de ejemplares de este tipo de libros vendidos anualmente ha sido superior al doble, pasando de 7,1 millones a 15,6 millones. Las cifras de venta han aumentado sin cesar. En el período reseñado pasaron de 11,6 millones de florines a 27,4. El número de libros de bolsillo ha aumentado en proporciones fabulosas: de 2,7 millones en 1958 a 11,6 en 1963, aumentando de nuevo en 1964 a 12,7 millones.

Este fenómeno debe tenerse muy en cuenta en España, donde ya muchas editoriales lanzan al mercado este tipo de libros en un formato y con unas calidades inmejorables. El interés de los títulos y el módico precio pueden incluir decisivamente en un aumento significativo de la difusión del libro en España, según se hacía notar en las varias páginas que al tema dedicó LA ESTAFETA en el número 344.

CONFERENCIA EN HARVARD SOBRE RUBEN DARIO

El presidente del Departamento de Español de la Universidad de Harvard, profesor Juan Marichal, dió posesión de una nueva cátedra de literaturas hispanoamericanas al escritor y ensayista argentino Enrique Anderson-Imbert, que ya era profesor de la mencionada Universidad. Con tal motivo, el señor Anderson-Imbert pronunció una conferencia sobre «Los cuentos fantásticos de Rubén Darío». Aunque un poco retrasada, la conferencia se dedicaba en realidad a la conmemoración del centenario del poeta nicaragüense. Reconociendo que dichos cuentos no pasan de ser en la contribución mediana a la obra poética de Rubén Darío, el profesor Anderson los utilizó fundamentalmente para estudiar las creencias del poeta reflejadas profundamente en dichos cuentos misteriosos. Salvadas las distancias, el orador comparó los cuentos de Darío con los de Poe y Wells.

Al acto asistió el cónsul general de España en Boston, señor Sánchez Mesas.

LA ENCUADERNACION ESPAÑOLA EN EL MUNDO

En los últimos meses ha estado y sigue estando de actualidad ese noble arte de la encuadernación en el mundo. Acabado ya el Congreso Internacional de Maestros Encuadernadores de Estocolmo, se está ya preparando una exposición en Ascona del gran maestro Brugalla. Esta exposición se abrirá el día 18 de agosto y terminará el 30 de septiembre. El señor Brugalla pronunciará una conferencia con el título «La encuadernación tradicional en España» y «La encuadernación original moderna en Europa».

La «Galleria del bei libro» continúa así una serie de actividades que se iniciaron con las exposiciones de Thorvald Henningsen, de Zurich; de Gotthilf Kurz, de Munich; Paul Bonet, de París, el pasado año, y que este presentará a Hugo Peller, de Soleure; Ole Olsen, de Copenhague; la Escuela Estienne, de París, y, por fin, la de don Emilio Brugalla, antes citado.

Ascona (Suiza) ha sido elegida como centro del libro artístico, porque esta ciudad sirve de lugar de reunión y de residencia de muchos grandes artistas. El lema elegido para el proyecto de Ascona se debe al señor Brugalla y fué formulada en una de sus conferencias: «La encuadernación artística, ofrenda consagrada al libro.»

HUMANISMO E INDUSTRIA

El suplemento del *Times Educational*, de Londres, a través de una encuesta, acaba de llegar a unas conclusiones justamente interesantes para los que siempre han defendido la supremacía del humanismo sobre la técnica. En efecto, al parecer los industriales no se muestran particularmente alarmados por el hecho de que el número de alumnos estudiantes que siguen las especialidades científicas haya disminuido recientemente. Muchos de ellos declaran, a título privado, que los estudiantes de facultades no técnicas les son igualmente útiles para toda una serie de puestos en la empresa. Han notado que el estudiante de formación literaria y artística sabe a menudo mejor lo que desea, y lo único que recomiendan estos industriales es que los mencionados alumnos tengan ciertos conocimientos de cálculo y de estadística para poder adaptarse más fácilmente al mundo de los negocios. Añaden que, en general, los alumnos de escuelas técnicas eligen estas carreras para obtener más fácilmente un empleo.

LA ENSEÑANZA MUSICAL EN LA URSS

Los éxitos internacionales en el campo de la música, como en cualesquiera otros, son siempre fruto de una larga preparación debidamente orientada de los países. No es de extrañar, pues, a la vista de los datos sobre la enseñanza musical en Rusia, los laureles que con gran frecuencia recaen sobre intérpretes y conjuntos musicales de ese país. Iniciada ya desde los jardines de infancia, la enseñanza de las materias musicales se convierte en obligatoria desde los siete a los diecisiete años. Durante la época de estudios secundarios los alumnos pueden asistir a cursos nocturnos de música, preparatorios para el ingreso en el conservatorio. Existen en la URSS veintitrés establecimientos de este tipo repartidos a través de las diversas repúblicas, cada una de las cuales envía a Moscú al mejor alumno, haciendo de esta ciudad el centro de la vida musical del país. El ingreso en los conservatorios se hace a la edad de diecisiete años, de forma que los candidatos posean ya una sólida cultura general. Pueden elegir entre tres secciones: composición y musicología, instrumentación orquestal y piano y arte vocal. Los estudios duran cinco años y van seguidos de tres más de perfeccionamiento, sobre todo en la rama de la composición. Los estudiantes reciben becas cuya cuantía difiere según la situación material de sus padres. Todos los estudiantes del conservatorio tienen asegurado un puesto retribuido en el momento de terminar los estudios, puesto que está en función de las calificaciones conseguidas durante los exámenes. La mayor parte de los profesores pertenecen a la orquesta filarmónica del Estado.

SINFONIA ESPAÑOLA EN AVIGNON

Después de haber sido proyectada con gran éxito en Nimes la película *Sinfonía española*, el Consulado de España en dicha ciudad programó otra exhibición en Avignon, ciudad en la que el éxito fué todavía mayor. Asistieron a la proyección el prefecto, el arzobispo, el consejo municipal en pleno, magistrados, altos funcionarios del departamento y numeroso público. La prensa francesa se hizo eco del acontecimiento con palabras elogiosísimas. Así, por ejemplo, el diario *Le Provençal* titula su comentario: «*Sinfonía española* en el Capitolio, un documento que merece un viaje.» Resalta dicho periódico la perfección de la factura técnica, el colorido y la música de Manuel de Falla. Citando en particular la danza del «Sombrero de tres picos», de Antonio; la imagen de la Virgen del Pilar, y los paisajes y monumentos de España.

Por su parte, *Le Dauphiné Libéré* concede en su comentario a *Sinfonía española* 18 sobre 20 puntos, calificando al documental de notable y bien construido.

CONFERENCIA SOBRE CERVANTES EN LA BIBLIOTECA ESPAÑOLA DE PARIS

En la Biblioteca Española de París ha pronunciado una conferencia sobre el tema «El teatro en la vida de Cervantes» el gran hispanista francés señor Babelón. El conferenciante rechazó la afirmación de que el teatro de Cervantes no era lo más digno de admiración en la obra de este autor. Analizó la afición profunda que sintió Cervantes desde su juventud por el teatro. Describió luego el ambiente en que se desarrolló la afición cervantina, donde al lado del teatro serio florecían los pasos y las farsas de todo estilo. Hizo a continuación la historia de la carrera dramática del autor del *Quijote* con gran erudición y conocimiento de la materia.

OTRAS NOTICIAS

El *New York Times Book Review* ha publicado recientemente una crítica del libro de Arthur H. Landis, titulado *The Abraham Lincoln Brigade*, que traza la historia de los 3.300 americanos que vinieron a combatir en la guerra civil española a favor del ejército republicano. Según el articulista, nunca se ha podido hablar de una Brigada Lincoln en forma estricta. Pues con ese término el señor Landis se refiere a todos los americanos que sirvieron a la España republicana, añadiendo que los cuatro batallones de dicha brigada estaban formados por americanos, ingleses, canadienses, españoles y, a veces, austriacos o eslavos. || La famosa bomba de Palomares ha dado lugar a la aparición en Norteamérica de varios libros, entre los cuales se encuentran los reseñados en el suplemento literario del *Washington Post*, debidos a las plumas de Tad Szulc y Flora Lewis, y titulados, respectivamente, *Las bombas de Palomares* y *Una de nuestras bombas H.* || El suplemento literario del *Washington Post* ha publicado una amplia reseña de la película de Saura *La caza*. La crítica es extremadamente favorable, titulándola de extraordinaria y destacando en especial el estilo sugerente de la misma. || En la revista *Arte News* de mayo del corriente año, incluye en sus páginas 11 y 15 críticas sobre la obra de los pintores españoles Canogar y César Manrique. || Organizado por la Editorial «Solidaridad Publishing House», se desarrolló en Manila un simposio en torno al tema «Nuestra herencia española». El *Weekly Women's Magazine* ha iniciado la publicación íntegra de las conferencias pronunciadas en el mencionado simposio, destacando hasta el momento el interesante y positivo trabajo del profesor Antonio M. Molina, director del Departamento de Historia de la Universidad de Santo Tomás, titulado «El impacto de España sobre el pensamiento filipino». || La prensa norteamericana ha dado cuenta de la reciente aparición en nuestro país de varios libros de cuentos que tratan de España, entre los cuales destacan los siguientes: *My Spain*, de Ruth Sawyer; *Blood, Banners and Wild Boars*, de Lauritzen e ilustrado por Gil Miret; *The Red Towers of Granada*, de Trease, y *Casilda of the Rising Moon*, de Isabel Borton de Treviño. || «Les Lettres Françaises» anuncia la reciente publicación del libro *Erotique de l'Espagne*, original de Xavier Domingo y aparecido en la colección Biblioteca de Erotología que dirige el señor Lo Duca.

Ciudad Real

Con motivo de la coronación de Nuestra Señora del Prado han tenido lugar en Ciudad Real una serie de actos, entre los que cabe destacar: La inauguración del I Salón Nacional de Agrupaciones Fotográficas, en el Gran Casino; la celebración de la Semana Cinematográfica, en colaboración con la Casa Americana; la gran fiesta literaria que organizó el Ayuntamiento de la capital, en la que actuó don Blas Piñar, y en la que fué proclamada la señorita «Dulcinea 67», y la celebración, también, de la primera fiesta de la poesía, que organiza el Gran Casino, y en la que actuó de mantenedor don Hermenegildo Moreno Serna, presidente de la Casa de la Mancha en Madrid.

CANCION DE PRIMAVERA EN ALCAZAR DE SAN JUAN.—Patrocinado por el Ministerio de Información y Turismo y dentro de los Festivales de España se ha celebrado en Alcázar de San Juan (corazón de La Mancha por reciente decreto gubernativo) el Festival de la Canción de Primavera. La reina de este festival ha sido la señorita Margarita Arespachaga y el pregón del festival fué dicho—y muy bien dicho—por el poeta Federico Muelas. En el festival intervinieron grupos de Madrid, Córdoba, Cuenca, Cáceres, Toledo, Valencia, Zamora y Ciudad Real.

LITERATURA Y TURISMO.—El turismo de la provincia de Ciudad Real se basa en la literatura y pretende hacer realidad, de paisaje y monumento, el maravilloso mito de don Quijote. Todos los pueblos manchegos laboran en pro de este turismo cervantino. Alcázar de San Juan y Campo de Criptana, restituyendo molinos a su geografía; Argamasilla de Alba, creando y recreando citas con Cervantes; Almagro, mostrando al mundo su maravilloso Corral de Comedias.

Coincidiendo con la Fiesta del Libro, el ministro de Información y Turismo inauguró un molino de viento en Alcázar de San Juan. En Argamasilla de Alba abrió las puertas de un singular parador turístico, que es a la vez Casa de don Quijote y que antaño fuera pósito o almacén de granos. También en la Argamasilla de Cervantes inauguró el antiguo Rollo, símbolo de villa, que ha sido reedificado.

Y como todo en la Mancha no iban a ser molinos, ni la de los molinos fué la única aventura de don Quijote, ahora se anuncia la inminente reconstrucción de los batanes. El primero de ellos será reconstruido en términos de Argamasilla de Alba, y será patrocinado por el Ayuntamiento de Barcelona, ciudad muy cervantina, donde finalizaron realmente las aventuras de don Quijote. El batán fué el precursor de la moderna industria textil.

¿Quién mejor que Barcelona puede reconstruir los batanes de la Mancha?

RUIDERA Y SUS POETAS.—Ruidera fué, es y será literatura, y de la buena. De un tiempo a esta parte vienen celebrándose junto a sus lagos—si no encantados, si encantadores—reuniones literarias que patrocina el «Club la Colgada». Este año hubo dos bellas evocaciones: una, al Quevedo—polvo enamorado en Villanueva de los Infantes—y, otra, al poeta manchego Juan Alcaide, maestro de escuela de Valdepeñas, muerto en olor de universalidad. La primera de las evocaciones corrió a cargo de Alfonso Carreño; la segunda, a cargo del pintor Gregorio Prieto, de Valeriano Pastrana y del joven poeta Pascual Antonio Beño.

Ha intervenido durante el pasado curso en las reuniones de Ruidera Luis Rosales, Joaquín de Entrambasaguas y la soprano Marta Santalalla, que cantó dos romances junto al castillo de Rocafriada, en una gran gala poética en la que se dieron cita los poetas de las cuatro provincias que hermana el río Guadiana—ese escudero que Merlin encantó en los parajes de Ruidera precisamente.

APB

CORDOBA

DONACION AL MUSEO ARQUEOLOGICO.—Al Museo Arqueológico Provincial, del que es directora la señora Ana María Vicent—artífice de su rango actual—le han sido donados varios objetos de indudable interés para la arqueología, encontrados en las excavaciones realizadas en Ategua, por el equipo especialista de la Delegación Provincial de Juventudes, que tan importante labor está realizando en este campo, alentados por el gobernador civil, don Prudencio Landín Carrasco, y asesorados por el académico don Juan Bernier. Entre los objetos entregados destacan una cabeza de caballo ibérico, un hocico de toro ibérico, fragmentos de martillos y piedras de molino.

La entrega fué hecha en solemne acto, al que asistieron el gobernador civil y otras autoridades.

LUIS JIMENEZ MARTOS. La Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, ha designado académico correspondiente en Madrid al poeta cordobés Luis Jiménez Martos, crítico de LA ESTAFETA LITERARIA. Córdoba se siente orgullosa de Jiménez Martos—en el número octavo de la revista «Omeya» se publica un estupendo ensayo sobre este gran poeta en el que se traduce tal admiración—y ha vibrado con su «Letrilla en honor de don Luis de Góngora con estatua puesta», que el autor leyó en el Salón de Mosaicos del Alcázar de los Reyes Cristianos, con motivo del homenaje a Góngora.

CONFERENCIA DEL PADRE CUE.—En el patio del Museo Taurino Municipal habló el padre Ramón Cué, S. J., sobre «Dios y los toros», tema este que había despertado mucha expectación. Al acto, organizado por el Círculo Taurino, asistieron las autoridades cordobesas y una grandiosa cantidad de público. A través de una brillante disertación, el padre Cué buscó toda posible relación entre el mundillo taurino y Dios—desde la pila bautismal del torero hasta el rezo en la capilla de la plaza de toros—, salpicándola con interesantes anécdotas y adecuadas poesías.

CICLO SOBRE INGMAR BERGMAN.—Los acontecimientos culturales en el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, se suceden sin interrupción. Después del brillante homenaje a Córdoba, que ya reseñamos, se ha celebrado un importante ciclo de cine en torno a Ingmar Bergman, a base de proyecciones de sus más importantes películas y coloquios complementarios. Se proyectaron «Fresas salvajes», «Una lección de amor», «El manantial de la doncella» y «Como un espejo».

RECINTOS CICLOPEOS IBERICOS.—Sobre este tema pronunció una conferencia en el Club Alcorce el escritor y académico don Juan Bernier, quien hizo historia de los monumentos ciclópeos existentes en esta provincia cordobesa. Entre otros se refirió a Ategua en Castro del Río, Cañaberalaje en Adamuz, Castillo del Névalo en Villaviciosa, Cerro Masatrigo en Fuente Obejuna, Plaza de Armas de Carteya, Almanzona en Luque y la cota de Zuheros. Juan Bernier, gran figura de la investigación arqueológica cordobesa, fué calurosamente aplaudido.

F. Z.

MURCIA

ACTIVIDAD MUSICAL.—Murcia es ahora, en el sur este español, centro de interés musical. La labor realizada por el Ayuntamiento a través del «Primer Festival de Música es digna del mayor elogio, porque se ha logrado interesar vivamente al público con los recitales y conciertos del Orfeón Murciano «Fernández Caballero», la Orquesta Sinfónica de Madrid y la Orquesta de Cámara de Giessen, y que han tenido lugar en las fiestas de primavera murcianas.

También hay que destacar lo ya indicado, con bastante acierto, por la sociedad «Amigos de la Música», de muy reciente creación. El día 11 de mayo, el pianista colombiano Enrique Arias ofreció un recital en la sala del Conservatorio, interpretando a Beethoven, Mozart y Chopin. El día 23 del mismo mes fué la soprano María Tivó, en un interesante recital con obras de Scarlatti, Pla y García Leoz. El viernes, 2 de junio,

y en el teatro Romea, se celebró un concierto extraordinario a cargo de la Orquesta de Cámara de la Filarmónica de Macedonia, bajo la dirección de Vanco Cavdarski, con un programa compuesto por obras de Albini, Stamitz Proshev y Britten.

Por todo, hay que reconocer el empeño del Ayuntamiento de Murcia y la sociedad «Amigos de la Música», por dotar a esta ciudad (alejada desde hacía tiempo de toda manifestación musical de altura), de una presencia y una categoría en el panorama musical español.

HACIA UN PREMIO «CIUDAD DE MURCIA».—Se habla de instituir en Murcia un premio literario que lleve el nombre de la ciudad. Realmente son ya varios los premios de cierto interés los que se otorgan, pero no existe ninguno que por cualquier trabajo de índole literario se conceda. Parece ser que la idea ha sido bien acogida entre los mecenas habituales, y el premio «Ciudad de Murcia» va a ser una realidad muy próxima.

DPLA

Navarra

SOBRE EL COMPROMISO TEMPORAL.—En la Cátedra Humanística del Salón Loyola, el padre Rafael Belda ha desarrollado un ciclo de conferencias sobre «Diálogo cristiano-marxista», señalando con claridad las «Metas del compromiso temporal cristiano y marxista» y los «Caminos para realizar el compromiso temporal».

El selecto auditorio siguió con interés las explicaciones diáfanas y, al propio tiempo, profundas del ilustre conferenciante.

PSICOLOGIA EDUCATIVA.—Organizado por la Asociación de Padres de Alumnos del Instituto femenino «Príncipe de Viana», de Pamplona, ha tenido lugar un ciclo de conferencias sobre «Cuestiones de psicología educativa», en el que han intervenido los profesores Illueca Valero, de la Universidad de Madrid, sobre «La orientación de nuestros hijos»; García de Eulate Luna, sobre «Las bases para una formación de la personalidad», desde el punto de vista del psiquiatra infantil, y sobre el mismo tema, desde el punto de vista del psicólogo-pedagogo, por don Gonzalo Vázquez Gómez. Terminó este importante ciclo con la disertación del director del Instituto, don Luis Rey Altuna, acerca de «Diagnóstico de la juventud actual».

SOCIEDAD FILARMONICA.—Organizado por la Sociedad Filarmónica de Pamplona se han celebrado en el teatro Gayarre de dicha ciudad dos conciertos a cargo de la Orquesta Filarmónica de Amberes, dirigida por André Vandernoot, y colaborando el extraordinario pianista belga François Glorieux. Es un excelente conjunto de noventa

profesores, que ofrecieron obras de Beethoven, Jef Maes, César Frank, Debussy, Rachmaninoff y Brahms.

AULA DE MUSICA.—El Aula de Música de la Universidad de Navarra ofreció un concierto a cargo de la «Coral Universitaria del Sagrado Corazón», con obras de Juan de la Encina, Guridi, Vitoria, Bach, Donosti, etc., y una breve audición del chistulari Andrés Letamendi.

JOTA NAVARRA INFANTIL.—Acaba de finalizar el gran festival de la Jota Navarra Infantil, con la actuación en Tudela de los triunfadores de las eliminatorias celebradas con extraordinario éxito en Caparrosa (salón Avenida) y en Tafallilla (salón de Chiquilandia). Organiza la Comisión de Festivales de esta última ciudad navarra.

EL TRUJAMAN DE «MAESE PEDRO».—En el «Royal Festival Hall», de Londres, ha actuado con gran triunfo, interpretando el papel de Trujaman en la ópera de Falla «Maese Pedro», con la «New Orchestra Filarmónica», el niño pamplonés de doce años de edad Fermín Gómara.

NUEVO CONJUNTO MUSICOVOCAL.—El «Orfeón de San Adrián», nuevo conjunto musicovocal en Navarra, ha hecho su presentación oficial, interpretando un concierto en el «Salón Bebé» de dicha villa, patrocinado por el Ayuntamiento. Ha sido una demostración evidente de las posibilidades artísticas de esta Agrupación, que consta de más de ochenta voces mixtas y de su sólida preparación, que le permite triunfar en los más diversos programas. Así, pudieron aplaudirse obras como «Los remeros del Volga», «Alleluia» del Oratorio del Mesías, de Haendel; varias partituras del folklore americano y europeo, zarzuela, etcétera. Su director y fundador: el maestro Martínez Peñaloza.

... Y EL VETERANO «ORFEON PAMPLONES».—El laureado «Orfeón Pamplonés» se dispone a celebrar sus bodas de diamante ofreciendo numerosos conciertos en Bilbao («Sinfonía de los Salmos», de Strawinsky, y «Novena Sinfonía», de Beethoven); Pamplona, en la Semana Internacional de Música Religiosa que tendrá lugar del 28 de agosto al 3 de septiembre, con la orquesta de TVE, con los Coros de Navarra, y en Santo Domingo, donde interpretará «Cantatas», de Bach; Barcelona, con orquesta dirigida por el maestro René Leibowick, «La demoiselle élue» y «Le martyre de Saint-Sebastien», ambas de Claude Debussy; Madrid, con la Orquesta Nacional o la de TVE, et.

MCA

SEGOVIA

CONFERENCIAS.—Una intensa actividad se ha registrado últimamente en este te-

rreno en la ciudad. El Instituto de Enseñanza Media «Andrés Laguna» ha terminado el ciclo que ha desarrollado a lo largo del curso, y en el que últimamente han intervenido don Javier Giraldez, teniente coronel de Artillería y profesor del centro, quien disertó sobre «El militar, un educador de hombres»; don Ricardo Borregón, que habló sobre el tema «Qué es cine», y don Manuel Fernández Galiano, cuya disertación versó sobre «Merandro, poeta y humanista».

Por otra parte, en el centro cultural de la Caja de Ahorros, el general Cuartero Larrea habló sobre «Roma desde el Acueducto»; el hermano marista, don Manuel F. Pellicer, sobre «Psico-biología de la paternidad y la maternidad», y don Justo Díaz Villante sobre «Los nuevos horizontes de la educación».

EXPOSICIONES.—Durante la Semana de la Juventud y organizada por la Delegación Provincial de Juventudes se ha celebrado una exposición sobre «Emblemática Española y Heráldica de Segovia».

En la sala de exposiciones de la Caja de Ahorros, el reverendo don Pedro Gómez expone estos días la primera muestra de sus obras pictóricas.

En la sala de arte de La Casa del Siglo XV, el escultor F. Aparicio y su esposa, la dibujante y pintora Carmen Galparsoro exponen al público segoviano sus últimas obras.

CONCIERTOS.—La Sociedad Filarmónica Segoviana ha puesto fin a la temporada con un concierto extraordinario a cargo de la orquesta de cámara de Macedonia, bajo la dirección Vanco Cavdarski, con un repertorio de obras clásicas y modernas, entre las que destacaban partituras de Mozart, Stamitz y Bocherini. El conjunto puso de relieve su tono brioso, una gran jugosidad y un timbre muy agradable y una muy robusta sonoridad.

PRESENTACION DE UN LIBRO.—En acto organizado por la emisora Radio Segovia ha sido presentado el libro «El mundo de Mr. Dibble—Crónicas de América», obra del Redactor-Jefe de aquélla,

Cirilo Rodríguez, y que ha sido editado por la misma emisora en su colección de publicaciones. El libro junta una gran amenidad, con una penetración muy certera en los aspectos cotidianos de la vida de América para extraer de ellos las esencias más categóricas y contiene las crónicas que fueron radiadas por su autor durante su estancia el año pasado en el país de los rascacielos, México y Centroamérica.

R. B.

SORIA

EL AULA DE MACHADO.—«Yo no digo mi canción, sino a quien conmigo va.» Ojalá nuestras líneas fuesen canción, para decirla a los que siguen en las páginas de LA ESTAFETA LITERARIA, la cautivadora singladura de las letras y de las artes.

Una canción dicha desde las tierras altas de Soria.

limpiamente antologadas por el verbo de Machado para la poesía universal.

Por esa cordial inclinación del poeta hacia Soria, verso su aire, rima su ambiente y toda ella limpia luz para la caracola del corazón de Machado hablamos hoy, en esta carta de Soria del Aula de Machado, rincón como de salita aldeana en la cual se vive el cierto paisaje de la ciudad.

Aula quieta y recoleta, con suavidades de luz, con la música interior del elocuente silencio, siempre con la inquieta ronda de una nueva juventud...

Así, Dios mediante, permanecerá.

Va a ser construido en Soria un nuevo instituto.

El aula radica en el ya más que centenario como pervivencia del tiempo que Machado anduvo por esta ciudad, soñando caminos, diciendo su canción a los muros viejos, a las piedras rotas, a los olmos secos y a la parda encina. Algo de todo esto inaprehensible, pero intelectualmente sensible, vive en este rincón del provincia-

no Instituto. Y en él ha de quedarse.

Cinco años estuvo en Soria el bonachón de Machado, de 1907 a 1912, y de aquella estancia, cuadro de impresionante claroscuro, quedan huellas bien grabadas en su aula. Cartas, fragmentos de poesía, la variopinta evolución de la vida estudiantil, algo de él guardado entre los muros, semidorados de la vieja casa. En su patio, el desgarrado olivo, que más de una vez miraron querenciosamente él y luego Gerardo Diego, hombre que también ha sabido decir magistralmente mil cosas buenas de la humilde Soria.

El aula de Machado, sentimental recuerdo en la ruta romántica de la ciudad castellana, queda en el viejo Instituto.

Conjuga su sencillez con sus pétreos muros, encaja mejor amparada por ellos que no en las modernas estructuras que nos ofrece la arquitectura actual. Y viene a la mano hacer cita de una conferencia-recital a cargo de Rafael de Penagos, dada precisamente en el auditorio de este Instituto en el mes pasado, sobre tres poetas; Machado, Juan Ramón Jiménez y Rafael Alberti.

C. M.

Jerez

JUAN SERRANO, EN «LA CONCHA»

JUAN DE LA PLATA

Con el sólo y exclusivo objeto de actuar en su Córdoba natal y en Jerez de la Frontera, vino desde Nueva York el gran concertista de guitarra flamenca Juan Serrano. Apresurémonos a decir que Serrano traía a la cátedra de Flamencología del Ateneo una serie de regalos para el futuro Museo Nacional del Flamenco. Lo más valioso de todo, dos guitarras que pertenecieron a Ramón Montoya y a Carmen Amaya. También nos dejó unos afiches de Ruano Llopis; un disco suyo, grabado en el Pabellón Español de la Feria de Nueva York, y una magnífica colección de fotografías.

Juan Serrano, aunque también conoce y sabe interpretar otra música, en sus conciertos se limita sola y exclusivamente a la que es patrimonio del pueblo andaluz. No quiere saber de otra cosa. El flamenco es su vida, le apasiona, y a él está dedicado por entero.

¿Pero cómo puede ejecutarse el flamenco en plan concierto? No es nada fácil decirlo. Mejor dicho, es muy difícil. El secreto sólo lo posee Juan Serrano y muy pocos más. En estos pocos más, pongamos al maestro Sabicas, a Mario Escudero y a Manuel Cano. Los dos primeros viven en Nueva York con Juan Serrano. Es curioso, pero en Nueva York, en toda América y en toda Asia, con el Japón a la cabeza, se aprecia más la guitarra flamenca que en este país nuestro, donde siempre fué considerada algo accesorio del canto y del baile; instrumento preciso para el acompañamiento y nada más.

Nosotros ya habíamos visto y oído, en Jerez y en Málaga, el buen arte del maestro Manuel Cano, en cuya inspiración y forma de interpretar cuenta mucho el sonido del agua, que es permanente música natural de su Granada. Cano es más efectista, incluso más sincero, más integral, y, desde luego, le «echa más carbón a sus duendes», como decía de Manuel Torre Fernando el de Triana.

El joven Serrano es distinto. Su sensibilidad vibra al máximo cuando está interpretando. Su música es suave, armónica, llena de contrastes sugerentes. En ella, más que la melodía, interesa el tuétano, la hondura de la ejecución. El mecanismo de la guitarra flamenca no tiene resorte oculto para el maestro de Córdoba. Resultado de muchas horas de estudio diario es el dominio pleno que ejerce sobre el instrumento, al que arranca notas de máxima belleza y colorido.

Hay un problema que Juan Serrano resuelve con increíble sentido de equilibrio. Su flamenco es música, sin dejar de ser flamenco. Ahí radica su superioridad sobre otros concertistas o solistas de guitarra flamenca, que se limitan sólo a tocar como si estuvieran acompañando un canto o un baile. Su difícil facilidad para extraer de la guitarra todo el jugo que ésta es capaz de dar, trabajando con las dos manos incansablemente, hace que el artista



profundice hasta más allá de las falsetas, creando nuevas formas y sonidos nuevos.

Su talento musical y su conocimiento total de los toques flamencos hace que éstos sean elevados a la categoría de música culta, sin que por ello pierdan nada de su clásico sabor popular. Flamenco-música, la ha definido el importante crítico norteamericano Dean Wallace.

En el programa que Juan Serrano interpretó en la Real Bodega de la Concha, de Jerez, lo más admirable fué la ejecución brillantísima y solemne de la soleá, quintaesenciada hasta lo imposible. Su taranta está llena de «sonidos negros». Su següiriya es un drama a campo abierto. La granaina y la malagueña son dos aljibes de agua clara y dulce, ocultos bajo el rosetón de la guitarra. Hasta a la sevillana, ritmo a caballo entre lo flamenco y lo andaluz tradicional, le arranca Juan Serrano «cosas» insospechadas y plenas de luz y color.

Grata fiesta para el espíritu sibarita de los flamencos jerezanos fué el concierto dado por el gran maestro Juan Serrano. El marco no pudo ser más adecuado, una vieja bodega inaugurada por Isabel II, en forma de concha marina, construida según diseños del propio Eiffel. Tras la madera de roble de las botas, con escudos de todas las provincias españolas, las soleras del vino despertaban de su letargo centenario al escuchar el murmullo sereno de la guitarra, abriéndole puertas al silencio de la noche.

TERUEL

DIA DEL JAMON.—Con el fin de dar a conocer y revalorizar en su justa medida el «jamón de Teruel» fué organizado por el Sindicato de Hostelería y Actividades Turísticas la celebración del «día del jamón», que aspira a crear una corriente turística en pro de la Ciudad de los Amantes y de tan sabroso producto. Los festejos organizados a tal fin constituyeron un rotundo éxito.

VISITA DE FRAGA IRIBARNE.—Visitó el ministro de Información y Turismo nuestra provincia para inaugurar las instalaciones de la Delegación Provincial de su ministerio, así como el teleclub Ojos Negros. En el Bajo Aragón inspeccionó las obras de la hostería del castillo calatravo de Alcañiz.

I ASAMBLEA PROVINCIAL DE MUNICIPIOS TURISTICOS.—Se celebró esta primera semana, a la que se presentaron once ponencias, y fué clausurada por el director general de Actividades Turísticas. Fueron aprobadas más de cien conclusiones, todas ellas encaminadas a una más amplia difusión turística de nuestra provincia en todas sus facetas.

ESTUDIOS FOLCLORICOS ARAGONESES.—Se clausuraron en Teruel las III Jornadas de Estudios Folclóricos Aragoneses, en acto celebrado en la Casa de Cultura, con asistencia de las primeras autoridades civiles de la región. El doctor Beltrán presentó las conclusiones de las mismas, encaminadas a mantener el folclore aragonés en toda su pureza tradicional, recomendándose el establecimiento de escuelas de canto y baile, cátedras y museos de artes populares, así como la edición de obras literarias típicamente aragonesas. En el teatro Marín tuvo lugar un acto folclórico en el que intervinieron grupos de las tres provincias hermanas.

AP

Tertulia en LA ESTAFETA

Lecturas y comentarios ante un académico hispanoamericano: HERNAN G. PERALTA.

Mayo, sábado y 27: recibimos la visita de Hernán G. Peralta, director de la Academia costarricense de la Lengua. Y lógico fué que durante gran parte de nuestra tertulia empleáramos las palabras para hablar de palabras, de las palabras indígenas que las patrias hermanas de mar allá aportan al idioma, de las que acá se mustian y allí renacen y vuelven a florecer, de las prodigiosas

palabras de múltiples sentidos, de nuestras entrañables palabras.

Hernán G. Peralta, apergaminado de aspecto y comedido de expresión —puras virtudes, fisonómicas y temperamentales, del ideal académico, del académico que todos nos imaginamos—, nos razonó raíces y significados de vocablos, nos amplió conceptos sobre ellos, nos ilustró, en una palabra, sobre los méto-

dos de trabajo de las academias hispanoamericanas con respecto a la constante evolución de nuestro diccionario, al par que surgían las preguntas y las apreciaciones de los contertulios, entre los que se encontraban el poeta puertorriqueño Hernández Aquino, el diplomático colombiano Enrique Daza Alvarez y el doctor argentino Carlos Gutiérrez, quienes tomaron parte activa en el coloquio. Todos ellos, y los de aquende, fueron sacando a relucir, oportunamente, giros palabreros de sus países y comarcas, de sus campos y sus riberas, tal corresponde al caudal fonético hispánico, entre los que anotamos «prendido» («borracho» en dominicano) y «pendejo» (que, entre sus acepciones, en Puerto Rico sirve para denominar los primeros vellos del adolescente).

Después, la charla arribó a otros te-

mas. Con la llegada de Manuel Rafael Andrés Perfecto Meyreles Soler, la palabra se hizo poesía. El poeta dominicano, tras calarse unas gafas que —nos dijo— recién había comprado en el Rastro por diez duros, y asegurar que venía a vengarse, con pleno derecho, por haber «aguantado», otros sábados, las lecturas de los amigos, nos ofreció su poema «Entonces». Y aquí damos, en letra impresa, su emocionada palabra, su encendida poesía.

Cuando etcétera, etcétera Meyreles terminó su recitado, fué el académico costarricense el primero en felicitarle:

—Ha sido una venganza perfecta.

Se hizo de nuevo el silencio para las palabras de Fernando Aguirre Roldán, joven madrileño de veintitrés años, estudiante de Económicas, que llegó a

ENTONCES

RAFAEL MEYRELES SOLER

*Cuando la vida tenga las manos sin arrugas
y las frentes estén más cerca de los lirios,
cuando ya la paloma deje de ser símbolo,
cuando no haya secretos en el agua.
Cuando el hombre no viva alucinado
porque comprenda inútil la metáfora,
cuando la luna al cabo pueda dormir en calma
sin miedo de que nadie venga a pisar su nácar.*

*Cuando al sol el oriente no sea más que un pre-
[texto,
cuando el ocaso tenga cualidades de pétalo.
Cuando el viento maduro no se lleve los gajos
y sean para todos los racimos iguales.*

*El día en que los hombres sonrían como el niño,
sin las manos crispadas,
o aquel en que los pobres de espíritu no sean
¡los bienaventurados!*

*Cuando el cristal del cielo
pueda encontrar las venas en los ojos
y las venas no sangren.
Cuando la historia del amor sea simple,
sin la complicación de la palabra y el corazón de
[carne.*

*Cuando los ceños torvos no hagan temblar la espiga
y el surco desarrugue toda la madrugada.
Cuando el hambre se quede en los umbrales.
Cuando no piense el asno
y florezcan las rosas en todos los dedos de las manos.*

*Cuando no lleve el buey en la pupila
su envidia sin infancia.
Cuando no sea mentira que los pájaros cantan en el
[alba.*

*(Cuando no sean mentira
los árboles,
los pájaros
y el alba.)*

*El día en que el paisaje sea más que un escenario,
el río baje sin llamas
y la sal no haga rizos en la playa.
(O aquel en que el cuchillo no pueda hallar espaldas.)*

*Cuando el átomo encienda en el trino y las alas
un móvil horizonte de fragancias
y no se pierdan solos los crepúsculos.*

*Cuando ría la herida
que se abrió con la brisa, la ola y la llovizna,
con la nube y el nácar
de todos los anhelos núbiles.*

*Cuando Caín no aliente.
Cuando treinta dineros no sea el precio
de un Nuevo Testamento.
Cuando Cristo se quede sin parábolas,
porque sea de nuevo
la barba rubia
y el corazón abierto a la sonrisa.*

*(Como si nunca hubiera probado la amargura
de inventar la esperanza,
como si nunca hubieran herido su costado,
ni purgara el delito
de perdonar al hombre sus pecados.)*

*El día en que los besos no desgarran la entraña,
o aquel en que los sueños
sean todos de rosal, sean todos de alga.*

*Cuando la vida tenga las manos sin arrugas
y las frentes estén más cerca de los lirios.*

*Entonces...
Únicamente entonces.*

PRIMERA MEDITACION TRISTE, A TRAVES DE UNA REJA CUALQUIERA

FERNANDO AGUIRRE ROLDAN

A través de los litúrgicos barrotes de los balcones, la calle se llena de hombres, de ruidos broncos, y de escaparates. Los pasos golpean con mil gritos cada uno de los adoquines, cada baldosa, cada porción de asfalto, congelado o mucoso por el calor de la tarde de estío. Si fuera verano, el rojo invisible se precipitaría en trozos cúbicos sobre la tierra, arrasando toda señal de vida, y un hilillo de vapor en indefinida espiral ascendería hacia lo alto, quebrando los trozos cúbicos y pesados, y difuminando el cielo de la ciudad, completamente desnuda en la hora de la siesta. Pero... no es verano..., no canta nadie..., y a las seis y media es casi noche cerrada.

En un jardín, una verja engrandece la ciudad encajonada; «Cuidado con el perro». Dentro, algo de verde, no demasiado, en primavera sí; ahora: tierra endurecida y blanquecina cada mañana, «Cuidado con el perro». Mucho cuidado. Verja. Rejas. Barrotes. Hierros helados. Mucho frío entre todas las rejas de la ciudad... Mucho frío entre todas las rejas del mundo.

Cuidado. Tenga mucho cuidado; aunque estos, desde luego, no son peligrosos: leves casos de esquizofrenia paranoide, simplemente; de todos modos conviene no ponerles nerviosos.

El rectángulo de cielo desgajado por los barrotes, parece aún más inaccesible. El cielo se ha roto en nueve trozos pequeñitos. Los locos—por favor, eso era antes, no son locos, enfermos nerviosos nada más—, los enfermos nerviosos se obsesionan con los nueve trocitos del cielo; cada loco, perdón, cada enfermo nervioso se considera dueño en exclusiva de uno de los trozos: «El mío es el más bonito». «Eso es mentira». «Eso es mentira». «Eso es mentira». Y aveces, llegan hasta hacer trampas, acercándose mucho a la ventana, para que entonces, su trozo de cielo sea el más grande de los nueve: «Por mi agujero veo todo el cielo». «Y yo también, si quiero». «Tú, nó». Tú, nó». «Tú, nó».

Las rejas son siempre oscuras y ásperas, pero el cielo es cada día de un color, incluso, cada porción, cada uno de los agujeros, es maravillosamente distinto. «El mío es el más bonito; es todo azul». «Y el mío, blanco». «Y el mío, a manchas blancas, azules y grises». Para el enfermo «Bata Blanca» sólo es una ventana, con cuatro barrotes cruzados; para ellos, sus nueve trozos de vida, sus nueve mundos de ilusión, de fantasía, y también: de esperanza y amor; mundos blancos, azules, grises, y hasta negros en las noches sin luna, o lagrimosos en las tardes o en los amaneceres de lluvia, que siempre dan tantas ganas de llorar.

En otra esquina de la ciudad... En otra hora cualquiera de la historia... otros barrotes... otras rejas... siempre, hierros helados, como gritos que se prolongan hasta el fin de todo dolor, hasta lo más íntimo de todas las almas que sufren en el mundo, hasta las entrañas de la vida misma, desde la primera lágrima del Génesis hasta las del último día del Apocalipsis, pasando por todas las tres de la tarde de todos los viernes de siempre. «Prisión Provincial. Visitas, sólo domingos de cuatro a seis». En cada cárcel, siempre hay, por lo menos un inocente... pero sus rejas son igual de frías que las de todos los demás..., y nadie le cree, como a todos los demás..., y grita..., y grita entre los barrotes de la ventana,

y grita por la oscura mirilla de la puerta, y grita en las noches eternas, y en los días de noches, y grita siempre: «Soy inocente.» «Soy inocente.» «Les juro que soy inocente», y grita como todos los demás. «Si les creyésemos a todos tendríamos aquí una comunidad de carmelitas descalzas, en vez de esta colección de ladrones, asesinos, maricas y putas, que cada día nos mandan.» «Maricones, sacadme de aquí, sabéis que soy inocente.» «Soy inocente.» «Soy inocente, lo juro, lo juro, lo juro...»

También en otra hora, y en otro lugar, de ventanas más grandes, y rejas más estrechas, lloran cada día, cientos de seres absolutamente inocentes. Las asépticas habitaciones, inmensas, se pierden en el vacío brillante de los azulejos con la palidez congelada de la soledad en convivencia; todas con sus veinte camas, todas con su crucifijo de madera marrón rayada, todas con su retrato de Franco increíblemente joven. «Diputación Provincial. Servicios de la Inclusa.» Verticales corredores que pudieron ser alegres, se quedaron en paralelepípedos dormidos, desprovistos de toda sensualidad. «Sala A» con sus barrotes, sus rejas, su crucifijo, su retrato de Franco, y sus veinte camas iguales. «Sala B». «Sala C»... «Sala Z»... y una eternidad de salas, y una eternidad de letras, y en cada letra, veinte camas, y en cada cama mil millones de lágrimas de niño enrejado en un mundo de amor artificial..., y las lágrimas de los niños atraviesan las rejas, e inundan la ciudad... y el mundo entero, es como un mar de lágrimas de niño enjaulado.

Pero por fuera de las rejas del Sanatorio para enfermos nerviosos, de los barrotes de la Prisión Provincial, y de las inmensas puertas de la Inclusa, sigue el mundo sufriendo, eternamente igual; y levantándose, y trabajando, y comiendo, y haciéndose el amor, y divirtiéndose, y yendo a la iglesia, y amando unos, y odiando otros, y acostándose, y naciendo, y muriendo después..., todos eternamente igual, viviendo nada más.

Hay una muralla. Hay muchas murallas en el mundo: «Sector Ruso. Prohibido el paso. Bienvenido al Sector Ruso». Rejas, frío gris, hormigón y alambres de espino, siguen cuadrículando el cielo y arañando y desgarrando el mundo. Un coro de fornicativas ametralladoras, eternamente en erección, esperan ansiosas el momento de poder atravesar a alguien... y alguien llega..., y una le besa en la boca... y otra le atraviesa el vientre... y todas se abalanzan sobre él, que ya caído se deja hacer..., y se manchan de sangre las rejas, y las murallas de hormigón, y los alambres de espino, y el asfalto helado del mundo, y los impasibles carteles de publicidad «Bienvenido», y los periódicos de toda la tierra... y toda la tierra se mancha de rojo, y se moja.

Una vez, hace mucho, hubo una ventana con nueve agujeros entre sus dos barrotes cruzados; y un tragaluz pequeñito en una celda oscura; y un ventanal muy grande para veinte babys iguales; y millones de kilómetros de alambre de espino que se enrollaron en torno a la tierra... Pero ahora, en esta mañana opaca, todo ha desaparecido, ahogado en las absurdas discusiones sobre el cielo, de los locos; en los gritos histéricos de los presos; en las lágrimas inútiles de los niños, y en la sangre de todos los caídos de la Humanidad.

nuestra tertulia por indicación de nuestro colaborador el dibujante Cavestany, dispuesto a perder su condición de escritor inédito; deseos que se han hecho realidad, pues en esta misma página insertamos, íntegro, su relato.

Todos los contertulios elogiaron la prosa del joven Aguirre y hallaron semejanzas en su tema con el poema de Meyreles, incluso con pasajes bíblicos, y Aragonés, con una obra teatral de Manuel de Predolo, cuyo argumento y desenlace nos explicó, y que, dicho sea de paso, coincide con el consagrado escritor catalán por pura casualidad, dado que no conocía «Hombres y No».

Todo ello dió lugar a diversos comentarios sobre la marcada tendencia literaria en que se mueven tanto el poema como el relato, sus trasfondos de esperanzas y la denuncia que contienen, como signo inequívoco de la literatura de nuestro tiempo.

Finalmente, cuando estábamos comentando, con el académico costarricense, que Hernán es un nombre en desuso en la península, pero no al otro lado del océano—Peralta nos decía que de él joven sufrió mucho por él, pues se lo pusieron sus padres «Dios sabe por qué motivo»—, se nos unió la argentina Nilda López Gigena, portando un ensayo sobre el Martín Fierro. Fué invitada a leerlo. Y Nilda lo hizo con su nativo y encantador acento. Esta lectura dió lugar a una serie de apreciaciones diversas sobre el inmortal poema de José Hernández, constituyéndose la reunión en un verdadero debate que para sí quisieran las Cortes. El Martín Fierro fué de repente visto y analizado desde los más dispares puntos de vista: lírico, social, costumbrista, político, etcétera, en una verdadera marejada de opiniones y citas, amparando, algunos, sus argumentos en cartas y vivencias personales de su autor, que dejan traslucir motivaciones de índole extraliterarias según varios estudiosos; mientras otros de los discutidores sostenían que su esencial valor poético-popular estaba por encima de toda otra conjetura.

Huelga decir que nuestra tertulia en torno a Hernán G. Peralta, alrededor del académico costarricense, de tan hispánica que resultó, terminó más tarde que nunca y se prolongó más allá del dintel de nuestra redacción.

Opiniones sobre la Feria.--MARTA PORTAL: «Mi novela, al cine.»--En julio se casa RODRIGO RUBIO.--JUAN VAN HALEN, en la grúa municipal.

La Feria del Libro madrileña, con su indudable importancia, fué motivo para que muchos de nuestros escritores que radican en provincias se desplazarán a la capital durante las últimas semanas. Nuestros colaboradores Marta

Portal y Rodrigo Rubio aprovecharon la ocasión para asistir a la tertulia del sábado 3 de junio. Ambos habían firmado ejemplares de sus obras el día anterior en la caseta de la Editorial Planeta.

Y tanto Marta como Rodrigo nos dieron su impresión de la Feria en su lugar del Parque del Buen Retiro:

«Parece que todos los visitantes llegan hasta ella verdaderamente interesados, y no por circunstancias de su paso cotidiano, como en años anteriores sucedía.»

Hablamos también de sus características, indicándonos Rodrigo que «se notaba la ausencia de los libreros, que siempre le prestan gracia al total del tinglado». Y según Marta Portal, «las tapas de piel están curando de vanidad a los escritores, puesto que los decoradores, poniendo muebles-biblioteca en sus diseños hacen innecesario que se escriba bien».

Pero también es cierto que la inclusión de espacios reservados a biblioteca en los nuevos pisos no se hace porque sí; responde a una necesidad de sus fu-

turos inquilinos, advertida por los diseñadores. ¿No hay qué concluir de ello qué hoy se lee más?

Seguidamente, Marta nos explicó su actividad durante los últimos días: «He sido nombrada *Asturiana del Año*, un homenaje que por venir de mi tierra me he congratulado mucho. Y hoy mismo tengo que firmar con la productora de Pedro Masó el contrato para llevar al cine mi novela *A tientas y a ciegas*. El principal personaje masculino será interpretado por Alberto Closas, lo que ya es una garantía, pero todavía no se ha decidido quien desempeñará el papel de la protagonista». Aragonés opinó que sería ideal para Julia Gutiérrez Caba, y con él estuvieron de acuerdo cuantos presentes habían leído el último *Premio Planeta*.

Durante la conversación, Rodrigo Rubio nos hizo una confidencia: «Me caso

el mes que viene. Y seguidamente quiero hacer un viaje por Europa, para después instalarme en Madrid.» Rodrigo, cuya gran humanidad es rayana a su calidad literaria, nos fué explicando con la sencillez que le caracteriza: «Mi novia y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero hasta hace dos años no decidimos casarnos. Ahora, después de calibrar serenamente la marcha de mis libros publicados y la proyección que pueden tener mis próximas publicaciones, creemos que es posible hacer realidad nuestro deseo, con la confianza en Dios y en la vida.» Así, con tamaña sinceridad, nos contó el novelista sus proyectos, y nos alegró saber que este hombre, igual que supo encontrar en su camino, sobreponiéndose a sus mermaidas facultades físicas, creando mundos y seres con amor, logre la felicidad completa, su ideal de vida, como justo premio a su entrega total, a esa vida de Dios y los hombres en la que confía plenamente.

Otro de nuestros visitantes y colaborador, el poeta Juan Van Halen, nos narró toda una aventura: «Días pasados, tenía mi coche aparcado en la puerta de mi casa, cuando me avisan que se disponían a llevárselo con la grúa. Inmediatamente, bajé las escaleras y les

dije a los empleados que ya no había lugar, pues me disponía a cambiarlo de sitio. Mas insistieron en su propósito, y en vista de que no había solución, opté por sentarme al volante y ser alzado y transportado dentro de mi automóvil, como único sistema de recuperarlo prontamente. Mi paso por las calles constituyó casi un escándalo, ya que los transeúntes, y en especial mientras que pasábamos por las calles de mi barrio —donde, dicho sea de paso, me conoce mucha gente y me quieren mucho—, se detenían y se congregaban y hasta gritaban vitoreándome. Esto me ha ocasionado un pleito con el Ayuntamiento.» Pero esto no son más que penas de poeta con coche, las alegrías son otras: «Esta mañana ha salido de prensa mi libro de poemas *La frontera*, en la colección *Adonáis*, y pronto se publicará en *Alfaguara*, mi novela corta *No nace el sol*.»

Enhorabuena a todos: a Marta, por la película; a Rodrigo, por su próxima boda, y a Juan, por sus libros y por su auto. Y gracias por sus visitas, que, junto a las de Publio L. Mondéjar, Aguirre Roldán, Raúl Torres, Julio de la Fuente, Rafael Meyreles, Luis Hernández-Aquino, José Ramón Robiou, Carlos Gutiérrez, y otros amigos, formaron y animaron nuestro corrillo sabático.

«Mi gran defensa psicológica es ser poeta»:

JULIO ALVAREZ, ministro de Bienestar Social de la República Argentina, tertuliano estafético.



Portadas para el diálogo. Foto de Basabe

Antes de marchar de España, vino a nuestra casa Julio Emilio Alvarez Villalunga, poeta argentino y ministro de Bienestar Social de su país, acompañado de su asesor, el hispanista y flamencólogo Anselmo González Climent, y del argentino Carlos Gutiérrez, con el objeto de compartir con nosotros unas horas de charla amigable y coloquial y cambiar impresiones literarias.

Julio Alvarez, afable y cordial, considera—en cita casi literal de José Antonio— que, «frente a la poesía que destruye, hay que alzar la poesía que construye», pues «no se puede mover a un pueblo sin alegría»:

—Si yo tuviera cara de triste no sería ministro de Bienestar Social—afirmó, abriendo su ancha sonrisa—, porque ¿quién iba a querer un «bienestar» ofrecido avinagradamente?

Y mientras que Basabe buscaba ángulos para las fotografías, el poeta y ministro nos fué dando razón del momento artístico de La Plata: «Actualmente existen dos claves importantes para juzgarlo: la narrativa y la pintura joven, que tienen auténticos valores, mientras que la lírica estimo que pasa por una etapa de buceo y formación.»

Poeta y técnico, Julio Alvarez sostiene una teoría basada en una mezcla de



Detrás del fichero—que parece una nevera— Anselmo González Climent y Julio Alvarez. Junto a la puerta, Luis Ponce de León. En plano cercano Manuel Ríos Ruiz y Juan Emilio Aragonés. Un poco más allá, mira al techo Carlos Gutiérrez. Foto de Basabe para la historia

poesía-filosofía-acción, de la cual le hubiera gustado hablar, dar una conferencia, si su tiempo se lo hubiese permitido. En LA ESTAFETA nos lo esbozó sencillamente:

—Me ha parecido siempre que el don poético es algo que se puede poner en funcionamiento en cualquier instante, y el mundo moderno necesita que el poeta actúe constantemente. Es una época para pensar accionando, si de un mundo viejo queremos hacer un mundo mejor. Mi gran defensa psicológica es ser poeta. ¿Cómo se puede tildar de tecnócrata a un lírico? Pero la poesía necesita la contrapartida de la técnica. Por eso soy también experto en abastecimientos.

Julio Alvarez nació en Buenos Aires en 1927; se licenció en Derecho y después en Ciencias Políticas y Sociales; tras desempeñar diversos cargos administrativos y políticos, entre los que recordamos el de secretario de Abastecimiento de la municipalidad bonaerense, así como literarios—director de un canal de televisión y cronista de prensa—, fué nombrado para el Ministerio que desempeña el pasado mes de marzo. Y está convencido de que «dar bienestar es hacer poesía».

—Y es que hay una racionalización en ello: no puede haber planificación importante—en cualquier aspecto social— sin previa fervorización poética. Y toda programación socioeconómica responde a la idea que el poeta se hace de la forma de un verso, y, como en los versos, el resultado no se puede pronosticar.

Luego hablamos de escritores y libros, de paisajes y costumbres, de gentes de ambos litorales oceánicos, de como nos ven o, mejor dicho, nos vemos. Y el poeta Julio Alvarez nos lee sus versos y nos dedica sus libros y regala a Ponce de León un ejemplar, encuadernado en piel, del Martín Fierro, cuando le hacemos referencia a la polémica que tuvo lugar en nuestra tertulia días antes, y que queda reseñada en estas páginas:

—Si no lo citas, no te lo doy, aunque para eso lo traía.

Saludable humor y buena poesía la de este ministro, la de este español de las Américas, enamorado de la tierra de sus padres, que para despedirse nos dijo:

—España es importante porque está viva.

entreletras

ASOCIACION DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

El embajador de la República de El Salvador, doctor Ernesto Trigueros, ha hecho entrega el día 13 de junio, en el Palacio madrileño de Santa Cruz—sede del Ministerio de Asuntos Exteriores—, del instrumento de ratificación del convenio multilateral sobre Asociaciones de Academias de la Lengua Española, que fué firmado en Bogotá el 28 de julio de 1960.

Dicho documento, con la firma del Presidente de la República hermana, fué entregado al director de Relaciones Culturales del Ministerio, Alfonso de la Serna. Estuvieron presentes en el significativo acto—un testimonio más de entendimiento cultural dentro del área lingüística española— don Pedro Salvador, director general de Asuntos de Iberoamérica, y don Raúl Contreras, ministro-consejero de la embajada de El Salvador.

Nuestro colaborador Francisco Vázquez, de la Orden Mercedaria, ha obtenido el Premio Nacional de Investigaciones Filosóficas «Luis Vives 1966», por su trabajo *La dialéctica, método de la filosofía*. De la ahondadora visión crítica del padre Vázquez hay tan continuados testimonios en las páginas de LA ESTAFETA, que a nuestros lectores no le son necesarias unas frases de encomio, sino la noticia escueta del premio. El joven padre Vázquez posee —y emplea, lo que es más— una inteligencia excepcional, entregado a la Filosofía. Hará, viene haciéndola, una labor considerable, porque es hombre de los fieles al magisterio de la Obra Bien Hecha.

En las cuevas de Sésamo se ha celebrado un homenaje a Dolores Medio con motivo de la publicación de *Andrés*, libro de relatos. El que da título al libro obtuvo el Premio Sésamo de cuentos. Fué un homenaje cordial de sus amigos.

Curiosa coincidencia. El número 358 de LA ESTAFETA ha dado, a dos de sus colaboradores, lo que se suele llamar vulgarmente el salto hacia la fama. Luis de Caralt ha escrito a Enrique Cavestany, dibujante, para que sea ilustrador de su editorial. Y el mismo Caralt ha pedido a José Manuel Souza, diecinueve años de edad, una no-

vela. Souza conoció en el 358 la letra impresa para su original *Dime, papel*, en la sección «Principio Quieren Las Cosas». Enhorabuena a ambos, enhorabuena a Caralt y, por lo que a LA ESTAFETA se refiere, noticias como ésta garantizan que no es en vano la tarea que se ha impuesto de promocionar a los jóvenes e ignorados valores.

En el Club Internacional de Prensa se celebró una conferencia acerca de *La Armonía Racial*. Thomas Patrick Melady, presidente del Africa Service Institute, y Manuel Gómez-Pallete, director del Colegio Mayor de Nuestra

Señora de Africa fueron los que intervinieron en ella. El segundo ha traducido la obra del primero, titulada *La revolución de color*.

El Prix International de Litterature, cuya concesión tuvo lugar en Garmarh (Túnez), ha sido adjudicado en el presente año al libro *Kosmos*, de Witold Gombrowicz.

Nuestro colaborador Rodolfo Arévalo ha obtenido un resonante éxito con motivo de su última exposición en el Club la Rábida de Sevilla. La crítica ha resaltado sus méritos.



(Viene de la pág. 2)

lorados en su conjunto. Los trabajos que concurren podrán ser estudios monográficos sobre elementos individuales (taulas, talayots..., piezas o colecciones...) o estudios generales de la arqueología menorquina y de sus arqueólogos.

Al Premio «Ferragut» podrán optar los trabajos monográficos que estudien las migraciones menorquinas. Se otorgará apreciando en ellos la novedad de los datos aportados, la importancia del fenómeno recogido, la forma de ser tratado, el análisis de sus motivaciones, su influjo en la historia política, social, cultural y económica de la sociedad a que se incorporaron y su repercusión en la comunidad de origen.

CARTELES

Premio: 10.000 ptas.
SEVILLA

El Comité Ejecutivo de los IV Juegos Deportivos de Otoño convoca con-

curso para la elección y adquisición del cartel anunciador de los mismos, que se celebrarán del 24 de septiembre al 22 de octubre de 1967.

Al concurso pueden concurrir cuantos artistas lo deseen.

Las dimensiones de la superficie pintada del cartel serán de un metro de alto por sesenta y dos centímetros de ancho, debiendo figurar en la misma: «IV Juegos Deportivos de Otoño. Sevilla, 1967. 24 de septiembre al 22 de octubre».

Para la imprimación litográfica del cartel se emplearán como máximo cinco tintas planas, por lo que el artista deberá tener en cuenta esta circunstancia en la composición del original que presente. La obra deberá presentarse sobre bastidores, a fin de poder exponerla al público.

El concursante queda en libertad para escoger el tema, si bien éste ha de ser lógicamente relacionado con el deporte.

El plazo para la presentación de obras cerrará el día 25 del presente mes.

Se concederá un premio único de diez mil pesetas (10.000), quedando el original premiado propiedad de los

Juegos Deportivos de Otoño, con el derecho de reproducción sin limitación alguna. El premio será indivisible, pero si no hubiera ningún cartel aceptable a juicio del Jurado, éste quedará desierto.

Los carteles se presentarán sin firmar, designándolos con un lema y en sobre cerrado con el mismo lema, se hará constar el nombre, apellidos y domicilio del autor.

Los carteles se entregarán en los días señalados, de seis a ocho de la tarde, en el Negociado Municipal de Deportes. Queda facultado el Jurado para, una vez elegido el cartel, resolver con el autor alguna modificación de colorido o composición que pueda perfeccionarlo.

Los carteles que no se retiren antes del 20 de agosto del año en curso, quedarán de propiedad de Juegos deportivos de Otoño, sin que sus autores tengan derecho a reclamación o indemnización alguna.

PINTURA
Total en premios:
20.000 ptas.
ALEJANDRO SALAZAR

Para conmemorar el XXV aniversario de la fundación por el Sindicato Español Universitario

del Colegio Mayor «Alejandro Salazar», en Valencia, primero de los veinticinco promovidos en España por el Movimiento, la Delegación Nacional-Comisaría para el SEU convoca el certamen nacional «Alejandro Salazar» de pintura con carácter extraordinario, que se regirá por las siguientes bases:

Podrán participar los estudiantes españoles de preuniversitario, los alumnos de facultades universitarias, de escuelas técnicas, de Bellas Artes, de Comercio, de Náutica, de Turismo, de Periodismo, de Cinematografía, de conservatorios y de enseñanzas asimiladas, así como los graduados españoles que hubieran finalizado sus estudios con posterioridad al año 1965.

Cada concursante podrá presentar un máximo de cuatro obras de pintura, de tema, material, ejecución y tamaño libre.

Las obras deberán ser remitidas al Colegio Mayor «Alejandro Salazar», paseo de Valencia al Mar, 27, Valencia-10, antes del día 20 de octubre de 1967.

Serán concedidos los siguientes galardones: Primer premio: 10.000 pesetas; segundo, 6.000 pesetas; tercero, 4.000.

El Jurado determinará la concesión de los premios y menciones honoríficas de este certamen nacional, pudiendo declarar desiertos los premios que estime conveniente. Su fallo será inapelable y se dará a conocer en el acto de la inauguración de la exposición que se celebrará en Valencia con las obras presentadas que hayan superado la selección previa realizada por la comisión designada al efecto.

Una selección de las obras expuestas en Valencia será posteriormente trasladada a Madrid y Barcelona.

Las obras premiadas quedarán de propiedad de la Delegación Nacional y serán cedidas al Colegio Mayor «Alejandro Salazar», de Valencia.

Las obras no premiadas podrán ser retiradas por sus autores o persona autorizada.

POESIA
Total en premios:
15.000 ptas.
SEVILLA

El Comité Ejecutivo de los Juegos Deportivos de Otoño, en la intención de que las

competiciones de los mismos se acompañen del testimonio de la poesía, convoca, a este fin, un IV Certamen, que se regirá por las bases siguientes:

Primera.—Se concederá un primer premio, dotado con 10.000 pesetas, a la composición o conjunto de poemas que, según la mayoría del Jurado, pueda considerarse como el mejor trabajo presentado a este certamen; un segundo premio, con 5.000 pesetas, a la composición o selección poética que, igualmente a juicio de la mayoría del Jurado, se estime como la que siga en calidad al primer premio. El Jurado también podrá acordar la concesión de aquellas menciones honoríficas que creyere oportunas.

Segunda.—Las composiciones optantes a dichos premios no serán inferiores a treinta ni superiores a cien versos, y habrán de estar inéditas y escritas a máquina, presentándose por triplicado y con la indicación, al pie de cada ejemplar, de nombre, apellidos y dirección de los autores.

Los concursantes pueden elegir cualquier forma de expresión poética y, en su caso, la división del trabajo, si bien el conjunto responderá a cierta unidad temática y siempre inspirada en acontecimientos, motivos y símbolos del atletismo y el deporte.

Tercera.—El plazo de admisión de originales queda abierto desde el día 20 de junio hasta el 10 de julio, ambos inclusive, del corriente año 1967.

Las colaboraciones deberán ser entregadas en la Dirección del Certamen Poético de los Juegos Deportivos de Otoño, Ayuntamiento de Sevilla, de las once y treinta a las trece horas, dentro de los días hábiles; y en caso de remisión por correo, se admitirán los envíos contenidos en sobres donde figure, como fecha de matasellos, alguna de las comprendidas en el plazo de recepción.

No se acusará recibo de los trabajos ni se mantendrá ninguna correspondencia con los autores. Sin embargo, la dirección del certamen podrá extender un resguardo de admisión, cuando algún interesado lo pida especialmente.

Quinta.—La adjudicación de los premios y menciones honoríficas se hará en fechas próximas, después del cierre de admisión de originales, y los acuerdos correspondientes se publicarán en los medios informativos.

Sexta.—Las composiciones premiadas serán leídas, a ser posible por los autores, en el acto de clausura de los «IV Juegos Deportivos de Otoño».

Séptima.—Con los trabajos que obtuvieron premios y menciones en los anteriores certámenes, así como los que resulten galardonados en esta convocatoria, se editará un «Primer Cuaderno de Poesía al Deporte». En consecuencia, quedan obligados los concursantes a prestar su conformidad para tal edición, que se distribuirá gratuitamente entre las instituciones y personalidades literarias y deportivas, enviándose también ejemplares a los autores correspondientes.

D'ací i d'allà

ASPECTE LIRIC DELS GOIGS

GUERAU MUTGE

GOIGS DE SANTA MARIA, MARE DE DÉU



Pels set goigs, oh Mare pia!
que en el cor vâreu sentir,
escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

Cada mot fa remor d'ala,
Gabriel té dolça veu:
«El cor vostre amor exhala,
i un Tresor infantarcu!»
La puresa resplendia.
«Ai, Amor, que has de venir!»
Escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

A Betlem, la llum de l'alba
ha vingut a mitjanit,
Un Nadó que tot ho salva
va emparant-se en vostre pit.
Ei! és Sol dins l'establia,
Vos, l'Estrella del matí!
Escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

Un Estel és el guiatge
pels boscatges i els camins.
Els tres Reis fan l'homenatge
al que és Rei de llurs destins.
Reialesa li oferia

A totes
les Maries del món

encens, mirra i or del fi.
Escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

Al·luïa! crit de joia,
L'Esperit ha retrobat
el sant Cos que avui s'enjoia
amb la vida de l'Amat!
També el tuon retrobaria
un Amor que no té fi!
Escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

L'alegria encara perdura
amb l'Exceles Ascensió.
Hi ha tres crits de joia pura

quan endalt se'n va el Senyor!
Ai, l'Amor com resplendia
per aquell immens camí.
Escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

Fou al jorn de Pentecosta
que vingué l'Esperit Sant
a la terra. I s'acosta
amb la vida flamejant.
Goig intens d'aquell gran dia,
llum del cel, flameig diví!
Escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

Un bell jorn sou coronada
amb la llum de dotze estels
i com Reina feu estada
prop de Deu, a dalt dels cel·ls.
Regne immens, clara harmonia
del cor pur que l'assolí!
Escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

Pels set goigs, oh Mare pia!
que en el cor vâreu sentir,
escolteu, Santa Maria,
nostre prec que vol florir!

Lletres: Guerau Mutge

Música: Enric Prats Martí

Musical notation for the goigs, including a 'Resposta' and a 'Tornada' section.

Oratio: Ora pro nobis, sancta Dei Genetrix. R Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS

Concede nos famulos tuos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere: et gloriosa beatae Mariae semper Virginis intercessione, a praesentis liberari tristitia, et aeterna perfrui laetitia. Per Christum Dominum nostrum. - R Amen.

Aquests goigs, obtingueren el Primer Premi en el «Concurs Literari» celebrat a Salou (23-VIII-62), amb motiu de l'Exposició de Goigs en homenatge a la memoria del gran al·luïgraf E. C. Ricart (s. C. s.).

(AMB IL·LUSTRACIÓ ECLESIASTICA)

Primera edició, maig del 1964

Dipòsit Legal: B. 22.252 - 1964

Torrell de Reus, edit. Barcelona [326]

«Amics dels Goigs»

Els goigs, producció —sobretot de tema marià— de l'antiga poesia popular religiosa en parla catalana, han aconseguit, en el nostre temps, un alt grau de lirisme.

En llur origen, i durant molts anys, s'empararen en l'anonimat —així s'esdevenia gairebé sempre en tots els gèneres literaris de caire populista—, expressant-se en un llenguatge prosaic a ultrança, que, moltes de vegades, degenerava en barroer. Però des de la fi del segle passat, alhora que paulatinament deixaven d'ésser anònims, van anar adquirint una veritable depuració verbal que, a l'últim, els ha elevat a la condició de poemes lírics.

L'exemple màxim de tal afirmació és, sens cap mena de dubte, el breu tresor gogistic que ens va deixar la inspiració genial de Mn. Jacint Verdaguer, car ell prou n'hagué esment de la importància que tenen aquests poemes des del punt de vista religiós i literari. Del seu místic verger cal esmentar dues de les més excel·lents flors: els *Goigs a la Mare de Déu de la Mercè*, musicats pel mestre Lluís Millet, i els de *Nostra Senyora de Montserrat*, exornats amb una meravellosa medolia de Mn. Francesc de P. Baldelló.

Mn. Miquel Costa i Llobera, Joan Maragall i Josep M.^a López-Picó també enlairaren els goigs a una molt acusada categoria lírica, encara que els dos darrers no seguien l'estrofa tradicional.

No puc oblidar els *Goigs dels ulls de sant Francesc* del pulcre poeta Mn. Joan Puntí, i els de la *Mare de Déu de L'Abellera* del no menys pulcre Melcior Font, ambdós no fa gaires anys abraçats per la germana Mort!

Quant als poetes que encara gaudeixen del viure terrenal —i que per molts anys sigui!—, hom pot ben afirmar que des de l'inici de l'escola noucentista fins avui, ha sorgit una veritable floració de bards que ha retut homenatge als goigs, menant-los per les senderes de la més autèntica poesia lírica.

Cal, ara, remarcar un fet: si la influència verdagueriana ha estat molt forta en la totalitat del lirisme català —el gran nombre de poetes sacerdots ho constata—, és molt natural també que la creació gogistica l'hagi sentida. Hom pot observar-ho recordant l'extensíssima producció de goigs del llorjat Mn. Antoni Malats, la menys extensa, però selecta, del gran artista de la paraula Mn. Camil Geis i la que ens han donat els exquisits poetes —cadascú en la pròpia característica creadora— Mn. Pere Ribot, Mn. Ramon Muntanyola, Mn. Manuel Tort i molts d'altres.

Ara bé els poetes laics no s'han oblidat pas d'aquesta expressió lloadora de Déu, la Verge i els sants. Mestre Josep Carner ens ha donat la filigrana dels «Goigs a santa Cristina» en la composició dels quals deixa d'emprar l'estrofa pròpia d'aquests poemes. No fa gaire temps, que Josep M.^a Rovira Artigues, en dels nostres primers lírics, de tots els seus goigs n'ha fet un llibre, acompanyat d'un acuradíssim pròleg de Mn. Camil Geis. Pere Benavent, el de les clares sonoritats verbals, Josep Ros Artigues, el que mai no s'oblida del ritme, Manuel Bertran i Oriola, distingit amb el Premi «Ciutat de Barcelona», Ramon Blasi Rabassa, l'excel·lent cantor d'El Camp, són quatre dels nostres millors poetes que han contribuït a la superació lírica dels goigs.

Per acabar aquest breu comentari, ens cal fer esment dels nou vinguts a la noble tasca de compondre'n. Em refereixo a Sebastià Sánchez Juan, gran poeta i no menys gran crític, també Premi «Ciutat de Barcelona», que n'ha escrit uns realitzant-hi innovacions a costa d'una forta trencadissa de motlles tradicionals; al P. Joan Roig i Montserrat, C. M., veritable esperança de la millor poesia gogistica i no gogistica; i a Osvald Cardona, poeta i llorjat crític, que també ha volgut esmerçar la seva inspiració i el seu gran saber gramatical i preceptístic envers la superació lírica d'aquesta manifestació de la poesia religiosa en llengua catalana.

Crec que amb els noms que he esmentat, i amb els que he silenciats per manca d'espai, hom podria fer un bell recull antològic de goigs moderns, on es veuria, d'una manera ben objectiva, el millorament de llur aspecte líric.